

(5)

CÉSAR CASCABEL

CÉSAR CASABEL

POB

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



CUADERNO TERCERO

MADRID

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS

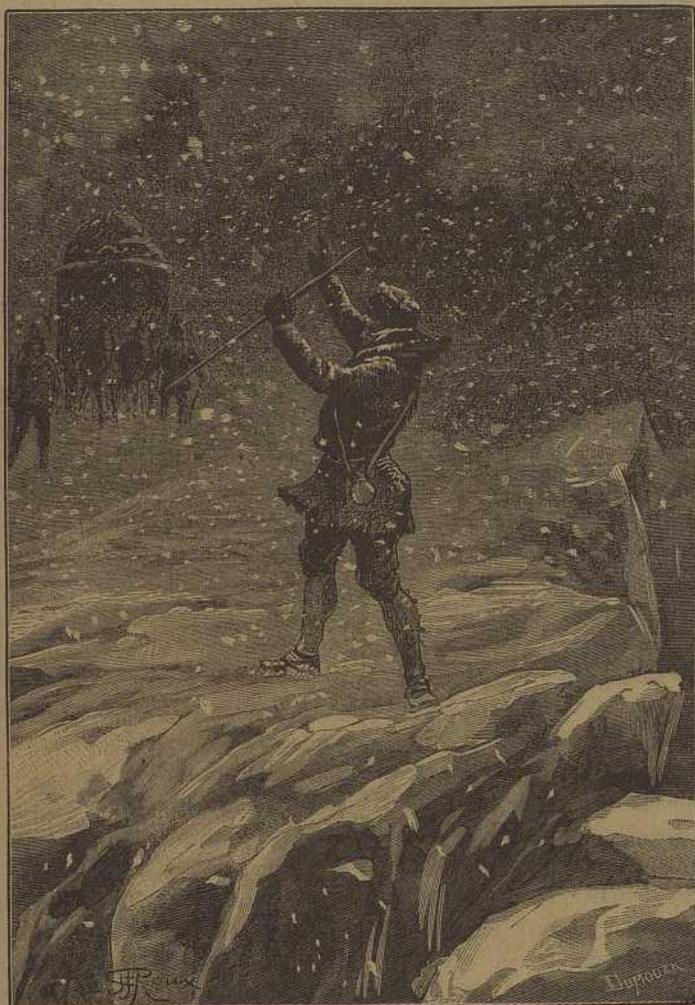
EDITORES

10. CALLE DE CAMPOMANES, 10

Es propiedad de los Editores.

CÉSAR CASCABEL

SEGUNDA PARTE



El *ice-field* presentaba anchas hendeduras.

I

EL ESTRECHO DE BEHRING

El canal de Behring es un paso bastante estrecho, por el que se comunica el mar de este nombre con el Océano Ártico. Dispuesto como el estrecho del Paso de Calais, entre la Mancha y el mar del Norte, tiene la misma orientación, en un ancho triple. Si no se cuentan más que seis ó siete leguas desde el cabo *Gris-Nez* de la costa francesa hasta el *South-Foveland* de la costa inglesa, veinte leguas separan

á *Numana de Port-Clarence*. Después de haber hecho su último descanso en América, la *Belle Roulotte* se dirigía hácia el puerto de Numana, punto más próximo del litoral asiático.

Sin duda un itinerario que hubiese cortado oblicuamente el estrecho de Behring, hubiera permitido á César Cascabel marchar en un paralelo menos elevado, y sensiblemente por debajo del Círculo Polar. En este caso, la dirección debiera ser al Sudoeste, dirigiéndose hacia la isla Saint-Laurent, bastante importan-

te, y habitada por numerosas tribus de esquimales, no menos hospitalarios que los indígenas de Port-Clarence. Después, más allá del golfo de Anadir, la compañía Cascabel hubiera doblado el cabo Navarin para aventurarse á través de los territorios de la Siberia Meridional. Pero esto hubiera sido prolongar la parte del viaje que se hacía por mar, ó, mejor, sobre la superficie de un *ice-field*, y por consiguiente, exponerse en mayor trayecto á los peligros que presentan estos campos de hielo. Se comprende que la familia Cascabel debía tener deseos de encontrarse en tierra firme. Convenía, pues, no modificar en nada las disposiciones del primer acuerdo, que consistía en marchar hácia Numana, reservándose rodear el islote Diomedes, situado en medio del Estrecho; islote tan sólido sobre su base de roca, como cualquier punto del continente.

Si M. Serge hubiera tenido un buque, á bordo del cual la pequeña caravana se hubiese embarcado con todo el material, el itinerario seguido habría sido diferente. Al dejar á Port-Clarence, el barco se hubiera hecho á la vela hacia el Sur de la isla de Behring, sitio de internada muy frecuentado por las focas y otros mamíferos marinos; desde allí hubiera ganado uno de los puertos del Kamtchaska, y quizás el mismo Petropavlosk, capital de este gobierno. Pero, á falta de buque, era mejor tomar el camino más corto, á fin de entrar cuanto antes en el continente asiático.

El estrecho de Behring no tiene grandes profundidades. A consecuencia de los fenómenos geológicos que han sido observados desde el período glacial, podría llegar, un día no muy lejano, en que se verificase por este punto la unión de Asia y de América. Este sería el puente soñado por M. Cascabel, ó, más exactamente, un paso practicable para los viajeros. Pero, aunque muy útil para éstos, sería extremadamente perjudicial para los navegantes, y especialmente para los balleneros, puesto que les cerraría el paso á los mares árticos. Sería necesario entonces que algún futuro Lesseps cortase este istmo, restableciendo las cosas en su estado primitivo. Quizás á los descendientes de nuestros bisnietos les convenga preocuparse de esta eventualidad.

Sondeando las diversas partes del Estre-

cho, han podido afirmar los hidrógrafos que la mayor profundidad corresponde á la costa del Asia, cerca de la península de los *Tchouktchis*. Allí circula la corriente fría, bajando del Norte, mientras que la corriente cálida sube á través del paso menos helado, limitrote de la costa americana.

Al Norte de esta Península, cerca de la isla de *Kolioutchin*, en la bahía de este nombre, doce años más tarde, el navio de Nordenskiöld, el *Vega*, después de haber descubierto el paso Nordeste, iba á quedar aprisionado por los hielos durante un período de nueve meses, desde el 26 de Septiembre de 1878 al 15 de Julio de 1879.

La familia Cascabel había, pues, partido con fecha 21 de Octubre, en bastante buenas condiciones. Hacia un frío vivo y seco. La tempestad de nieve se había apaciguado; el viento había disminuido en fuerza, cambiándose al Norte en un cuarto. El cielo estaba teñido uniformemente de un gris mate. Apenas si se sentía el sol detrás del velo de brumas, que sus rayos, muy débiles por su oblicuidad, no llegaban á romper. Al medio día, en el máximo de su altura, no se elevaba más que algunos grados por encima del horizonte del Sur. De común acuerdo se había tomado una gran medida, antes de la partida de Port-Clarence; no se debía marchar durante la oscuridad. Aquí y allí el *ice-field* presentaría anchas hendeduras, y en la imposibilidad de evitarlas, no viéndolas, hubiera podido producirse una catástrofe. Se había, pues, convenido que cuando la mirada se limitase á un centenar de pasos solamente, la *Belle-Roulotte* suspendería su marcha. Más valía tardar quince días en franquear las veinte leguas del Estrecho, que aventurarse á ciegas, cuando la claridad no fuera suficiente.

La nieve, que no había dejado de caer durante veinticuatro horas, formando una allombra bastante espesa, se había cristalizado bajo la acción del frío. Esta capa hacia la marcha menos difícil en la superficie del *ice-field*. Si no nevaba más durante la travesía del Estrecho, todo marcharía bien. Sin embargo, era de temer que en el encuentro de las dos corrientes, fría y caliente, que se chocan para formar cada una un canal diferente, los témpanos de hielo, interrumpidos en su deriva, se

amontonaran unos sobre otros. En este caso, el camino se prolongaría por algunos rodeos.

Se ha dicho ya que Cornelia, Kayette y Napoleona habían subido al carruaje. A fin de aligerarle tanto como fuera posible, los hombres harían el trayecto á pie.

Según el orden de marcha adoptado, Juan iría á la descubierta con el objeto de reconocer el estado del *ice-field*; podían fiarse de él. Iba provisto de una brújula, y si bien no le sería posible tomar puntos exactos de referencia, se dirigiría hacia el Oeste con la precisión suficiente.

A la cabeza del tiro marchaba Clou, dispuesto á sostener ó á levantar á Vermont y Gladiador si daban un mal paso; pero la solidez de sus piernas estaba asegurada por las herraduras de clavos comunes de sus cascos. Por otra parte, esta unida superficie no presentaba ninguna aspereza con la cual pudieran tropezar.

Cerca del coche marchaban hablando M. Serge y César Cascabel, con los anteojos puestos, y bien encapuchonados como sus compañeros.

En cuanto al joven Sandre, hubiera sido poco acertado señalarle un lugar en el coche, donde no hubiera podido estar quieto.

Iba, venía, corría, saltaba como los dos perros, y se daba el placer de pegar buenos resbalones. Sin embargo, su padre no le había permitido calzar las *raquettes* esquimales, y esto le disgustaba.

—Con estos patines, dijo, se hubiera atravesado el Estrecho en algunas horas.

—¿Y para qué, respondió M. Cascabel, si nuestros caballos no saben patinar?

—¡Será necesario que les enseñe! respondió el pilluelo dando una voltereta.

Entretanto, Cornelia, Kayette y Napoleona se ocupaban de la cocina, y un ligero humo de buen agüero salía de la pequeña chimenea de fundición. Si no sufrían el frío en el interior de los departamentos herméticamente cerrados, era necesario pensar en los que estaban fuera, por lo que tenían siempre dispuestas algunas tazas de té calientes, adicionadas con el aguardiente ruso, la *vodka*, capaz de resucitar á un muerto.

El alimento de los caballos estaba asegurado por medio de los haces de hierba seca suministrados por los esquimales de

Port-Clarence. Bastaría para la travesía del Estrecho. Wagram y Marengo tenían en abundancia carne de danta, con la que se mostraban satisfechos.

Además, el *ice field* no estaba tan desprovisto de caza como se pudiera creer.

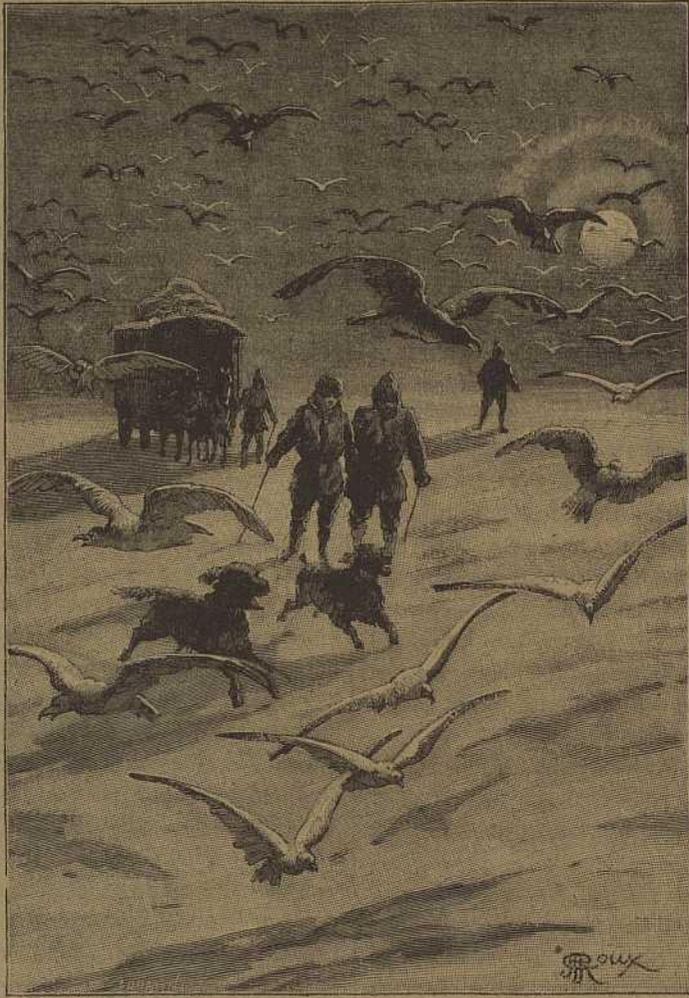
Los dos perros levantaban á la carrera millares de ptarmigans, urías y otros volátiles especiales de las regiones polares. Estos volátiles, condimentados con cuidado y desprovistos de su gusto aceitoso, podían todavía suministrar un manjar aceptable. Pero como hubiera sido inútil el cazarlos, puesto que la despensa de Cornelia estaba ampliamente provista, se decidió que las carabinas de M. Serge y de Juan quedaran en reposo durante el viaje de Port-Clarence á Numana.

En cuanto á los anfibios, focas y demás mamíferos marinos, muy numerosos en estos pasajes, no se vió ni uno solo durante las primeras horas del viaje.

Si bien la partida se había hecho alegremente, M. Cascabel y sus compañeros no tardaron en sentir la indefinible impresión de tristeza que se desprende de estas llanuras sin horizonte, de estas superficies blancas hasta perderse de vista. Hacia las once no se divisaban ya más que las altas rocas de Port-Clarence, los vértices del cabo del Príncipe de Gales, desvanecidos por un velo de lejanos vapores. Ningun objeto hubiera sido visible á la distancia de media legua, y por consiguiente, mucho tiempo había de pasar antes que se pudieran ver las alturas del Cabo Oriental, en la península de los Tchouktchis. Estas alturas, sin embargo, hubiesen dado un excelente punto de referencia, por el que los viajeros se hubieran podido guiar.

El islote Diomedes, situado casi en medio del Estrecho, no está dominado por ninguna prominencia rocosa. Como su masa se eleva poco sobre el nivel del mar, no se le reconocería más que en el momento en que las ruedas crujesen sobre su suelo de roca, aplastando la capa de nieve. En suma, Juan dirigió sin trabajo á la *Belle Roulotte* con la brújula en la mano, y si bien no iba de prisa, avanzaba al menos con completa seguridad.

Por el camino, M. Serge y César Cascabel hablaban de la situación presente. La travesía del Estrecho, que había parecido tan sencilla antes de la partida, y que



Los dos perros levantaban á la carra ra millares de volátiles.

no lo parecería menos después de la llegada, no dejaba de presentarse peligrosa ahora que estaban comprometidos en ella.

—Sin embargo, es bastante fuerte lo que hemos intentado, dijo M. Cascabel.

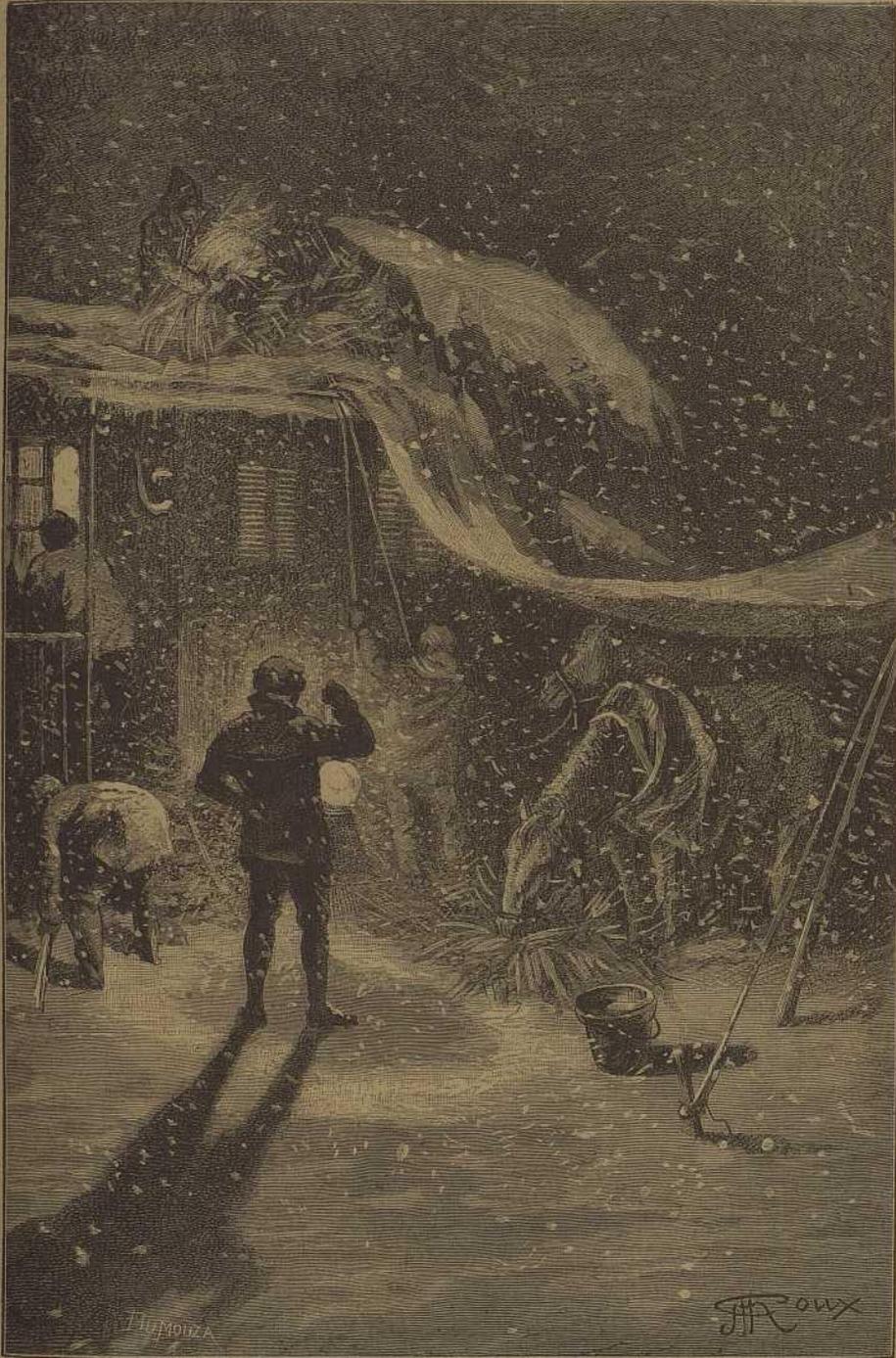
—Sin duda, respondió M. Serge. Franquear el estrecho de Behring con un pesado carruaje, es una idea que no se le ocurriría á todo el mundo.

—¡Lo creo, Sr. Serge! ¿Qué queréis? Cuando se le pone á uno en la cabeza volver al país, no hay nada que le detenga. ¡Ah! Si no se tratase más que de marchar durante centenares de leguas á través del Far-West ó la Siberia, no me asustaría... ¡Se marcha sobre un terreno sólido, que no se ha de entreabrir bajo los pies!.. Mientras que veinte leguas de mar hela-

do, llevando un tiro, un material y todo lo que va dentro!.. ¡Diantrel! ¡Quisiera haberlo hecho ya!.. ¡Habríamos acabado con lo más difícil, ó por lo menos con lo más peligroso del viaje!

—En efecto, mi querido Cascabel; sobre todo si la *Belle-Roulotte*, ya más allá del Estrecho, puede alcanzar rápidamente los territorios de la Siberia Meridional. Tratar de seguir el litoral durante los grandes fríos del invierno, sería muy imprudente. Por consecuencia, cuando estemos en Numana será necesario cortar hacia el Sudoeste, con el fin de escoger un buen sitio de invernada en algún pueblecillo.

—¡Eso es lo que haremos! Pero debéis conocer el país, Sr. Serge.



CADA CUAL SE OCUPABA EN ORGANIZAR EL CAMPAMENTO.

—No conozco más que la parte comprendida entre Yakoutsk y Okhotsk, por haberla atravesado después de mi evasión. En cuanto al camino que va de la frontera de Europa á Yakoutsk, no me acuerdo más que de las terribles fatigas que oprimieron noche y día á los convoyes de los prisioneros. ¡Qué sufrimientos!.. ¡No los desearía ni para mi más mortal enemigo!

—Sr. Serge, ¿habéis perdido toda esperanza de volver á entrar en vuestro país con completa libertad? ¿El Gobierno no os lo permitirá?...

—Es necesario para eso, respondió Mr. Serge, que el Zar proclame una amnistía que se extienda al conde Narkine como á todos los patriotas condenados con él. ¿Se presentarán circunstancias políticas tales que hagan posible esta determinación?.. ¡Quién sabe, mi querido Cascabel!

—¡Es triste vivir en *nilol*.. Parece que se ha sido arrojado de su propia casa.

—¡Sí!.. ¡Lejos de todo lo que se ama!.. Y mi padre, con tanta edad... ¡yo que quisiera volverle á ver!..

—¡Le volveréis á ver, Sr. Sergel Creed en un viejo corredor de ferias, que á veces predice el porvenir echando la buena ventura. Haréis vuestra entrada en Perm con nosotros... ¡Qué! ¿No pertenecéis á la *troupe* Cascabel?.. Será necesario que os enseñe algunas suertes de escamoteo; esto puede servir en ocasiones; sin contar con que burlaremos á la policía moscovita pasando por delante de sus narices.

Y César Cascabel no pudo contener la risa. ¡Figuráos al conde Narkine, un gran señor ruso, levantando pesos, haciendo de *jongleur* con las botellas, rebajándose á desempeñar el papel de *clown* y haciendo colectas!

Hacia las tres de la tarde la *Belle-Roulotte* se detuvo.

Aunque no era de noche todavía, una espesa bruma reducía el campo visual.

Así es que después de haber vuelto hacia atrás, Juan aconsejó la parada. Marchar en estas condiciones parecía extremadamente arriesgado.

Por otra parte, como lo había previsto M. Serge, en esta parte del Estrecho recorrida por la corriente del canal del Este, el *ice-field* presentaba asperezas, desigualdades en los témpanos, hendedu-

ras bajo la nieve. El vehículo experimentaba violentas sacudidas. Los caballos tropezaban casi de continuo, Medio día de marcha había bastado para ocasionarles grandes fatigas.

En suma, eran dos leguas más las que había franqueado la pequeña caravana en esta primera etapa.

Cuando el tiro se paró, Cornelia y Napoleona se bajaron, tapadas cuidadosamente desde los pies á la cabeza, por el brusco cambio de una temperatura de diez grados sobre cero, á otra de diez grados bajo cero. En cuanto á Kayette, acostumbrada á la crudeza de los inviernos alaskianos, no había pensado siquiera en envolverse en calientes pieles.

—Es necesario que te abrigues más, le dijo Juan. ¿Quieres pescar un constipado?

—¡Oh! dijo; no temo al frío, y estoy acostumbrada á él en el valle del Youkon.

—No importa, Kayette.

—Juan tiene razón, dijo M. Cascabel interviniendo. Ve á envolverte en una buena manta, mi pequeña codorniz. Por otra parte, te prevengo que si adquieres un constipado, no me encargo de curarte, y eso será terrible... Llegaría, si fuera necesario, hasta á cortarte la cabeza para impedirte estornudar.

Ante semejante amenaza, la joven india no tenía más que obedecer, y esto fué lo que hizo.

Después, cada uno se ocupó de organizar el campamento.

Esto fué muy sencillo. No había madera que cortar en el bosque, porque no había bosque, ni hoguera que encender, porque faltaba el combustible, ni aun hierba que recoger para la comida de los animales. La *Belle-Roulotte* estaba allí ofreciendo á los huéspedes su *confort* habitual, su buena temperatura, sus camas hechas, su mesa servida, su hospitalidad permanente.

No fué necesario más que proveer de alimentos á Vermout y Gladiador, con un trozo del forraje traído de Port-Clarence. Hecho esto, se envolvió á los dos caballos en espesas mantas, y no tuvieron más que descansar hasta el día siguiente. El papagayo en su jaula, el mono en su cesto, no fueron olvidados, como tampoco los dos perros, que comían con verdadera glotonería la carne seca destinada para su alimento.

Por último, después de haber cuidado de los animales, M. Serge y sus compañeros cenaron, ó, lo que es más justo, visto lo poco avanzado de la hora, comieron con buen apetito.

—¡Eh!.. ¡Eh!.. exclamó M. Cascabel, ésta será quizás la primera vez que los franceses hacen una comida tan bien servida en medio del estrecho de Behring.

—Es lo probable, respondió M. Serge. Pero antes de tres ó cuatro días creo que podremos sentarnos á la mesa, en tierra firme esta vez.

—¿En Numana? preguntó Cornelia.

—No, sobre el islote Diomedes, donde permaneceremos uno ó dos días. Nuestro tiro va tan despacio, que será necesario una semana por lo menos para llegar al litoral asiático.

Acabada la comida, aunque no eran más que las cinco de la tarde, nadie rehusó el marcharse á descansar. Toda una noche de estar extendido bajo las mantas de una buena cama, no era de despreciar despues de tan costosa marcha á través de un campo de hielo. M. Cascabel no creyó necesario velar por la seguridad del campamento. No había que temer malos encuentros en semejante desierto. Por otra parte, los perros harían buena guardia y descubrirían á los merodeadores, si los había, que se aproximasen á la *Belle-Roulotte*.

Sin embargo, al poco rato M. Serge se levantó con el fin de observar el estado del *ice-field*, que un brusco cambio de temperatura podía siempre modificar; esta era la más grave de sus preocupaciones. En nada había cambiado el tiempo, y una leve brisa del Nordeste corría por la superficie del Estrecho.

Al día siguiente, el viaje se verificó en las mismas condiciones. No hubo dificultades, propiamente hablando. Solamente el cansancio. Se hicieron tres leguas de camino hasta la hora del descanso, y se tomaron las mismas disposiciones que la víspera.

Al día siguiente, 25 de Octubre, no fué posible partir antes de las nueve de la mañana, y aun en este momento apenas si era de día.

M. Serge anunció que el frío era menos intenso. Algunas nubes se acumulaban en desorden hacia el horizonte del Sudeste.

El termómetro marcaba cierta tendencia á subir, y aquellos lugares empezaban á ser invadidos por presiones más suaves.

—¡No me gusta esto, Juan! dijo M. Serge. Mientras estemos sobre el *ice-field* no debemos quejarnos de que el frío aumente. Desgraciadamente el barómetro se pone á bajar con el viento que sopla del Poniente. Lo que más debemos temer es un alza en la temperatura. Mira bien el estado del *ice-field*, Juan; no desprecies ningún indicio, y en seguida ven á avisarnos.

—¡Confíad en mí, M. Serge!

Evidentemente, á partir del mes siguiente hasta mediados de Abril, las modificaciones que atemorizaban á M. Serge no se hubieran podido producir. El invierno se declararía entonces francamente. Pero como había sido tardío este año, sus efectos se notaban por alternativas de frios y deshuelos, que podían dar origen á la dislocación parcial del campo de hielo. ¡Sí! Más hubiera valido sufrir temperaturas de 25 á 30 grados bajo cero durante la travesía del Estrecho.

Se partió al mediodía. Los suaves rayos del sol, proyectados muy oblicuamente, no lograban atravesar la espesa capa de brumas. Además, el cielo empezaba á rayarse hasta el cenit de nubes bajas y largas, que el viento empujaba rápidamente hacia el Norte.

Juan, á la cabeza, observaba con cuidado la capa de hielo, algo reblandecida desde la víspera, y que cedía á cada paso bajo los pies de los caballos. Sin embargo, pudieron hacerse próximamente dos leguas en esta etapa, y la noche se pasó sin ningún incidente.

Al día siguiente, 27, se partió á las diez. Grande fué la inquietud de M. Serge al observar un nuevo aumento en la temperatura; fenómeno verdaderamente anormal en aquella época del año y bajo aquella latitud.

Como hacía menos frío, Cornelia, Napoleona y Kayette quisieron marchar á pie. Calzadas con botas esquimales, caminaban bastante alegremente.

Todos habían ocultado sus ojos detrás de un par de anteojos indios, y se acostumbraban á mirar por la estrecha abertura practicada en la ojera. Esto excitaba la burla del revoltoso Sandre, que, lejos de estar cansado, saltaba como un cabrito.

En realidad, el coche no avanzaba rápidamente. Sus ruedas se hundían profundamente en los montones de nieve, lo que se hacía muy penoso al tiro.

Cuando tropezaban con las tumescencias y aristas rugosas de los témpanos, se producían choques, sin poderlos evitar. A veces enormes bloques, amontonados unos sobre otros, cortaban el camino y obligaban á dar grandes rodeos para salvarlos. Pero esto no era más que una prolongación del camino, y era preferible que estuviese cortado por tumescencias que por hendeduras. Por lo menos la solidificación del *ice-field* no estaba comprometida. Sin embargo, el termómetro continuaba subiendo y el barómetro bajando con lentitud regular. M. Serge estaba cada vez más inquieto. Poco antes del medio día las mujeres volvieron al coche. La nieve se puso á caer en abundancia, en pequeños copos transparentes, como si hubieran estado á punto de resolverse en agua. Parecía una lluvia de pequeñas plumas blancas, producida por millares de pájaros que estuvieran sacudiéndose en el espacio.

César Cascabel ofreció á M. Serge abrigo en la *Belle-Roulotte*; pero éste rehusó. Lo que soportaban sus compañeros, ¿no podía soportarlo también? Esta caída de la nieve, medio fundida, le disgustaba soberanamente; en liquidándose, acabaría por originar la disgregación del *ice-field*. Era necesario buscar refugio en la inquebrantable base del islote Diomedes.

Por tanto, la prudencia aconsejaba no avanzar sin extremada precaución. M. Serge decidió reunirse con Juan á un centenar de pasos por delante del tiro, mientras que M. Cascabel y Clou permanecerían á la cabeza de los caballos, cuyo pie faltaba con frecuencia. Cualquier accidente que hubiera sufrido el vehiculo, les obligaría á abandonarle en pleno campo de hielo, lo que hubiera sido una pérdida irreparable.

M. Serge, provisto de su lente, al mismo tiempo que marchaba cerca de Juan, trataba de escudriñar el horizonte del Oeste, oscurecido por los torbellinos. El campo de vista era extremadamente limitado. Se marchaba á la casualidad, y seguramente M. Serge hubiera dado la señal de alto si la solidez del campo le hubiera parecido gravemente alterada.

—Cueste lo que cueste, dijo, es preciso que hoy mismo lleguemos al islote Diomedes, donde nos veremos obligados á permanecer hasta la próxima vuelta del frío.

—¿A qué distancia creéis que estamos todavía? preguntó Juan

—A legua y media próximamente, Juan. Puesto que nos quedan todavía dos horas de día, mejor dicho, de esta semiclaridad que nos permite marchar en su dirección, hagamos todos los esfuerzos posibles para llegar, antes que la oscuridad sea completa.

—Sr. Serge, ¿queréis que me adelante con el fin de reconocer la posición del islote?

—¡No, Juan, no! Podrías perderte en medio de esta tormenta, y sería una nueva complicación. Trátemos de guiarnos por la brújula, porque si pasamos el islote Diomedes por encima ó por debajo, no sé lo que será de nosotros...

—¿Oís, Sr. Serge? exclamó Juan, que acababa de agacharse.

M. Serge le imitó, y pudo convencerse de que sordos crujidos, semejantes al ruido del vidrio cuando se rompe, corrían á través del *ice-field*. ¿Era éste el indicio de un deshielo, ó por lo menos de una disgregación parcial? Sin embargo, ninguna cortadura se veía sobre la superficie, tan lejos como podía extenderse la vista. La situación era extremadamente peligrosa. El pasar los viajeros la noche en estas condiciones, era exponerse á ser víctimas de alguna catástrofe. El islote Diomedes era el único refugio que se les ofrecía, y había necesidad de alcanzarle á toda costa. ¡Cuánto sentía M. Serge no haberse quedado algunos días más en Port-Clarence!

Juan y él volvieron al tiro, y pusieron á M. Cascabel al corriente de la situación. No había para qué darla á conocer á las mujeres. Hubiera sido asustarlas inútilmente. Se decidió, pues, dejarlas en el coche, y cada cual se agarró á las ruedas con el objeto de aliviar á los extenuados caballos, medio muertos, y sudando á pesar de las ráfagas.

Hacia las dos, la caída de la nieve disminuyó notablemente. Se redujo bien pronto á algunos copos sueltos, que la brisa arremolinaba en el aire. Entonces fué más fácil conservar una dirección fija.

Se empujó vigorosamente al tiro. Mr. Serge estaba resuelto á no pararse hasta que la *Belle-Roulotte* reposase sobre las rocas del islote Diomedes.

Según sus cálculos, éste no debería estar más que á media legua, y dando un buen empujón, bastaría quizá una hora para pisar la arena.

Por desgracia, la claridad, ya tan dudosa, no tardó en debilitarse hasta el punto de reducirse á una vaga reverberación. ¿Estaban ó no en buen camino? ¿Era necesario continuar marchando en este sentido? ¿Cómo comprobarlo?

En aquel momento los dos perros dejaron oír vivos ladridos. ¿Señalaban la proximidad de un peligro? ¿No habían olfateado alguna banda de esquimales ó de tchoukchis, de paso á través del Estrecho? En este caso M. Serge reclamaría los servicios de estos indígenas, y por lo menos sabría fijamente la posición del islote.

Sin embargo, una de las ventanillas del coche acababa de abrirse, y se oyó á Cornelia preguntar por qué Wagram y Marengo ladraban de tal manera.

Se la respondió que no se sabía todavía, pero que no había por qué alarmarse.

—¿Es necesario que nos bajemos? añadió.

—¡No, Cornelia! respondió M. Cascabel. ¡Estáis bien donde estáis las niñas y tú!.. ¡Quedaos ahí!

—Pero... ¿y si los perros han sentido algún animal... un oso, por ejemplo?

—¡Pues bien; ya nos lo dirán! Por otra parte, ¡tened dispuestos los fusiles! Sobre todo, prohibido el bajar.

—Cerrad vuestra ventana, madama Cascabel, dijo M. Serge. ¡No hay un minuto que perder! ¡Vamos á ponernos en camino al instante!

El tiro, que se había parado á los primeros ladridos de los perros, volvió á continuar su pensosa marcha.

Durante media hora la *Belle-Roulotte* pudo avanzar más de prisa, porque la superficie del *ice-field* era menos rugosa.

Los caballos, verdaderamente fatigados, con la cabeza baja, los corvejones extendidos, tiraban valerosamente. Se veía que éste era el último esfuerzo, y que no tardarían en abatirse si este esfuerzo se prolongaba.

Apenas era de día. Lo que quedaba de luz difusa á través del espacio, parecía más bien proceder de la superficie del campo que de la claridad de las altas zonas.

Los dos perros no cesaban de ladrar, corriendo hacia adelante, parándose para olfatear el aire, con la cola recta é inmóvil, y volviendo después junto al tiro.

—¡Hay seguramente algo extraordinario! hizo observar M. Cascabel.

—¡El islote Diomedes! gritó Juan.

Y mostraba un conjunto de rocas que se percibían confusamente á algunos centenares de pasos hacia el Oeste.

Lo que le daba la razón á Juan era que este montón estaba sembrado de puntos negros, cuyo color resaltaba vivamente sobre el blanco de los témpanos.

—En efecto, debe ser el islote, dijo M. Serge.

—¡O es ilusión, ó veo moverse aquellos puntos negros! exclamó M. Cascabel.

—¿Moverse?..

—Sí.

—Son, sin duda, algunos millares de focas que han buscado refugio en el islote...

—¿Algunos millares de focas? respondió M. Cascabel.

—¡Ah, señor patrón! exclamó Clou de Girofle; ¡qué fortunón, si pudiéramos cogerlas para enseñarlas en la feria!

—Y si todas dijieran «¡papá!» añadió Sandre.

¿No era éste el grito del corazón de un joven saltimbanqui?

II

ENTRE DOS CORRIENTES

La *Belle-Roulotte* se encontraba por fin sobre tierra firme, no teniendo ya que temer que el campo de hielo se hundiese bajo su peso. Fácil es imaginarse cuánto debía apreciar la familia Cascabel la ventaja de sentir bajo sus pies un suelo inquebrantable.

La oscuridad era completa. Se tomaron las mismas disposiciones que la víspera para establecer el campamento á algunos centenares de pasos del islote Diomedes.

Después se ocuparon de los animales,

y en seguida de las «gentes de talento,» como decía César Cascabel.

El frío era relativamente moderado. La columna termométrica no indicaba más que cuatro grados bajo cero. Poco importaba, por otra parte. Durante aquella parada no habría que temer una alza en la temperatura. Se esperaba á que la baja de ésta hubiese asegurado la congelación y solidificación del *ice field*. El invierno no podía tardar en presentarse con todo su rigor.

Era completamente de noche. M. Serge dejó para la mañana siguiente la exploración que quería hacer en el islote. En primer lugar, se pensó en tomar las mejores disposiciones en cuanto se refería á los caballos, los que necesitaban una buena alimentación y largo reposo, por hallarse verdaderamente extenuados.

Luego, cuando se sirvió la cena, cada cual se apresuró á despachar su parte; ¡tal prisa tenían por tenderse en su camastro, después de tantas y tan rudas fatigas!

La *Belle-Roulotte* quedó bien pronto sumergida en un profundo sueño, sin que Cornelia soñase aquella noche con deshielos ni abismos en los que se precipitaba su casa ambulante.

Al día siguiente, 25 de Octubre, en cuanto la claridad fué suficiente, M. Serge Cascabel y sus dos hijos marcharon á reconocer el estado del islote.

Lo que les sorprendió desde luego fué la increíble cantidad de focas, conocidas con el nombre de *otarios de pelo*, que se habían refugiado en él.

En efecto, en aquella porción del mar de Behring, limitada al Sur por el quincuagésimo grado de latitud septentrional, es en donde se encuentran dichos animales, tal vez en masas más considerables.

Si se examina detenidamente la carta de esta región, admira, con seguridad, la configuración que presentan las dos costas americana y asiática, y particularmente su semejanza. Opuesta la una á la otra, en ambas se dibuja claramente el mismo perfil: la tierra del Príncipe de Galles guarda simetría con la península de los Tchouktchis; el golfo de Norton con el golfo de Anadir; la extremidad de la península alaskiana se encorva como la península del Kamtchaska, y el todo está cerrado por el rosario de las islas Aleutianas.

Sin embargo, no puede deducirse de esto que América haya sido separada bruscamente de Asia por alguna convulsión de la época prehistórica, que hubiese abierto el estrecho de Behring, porque los ángulos salientes de un litoral no corresponden á los ángulos entrantes del otro.

En estos sitios se encuentran numerosas islas: la de San Lorenzo, ya citada, sobre el litoral americano; la de Karagh-niskü, sobre el litoral asiático; no lejos las playas del Kamtchaska, la isla Behring, casi tocando á la isleta de Cuivre, y á poca distancia de las riberas alaskianas, las islas Pribyloff. La semejanza de las costas es, pues, completa, por la idéntica disposición de los archipiélagos.

Ahora bien; las islas Pribyloff y la de Behring sirven más especialmente de residencia á las colonias de focas que frecuentan este mar. Pueden contarse por millones. Así es que los cazadores de profesión vienen, no solamente para capturar los otarios, sino también las nutrias de mar, muy numerosas aún no hace un siglo, ahora muy escasas á causa de su continua destrucción.

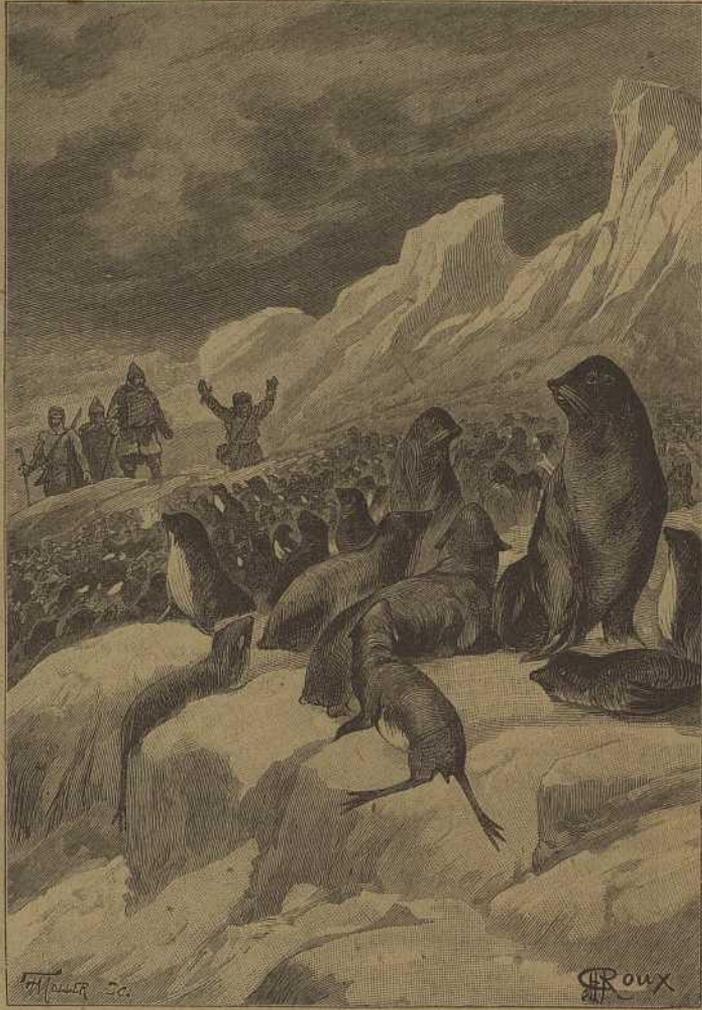
En cuanto á los otarios, nombre genérico bajo el que se comprenden los leones, vacas y osos de mar, se aglomeran en rebaños considerables, y parece que la raza no ha de extinguirse jamás.

Y, sin embargo, ¡qué caza se les da mientras dura la estación cálida! Sin tréguá ni piedad, los cazadores los acosan hasta sus «rookeries,» especie de parques en donde se agrupan las familias. Los adultos, sobre todo, son atacados implacablemente, y la raza concluiría por desaparecer, si no fuese por su fecundidad extraordinaria.

En efecto, desde el año 1867 hasta 1880, trescientos ochenta y ocho mil novecientos ochenta y dos otarios han sido destruidos nada más que en los reservados de la isla de Behring. En las islas Pribyloff, durante un siglo, los pescadores alaskianos han recogido un montón de tres millones quinientas mil pieles, y aún, anualmente, no suministran menos de cien mil.

Y ¡cuántos no quedarán sobre las otras islas del mar de Behring! M. Serge y sus compañeros podían juzgar por lo que veían en el islote de Diomedes.

Toda la playa desaparecía bajo un hor-



Millares de focas se habían refugiado en el islote.

miguero de focas, apretadas las unas contra las otras, y no se veía nada de la alfombra de nieve sobre la que reposaban con toda seguridad.

Sin embargo, si las miraban, ellas se fijaban también en los visitantes del islote. Inmóviles, inquietas, quizás irritadas de aquella toma de posesión de su dominio, no intentaban huir, y á veces dejaban oír una especie de balido prolongado, en el que se adivinaba cierta cólera.

Luego, levantándose, agitaban vivamente sus patas, ó más bien sus aletas, desplegadas en forma de abanico.

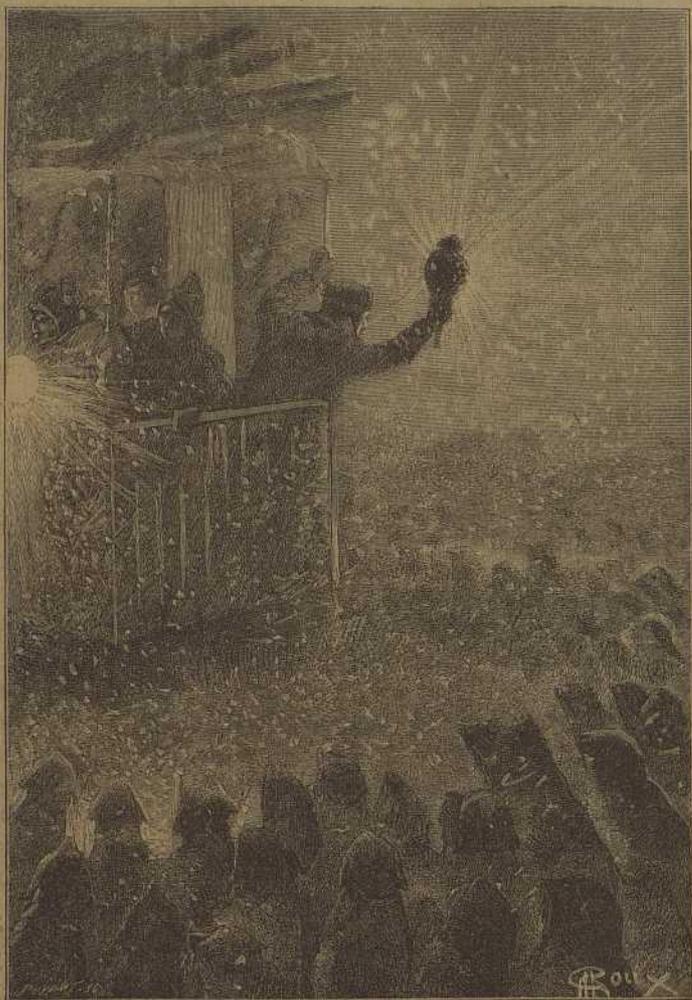
¡Ah! Si como había deseado Sandre, aquellas focas hubiesen estado dotadas del uso de la palabra, ¡qué trueno de «papás» hubiera salido de sus barbudos labios!

M. Serge y Juan no pensaban en dar caza á aquella legión de anfibios. Y sin embargo, había allí «una fortuna de pieles en pie,» según decía Cascabel.

Pero hubiera sido una matanza inútil y hasta peligrosa. Aquellos animales, temibles por su número, hubieran podido hacer muy peligrosa la situación de la *Belle Roulotte*, por lo cual M. Serge recomendó la mayor prudencia.

La presencia de aquellas focas sobre el islote Diomedes, ¿no contenía una indicación que convenía no despreciar? ¿No había motivo para preguntarse por qué aquellos animales se habían refugiado sobre aquel montón de rocas que no les ofrecía ningún recurso?

Con este motivo se suscitó una seria



—¡Si nos atacan, toda resistencia será imposible! dijo M. Serge.

discusión, en la que tomaron parte M. Serge, César Cascabel y su hijo mayor. Se habían dirigido hacia la parte central del islote, mientras que las mujeres se ocupaban del menaje, dejando á Clou y á Sandre el cuidado de atender á las necesidades de los animales.

M. Serge fué el que provocó la discusión, diciendo:

—Amigos míos, se trata de saber si no vale más abandonar el islote de Diomedes desde el momento en que los caballos hayan descansado, que prolongar en él nuestra parada...

—M. Serge, respondió César Cascabel, pienso que no debemos dormirnos sobre esta roca, representando el papel de Robinsones Suizos... ¡Os lo confieso! Tengo

prisa de sentir bajo mis talones un pedazo de la costa siberiana.

—Lo comprendo, padre, añadió Juan; y sin embargo, no conviene tampoco exponerse, como lo hemos hecho, lanzándonos á través del Estrecho. Sin este islote, ¿qué hubiera sido de nosotros? Todavía hay una docena de leguas hasta Numana...

—Pues bien, Juan, dando algunos buenos empujones, quizás podríamos recorrerlas en dos ó tres etapas.

—Sería muy difícil, respondió Juan, aun cuando lo permitiera el estado del *ice-field*.

—Pienso que Juan tiene razón, observó M. Serge. Que tengamos prisa por atravesar el Estrecho, es natural; pero puesto que la temperatura se ha dulcifica-

do singularmente, me parece que no sería muy prudente abandonar la tierra firme. Hemos partido demasiado pronto de Port-Clarence; procuremos no hacer lo mismo del islote de Diomedes. Lo cierto es que el Estrecho no está completamente congelado en toda su extensión...

—Y de ahí vienen esos estallidos que aún oíamos ayer, añadió Juan. Son debidos evidentemente á la insuficiente agregación de los hielos...

—Si, esa es una prueba, replicó M. Serge; pero hay también otra...

—¿Cuál?... preguntó Juan.

—Una que no me parece menos grave: la presencia de esos millares de focas, cuyo instinto ha empujado á invadir el islote Diomedes. Sin duda después de haber abandonado los altos parajes de aquel mar, esos animales se dirigían hacia la isla de Behring ó las islas Aleutianas, cuando han previsto alguna próxima conmoción.

Habrán sentido la necesidad de retirarse del *ice-field*.

¿Se prepara una dislocación por efecto de la temperatura, ó es que va á producirse algún fenómeno submarino que destroce el campo de hielo? No lo sé.

Pero si nosotros tenemos prisa por ganar la costa siberiana, estos anfibios no deben tener menos por alcanzar sus *rookeries* de las islas de Behring y de Pribyloff; y puesto que se han detenido en el islote Diomedes, es que han tenido serias razones para hacerlo.

—Entonces, ¿cuál es vuestra opinión, M. Serge? preguntó M. Cascabel.

—Mi opinión es que permanezcamos aquí, mientras que las focas no nos hayan indicado, partiendo ellas mismas, que podemos ponernos en camino sin peligro.

—¡Diablo!... ¡Vaya un contratiempo endemoniado!

—No es tan grave, padre, respondió Juan. ¡Quiera Dios que no tengamos que experimentarlos mayores!

—Además, este estado de cosas no puede ser duradero, añadió M. Serge. Por poco precoz que sea el invierno este año, pronto estaremos á fines de Octubre, y aunque el termómetro no marque en este momento más que cero, puede bajar de un día para otro una veintena de grados.

Si el viento llega á saltar al Norte, el *ice-field* quedará tan sólido como un con-

tinente. Luego mi opinión, por cierto muy meditada, es esperar, si no ocurre algo que nos obligue á partir.

Esto, por lo menos, era lo prudente, por lo cual se decidió que la *Belle-Roulotte* permanecería sobre el islote Diomedes, mientras el paso del Estrecho no quedase asegurado por un frío intenso.

Durante la jornada, M. Jorge y Juan visitaron en parte aquella base granítica que les ofrecía completa seguridad. El islote media tres kilómetros de circunferencia. Aun en verano debía ser completamente árido. Un amontonamiento de rocas, nada más.

Sin embargo, hubiera bastado para recibir las pilas del famoso puente de Behring que reclamaba M. Cascabel, si algún día los ingenieros rusos y americanos pensaban en reunir los dos continentes, en contra de lo que con tanto aplauso ejecuta M. Lesseps.

Los visitantes ponían el mayor cuidado en no espantar á las focas. Y sin embargo, era evidente que la presencia de seres humanos mantenía á aquellos animales en un singular estado de sobreexcitación. Había grandes machos que lanzaban roncós gritos, reuniendo en torno suyo sus familias, muy numerosas en su mayor parte, porque son polígamos, y cuarenta ó cincuenta adultos no reconocen más que un solo padre.

Aquellas disposiciones poco amigables no dejaron de preocupar á M. Serge, sobre todo cuando observó cierta propensión en aquellos anfibios á dirigirse hacia el campamento. Aisladamente no eran de temer, sin duda; pero sería difícil, hasta imposible, resistir á tales masas si se les antojaba arrojar á los intrusos que no les dejaban la entera posesión del islote Diomedes. Juan quedó igualmente sorprendido de aquella particularidad, y M. Serge y él volvieron bastante alarmados.

El día terminó sin incidente, á no ser que la brisa, que soplaba del Sudeste, se convirtió en fuerte viento.

Seguramente se preparaba alguna violenta tempestad, quizás una de esas borrascas árticas cuya duración es de muchos días, lo que indicaba la extraordinaria depresión de la columna barométrica, que había bajado á 72 centímetros.

La noche se anunciaba bajo malos aus-

picios. Y por añadidura, desde el momento en que todos se acomodaron en los departamentos de la *Belle-Roulotte*, increíbles aullidos, de cuyo origen no podían dudar, aumentaron el estruendo de las ráfagas. Las focas se encontraban al lado del vehículo y comenzaban á abordarle. Los caballos relinchaban de miedo, temiendo ser atacados por aquellas bandas, contra las cuales Wagram y Marengo ladraban con inútil rabia. Hubo necesidad de salir al exterior y aproximar á Vermont y Gladiator para velar por ellos.

Se cargaron los revólvers y los fusiles. Sin embargo, M. Serge recomendó no servirse de ellos sino en último extremo.

La noche estaba oscura. Se encendieron los faroles, pues no podía distinguirse nada en medio de aquellas tinieblas. Los haces de luz permitieron ver millares de focas alineadas alrededor de la *Belle-Roulotte*, y sin duda alguna aguardaban la llegada del día para asaltarla.

—¡Si nos atacan, toda resistencia será imposible, y corremos el riesgo de ser aplastados! dijo M. Serge.

—¿Qué hacer entonces?... preguntó Juan.

—Hay que partir.

—¿Cuándo?

—Al momento, respondió M. Serge.

Ante aquel peligro, seguramente muy grave, ¿tenía razón M. Serge al querer abandonar el islote? Sí: era lo único que podía hacerse. Probablemente las focas no querían más que arrojar á los seres que se habían refugiado en su dominio, y no se encarnizarían en perseguirlos á través del *ice-field*. En cuanto á dispersarlas por la fuerza, hubiera sido más que imprudente intentarlo.

¿Qué podían los revólvers y los fusiles contra aquellos millares de animales?

Se engancharon los caballos, las mujeres volvieron á subir á sus departamentos, y los hombres, dispuestos á la defensiva, se colocaron á cada lado del vehículo, que comenzó á bajar hacia el Oeste.

La noche era talmente brumosa, que apenas si los faroles permitían iluminar el campo á una veintena de pasos. La borrasca se desencadenaba con más furia. No nevaba, y los copos que revoloteaban por el aire eran los que el viento arrancaba de la superficie del *ice-field*. ¡Y si

quiera la solidificación fuese completa! Pero no había nada de eso. Sentíase entreabrir los témpanos, en medio de estallidos prolongados. Se producían hendeduras, por las cuales el agua del mar saltaba como un surtidor.

M. Serge y sus compañeros marcharon así por espacio de una hora, temiendo á cada instante que el campo de hielo se abriese bajo sus pies. Se hacía imposible seguir una dirección determinada, y, sin embargo, Juan ensayaba mantenerla en lo posible por medio de la brújula. Felizmente, marchando hacia el Oeste, no era posible dejar atrás la costa siberiana, que se extendía á unas diez leguas, ocupando tres cuartos del horizonte, como hubiera sucedido con el islote Diomedes si se hubieran inclinado, bien al Norte ó bien al Sur.

Pero era preciso llegar, y la primera condición era que la *Belle-Roulotte* no se sumergiese en las profundidades del mar de Behring.

Sin embargo, aunque el mayor, no era éste el único peligro que había que temer. A cada momento el carruaje amenazaba volcar, cogido de costado por aquella ráfaga del Sudeste. Por prudencia fué preciso hacer bajar á Cornelia, Kayette y Napoleona. M. Serge, Cascabel, Juan, Sandre y Clou, agarrados á las ruedas, luchaban por retenerla contra el viento.

Se comprende que poco camino debían hacer los caballos en estas condiciones, cuando sentían crujir el suelo bajo sus pies.

A cosa de las cinco y media de la mañana (26 de Octubre), en medio de tinieblas tan profundas como las que bañan los espacios interestelares, la *Belle-Roulotte* tuvo que detenerse. Los caballos no podían dar un paso más. La superficie del campo se agitaba, levantada por debajo por la ola que la borrasca arrojaba de los parajes inferiores del mar de Behring.

—¿Qué partido tomar?... preguntó Juan.

—¡Hay que volver al islote! exclamó Cornelia, que no podía contener el espanto de Napoleona.

—¡Ya no es posible! respondió monsieur Serge.

—¿Y por qué? replicó M. Cascabel. Es preferible batirse con las focas que...



La borrasca se desencadenaba con más furia

—Os repito que es imposible volver al islote. Habría que marchar contra la ráfaga, y nuestro carruaje no podría resistir... ¡Sería hecho pedazos si no huiese ante la tempestad!...

—¡Con tal que no nos veamos obligados á abandonarle!... dijo Juan.

—¡Abandonarle! exclamó M. Cascabel. ¿Y qué sería de nosotros sin la *Belle-Roulotte*?...

—Haremos todo lo que sea posible para no llegar á ese caso, respondió M. Serge. Este carruaje es nuestra salvación, y es preciso conservarle á toda costa.

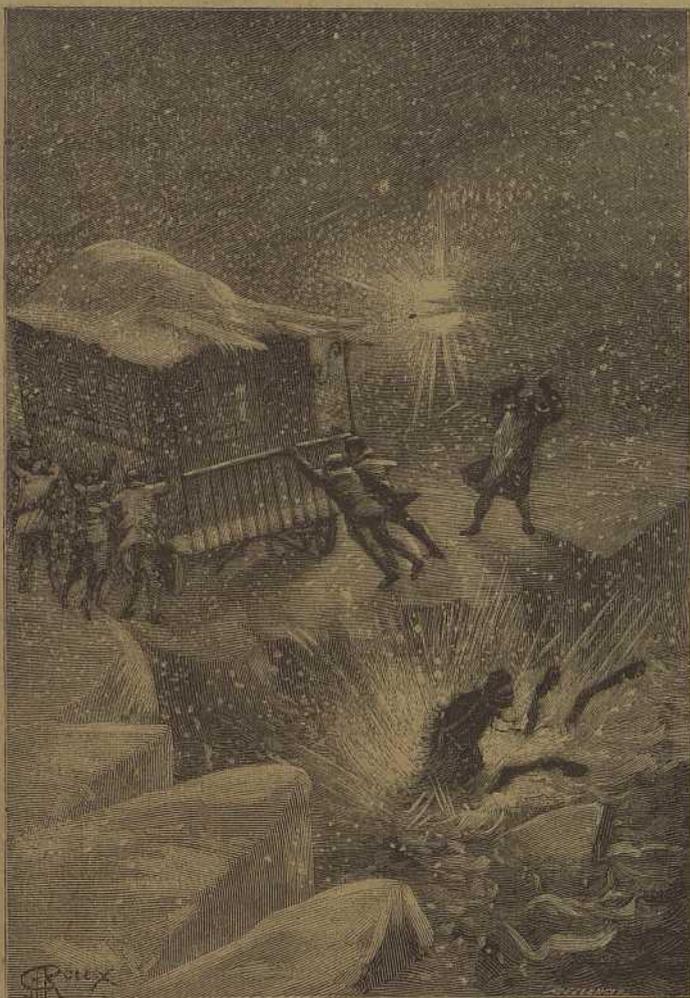
—¿De modo que no es posible volver atrás? preguntó M. Cascabel.

—¡Imposible! ¡Hay que continuar adelante! respondió M. Serge. ¡Valor, sangre

fría, y concluiremos por llegar á Numanal!

Estas palabras dieron por resultado reanimar á todo el mundo. Era demasiado evidente que el viento impedía la vuelta al islote Diomedes. Soplaba del Sudeste con tal impetuosidad, que ni personas ni animales hubieran podido marchar contra él. La *Belle-Roulotte* no podía ni aun quedar estacionada. Con sólo intentar resistir al desplazamiento del aire, hubiera perecido.

Una semiclaridad, pálida y brumosa, apareció á cosa de las diez. Las nubes, bajas y recortadas, parecían arrastrar jirones de vapores hacia el Estrecho, que barrían furiosamente. Pedazos de nieve y agujas de hielo arrancadas del banco, vo-



Los caballos acababan de desaparecer bajo el hielo.

laban en el torbellino como una metralla de granizos. En condiciones tan penosas, no pudo hacerse más de una media legua de camino, en hora y media de marcha, porque había que evitar los charcos de agua y rodear los témpanos acumulados sobre el *ice-field*. Por debajo, las sacudidas le imprimía rudas oscilaciones, una especie de balanceo que provocaba continuos estallidos. De repente, hacia las tres menos cuarto, se produjo una violenta sacudida. Una red de hendeduras estrelló el campo, irradiando en torno del vehículo... Una grieta que media treinta pies de diámetro se había abierto bajo los pies del tiro.

A un grito de M. Serge, sus compañeros se detuvieron á algunos pasos de aquella grieta.

—¡Nuestros caballos!... ¡Nuestros caballos!... gritó Juan: ¡salvemos nuestros caballos!...

Era demasiado tarde. Habiendo cedido el hielo, los desgraciados animales acababan de desaparecer. Si no se hubiesen roto los tirantes, la *Belle-Roulotte* hubiera sido igualmente arrastrada á las profundidades del mar.

—¡Nuestros pobres caballos! exclamó desesperado M. Cascabel.

¡Sí! Aquellos viejos amigos del saltimbanqui, que habían corrido el mundo con él; aquellos fieles compañeros que por tan largo tiempo habían compartido su nó-mada existencia, estaban sumergidos. Gruesas lágrimas mojaron los ojos de M. Cascabel, de Cornelia y de sus hijos...

—¡Atrás! ¡Atrás!... había gritado monsieur Serge.

Y agarrándose todos á las ruedas del carruaje, lograron, no sin trabajo, alejarle de la grieta, que se ensanchaba con las oscilaciones del campo. Así anduvo hacia atrás una veintena de pies fuera del círculo de dislocación.

¿Qué hacer ahora? ¿Abandonar la *Belle-Roulotte* en medio del Estrecho para volver á buscarla con varios tiros de renos, después de haber llegado á Numana? Parecía que no había otro partido que tomar.

De pronto, Juan se puso á gritar:

—¡M. Serge, M. Serge!... ¡Mirad!... ¡Derivamos!...

—¿Derivamos?...

¡Era demasiado cierto!

A no dudar, un deshielo general acababa de poner en movimiento los témpanos entre las dos orillas del Estrecho. Las sacudidas de la tempestad, unidas al alza de la temperatura, habían roto el campo, insuficientemente cimentado en su parte media.

A consecuencia del desplazamiento de los témpanos, de los cuales unos se habían amontonado sobre el *ice-field*, y los otros corrido por debajo, se abrieron anchos pasos hacia el Norte. Esto permitía al islote flotante que llevaba al vehículo, derivar bajo la fuerza del huracán.

Algunos *ice-bergs*, inmóviles, eran otros tantos puntos de referencia para apreciar el sentido de la deriva.

La situación, ya tan inquietante por la pérdida del tiro, se había agravado extraordinariamente.

Ya no era posible llegar á Numana, ni aun después de haber abandonado el carruaje. No eran ya grietas, que se hubieran podido rodear; eran múltiples pasos que no había medio alguno para franquearlos, y cuya orientación cambiaba según los caprichos de la onda. Y luego aquel témpano que arrastraba á la *Belle-Roulotte*, y cuya marcha no podía guiarse, ¿cuánto tiempo resistiría al choque de las olas que venían á romperse sobre sus bordes?

¡No! ¡Nada era posible hacer! Querer dirigirse para alcanzar el litoral siberiano, era empresa superior á fuerzas humanas. El bloque flotante marcharía así mientras

no le detuviese ningún obstáculo: ¡y quién sabe si aquel obstáculo no sería la misma banca en los extremos límites del mar polar!

Hacia las dos de la tarde, en medio de la sombra que acrecían los crespones de bruma, la oscuridad era suficiente para detener la vista en un radio muy corto.

Abrigados y vueltos hacia el Norte, M. Serge y sus compañeros permanecían silenciosos. ¡Qué hubieran podido decir, puesto que no tenían nada que intentar!

Cornelia, Kayette y Napoleona, envueltas en sus abrigos, se estrechaban las unas contra las otras.

El joven Sandre, más sorprendido que inquieto, silbaba una canción.

Clou se ocupaba en poner en orden los objetos dispersos por la sacudida en el interior de los departamentos.

Si M. Serge y Juan habían conservado toda su sangre fría, no sucedía lo mismo á M. Casabel, que se acusaba de haber metido á toda su familia en semejante aventura.

Sin embargo, importaba mucho darse cuenta exacta de la situación. No se habrá olvidado que dos corrientes se propagan en sentido inverso á través del estrecho de Behring. Una desciende hacia el Sur, la otra sube hacia el Norte. La primera es la corriente del Kamschatka, la segunda la de Behring. Si el témpano cargado con el personal y material de la *Belle-Roulotte* era agarrado por la primera, sería inevitablemente arrastrado hacia atrás, y existían probabilidades de que pudiese arribar á la costa siberiana. Si, por el contrario, era atraído por la segunda, sería rechazado hacia el mar Glacial, en donde ningún continente ni grupo de islas podrían detenerle.

Por desgracia, el huracán soplaba del Sur á medida que iba aumentando en intensidad. En el fondo de aquel embudo formado por el Estrecho, se producía una corriente de aire cuya violencia no podía imaginarse, al mismo tiempo que el viento se desviaba poco á poco de su primera dirección.

Esto es cuanto habían podido observar M. Serge y Juan, viendo que se escapaba toda probabilidad de ser cogidos por la corriente del Kamatchska. Referida á la brújula, la deriva inclinaba hacia el Norte.

¿Podía esperarse que el témpano fuese llevado hasta la península del Príncipe de Gales, sobre la costa de Alaska, á la vista de Port-Clarence? Este hubiera sido un desenlace verdaderamente providencial.

Pero el Estrecho desagua con un ángulo tan abierto entre el cabo Oriental y el cabo del Príncipe de Gales, que sería imprudente abandonarse á aquella esperanza.

Entretanto, la estancia se hacía casi insostenible en la superficie del témpano, en donde nadie podía permanecer en pie: ¡tan terrible era la tormenta!

Juan, que quiso observar el estado del mar por su parte anterior, fué derribado, y sin la intervención de M. Serge, hubiera sido precipitado en las olas.

¡Qué noche pasaron aquellos desgraciados, puede decirse aquellos naufragos, porque estaban allí como los supervivientes de un naufragio!

¡Qué angustias á cada instante! *Icebergs* de masa considerable venían á veces á chocar contra el islote flotante, con tales sacudidas y tales estallidos, que amenazaba dislocarle. Pesadas olas pasaban por su superficie, sumergiéndole como si se hubiese hundido en el abismo. Todos estaban transidos bajo aquellas frías duchas que el viento pulverizaba por encima de sus cabezas. Sólo habían podido evitarlas entrando en la *Belle-Roulotte*; pero ésta oscilaba tanto bajo los golpes de la ráfaga, que ni M. Serge ni M. Cascabel se atrevían á aconsejarles buscasen aquel refugio.

Interminables horas transcurrieron así. Entretanto, los pasos se hacían cada vez más anchos, la deriva se operaba con menos choques. ¿Se había separado el témpano de la porción más angosta del Estrecho, cuya abertura se extendía á algunas leguas de allí en el mar Glacial? ¿La corriente de Behring había triunfado por fin de la corriente del Kamschatka? En ese caso, si las costas de América no le detenían, ¿no era de temer que fuese arrastrado hasta el pie de la enorme banca?

¡Cuánto tardaba en aparecer el día! El día, que permitiría reconocer exactamente la situación. Las pobres mujeres oraban. Su salvación no podía venir más que de Dios.

El día apareció por fin (27 de Octubre).

sin que trajese consigo la calma de las conmociones atmosféricas. Por el contrario, parecía que la tempestad redoblabá su furia con la salida del sol.

M. Serge y Juan, con la brújula en la mano, interrogaron el horizonte. En vano buscaron tierra en la dirección del Este y del Oeste...

El témpano ¡era demasiado cierto! había derivado hacia el Norte, bajo la acción de la corriente de Behring.....

Como puede pensarse, aquella tempestad había causado á los habitantes de Port-Clarence vivas inquietudes sobre la suerte de la familia Cascabel.

Pero ¿cómo hubieran podido socorrerles, puesto que el deshielo impedía toda comunicación entre las dos orillas del Estrecho?...

Lo mismo ocurrió en el puerto de Numaná, donde los dos agentes rusos, que estaban ya hacia dos días, habían anunciado la partida de la *Belle-Roulotte*.

En realidad, si alguna ansiedad experimentaron por los que conducía, no fué seguramente por simpatía.

Sabemos que esperaban al conde Narkine sobre la costa siberiana para apoderarse de su persona... y era probable que aquél hubiese perecido en el desastre con la familia Cascabel.

Tres días después no hubo lugar á duda, cuando la corriente arrojó los cadáveres de dos caballos en una pequeña enseada del litoral.

Eran los de Vermout y Gladiator, que componían el único tiro de los saltimbanquis.

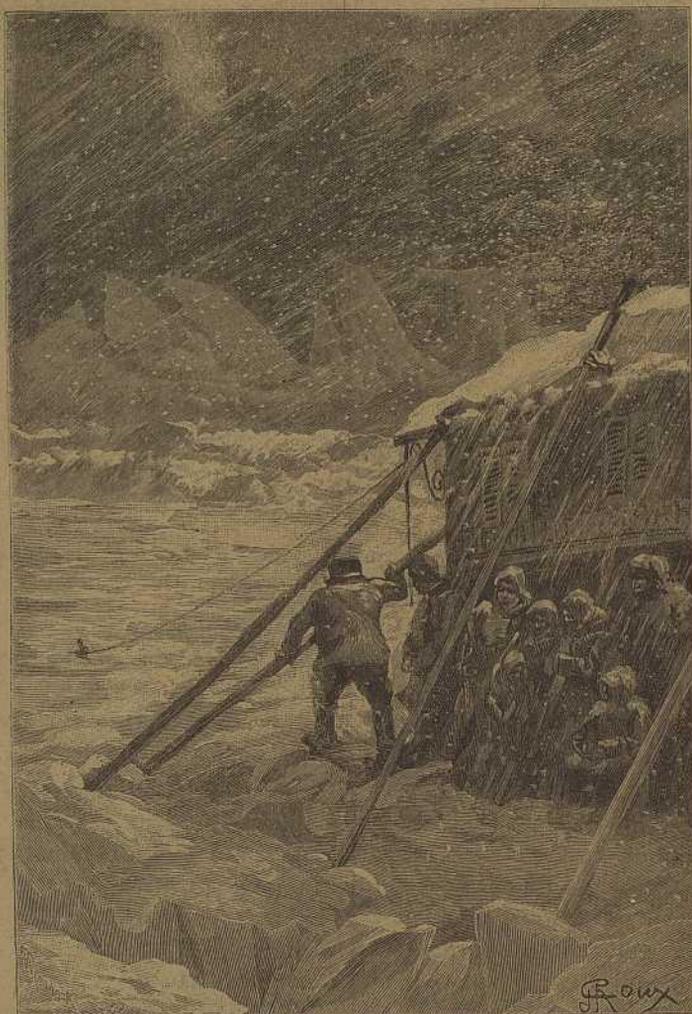
—¡Diablo! dijo uno de los agentes: ¡qué bien hemos hecho en atravesar el Estrecho antes que nuestro hombre!

—Sí, respondió el otro; pero ¡es una lástima haber perdido un negocio tan bonito!

III

EN DERIVA

Sabemos ya cuál era la situación de los naufragos el día 27 de Octubre. ¿Hubieran podido hacerse ilusiones sobre su suerte; y guardar la más débil esperanza?... En de



Interminables horas transcurrieron así.

riva á través del estrecho de Behring, la única probabilidad de salvación era la de ser atraídos por la corriente del Sur, en dirección de la costa asiática... Pero no sucedía así: ¡la corriente del Norte les arrastraba!

Una vez dentro del mar Glacial, ¿qué sería del témpano de hielo? Si no se disolvía, ¿resistiría los choques? ¿Iría á perderse en alguna tierra ártica? Empujado durante algunos centenares de leguas por los vientos del Este, que entonces dominaban, ¿no sería arrojado sobre los escollos del Spitzberg ó de la Nueva Zembla? En este último caso, aunque fuera á costa de terribles fatigas, ¿llegarían los naufragos á ganar el continente?

M. Serge pensaba en las consecuencias

de esta última hipótesis. Hablaba con M. Cascabel y Juan, sondeando con su mirada el horizonte perdido en medio de las brumas.

—Amigos míos, dijo, estamos evidentemente en gran peligro, puesto que el témpano puede romperse á cada instante, y nos es imposible abandonarle...

—¿Es éste el mayor peligro que nos amenaza? preguntó M. Cascabel.

—¡Por el momento, sí! respondió M. Serge; pero con la vuelta del frío este peligro disminuirá y acabará por desaparecer. Ahora bien; en esta época y bajo esta latitud, es imposible que el alza de la temperatura se mantenga más allá de algunos días.

—Tenéis razón, Sr. Serge, respondió

Juan. Únicamente que si el témpano resiste... ¿á dónde irá?...

—En mi concepto, no será muy lejos, y no tardará en soldarse á algún *ice-field*. Entonces, cuando el mar esté definitivamente congelado, veremos de ganar el continente, con el fin de volver á tomar nuestro antiguo itinerario...

—¿Y cómo lo haremos, ahora que nuestro tiro ha perecido? exclamó M. Cascabel. ¡Ah, mis pobres caballos!... Sr. Serge, aquellos bravos animales formaban parte de mi familia, y por culpa mía...

M. Cascabel no podía consolarse. Su pesar era inmenso. Se reprochaba haber sido la causa de aquella catástrofe. ¿Cuando se había visto atravesar caballos el mar?... Y pensaba más en ellos que en el embarazo en que les colocaba su desaparición.

—¡Sí! Es una irreparable desgracia en las condiciones en que nos ha puesto este deshielo, dijo M. Serge. Que nosotros, hombres, podamos soportar las privaciones, las fatigas que resultan de esta pérdida, sea; pero Mad. Cascabel, Kayette y Napoleona, casi unas niñas, ¿qué harán cuando tengamos que abandonar la *Belle-Roulotte*?

—¡Abandonarla!... gritó M. Cascabel.

—¡Será necesario, padre!

—Verdaderamente, dijo M. Cascabel, amenazándose con los puños, era tentar á Dios el emprender tal viaje... ¡Seguir semejante camino para volver á Europa!

—No os dejéis abatir, amigo mío, respondió M. Serge. Miremos el peligro sin acobardarnos. ¡Es el mejor medio para vencerle!

—Padre, añadió Juan; lo hecho, hecho está, y todos hemos estado de acuerdo al hacerlo. No te acuses, pues, de haber sido imprudente; vuelve á recobrar tu energía de otras veces.

Peró á pesar de darle estos ánimos, M. Cascabel estaba anonadado, y su confianza en sí mismo, su filosofía natural, habían recibido un rudo golpe.

M. Serge buscaba por todos los medios puestos á su alcance, consultando la brújula, puntos de referencia conocidos, para darse cuenta de la dirección de la corriente. A este género de observaciones consagró las pocas horas de día que alumbraban el horizonte de aquella latitud.

No era fácil este trabajo, porque los puntos de referencia cambiaban sin cesar. Más allá del Estrecho parecía estar libre el mar, en una gran extensión. Evidentemente, con aquella temperatura anormal no se había formado jamás el *ice-field* ártico. Si pareció estarlo durante algunos días, fué porque los témpanos que bajaban del Norte ó subían del Sur bajo la influencia de las dos corrientes, se habían reunido en aquella porción de mar, estrechada por los dos continentes.

Después de haber repetido sus operaciones, M. Serge creyó poder afirmar que la dirección seguida estaba sensiblemente indicada hácia el Noroeste. Este resultado tenía sin duda por origen el que la corriente de Behring dirigida hácia el litoral siberiano, después de haber rechazado la corriente del Kamschatka, se recogía al salir del estrecho de Behring, formando un extenso arco, subtendido por el paralelo del Círculo Polar.

M. Serge pudo observar al mismo tiempo que el viento, muy fuerte, siempre venía completamente del Sudeste. Si bien sopló un momento del Sur, fué porque la disposición de las costas había modificado su dirección general, que al cabo concluía por recobrar.

Quando se conoció este resultado, M. Serge se reunió á César Cascabel, y no le ocultó que nada mejor hubiera podido producirse en aquellas circunstancias. Esta buena noticia tranquilizó un poco al jefe de la familia.

—Sí, respondió; algo es el ir precisamente hacia donde se desea... ¡Pero qué vuelta habremos dado, Dios mío, qué vuelta!

Los náufragos se ocupaban entonces de instalarse lo mejor posible, como si su permanencia en el islote en deriva debiese durar mucho tiempo. Ante todo, se decidió que continuarían habitando la *Belle-Roulotte*, menos expuesta á un vuelco, puesto que cedía al empuje del huracán. Cornelia, Kayette y Napoleona volvieron á tomar su puesto en el interior, y á ocuparse de la cocina, absolutamente descuidada desde hacía veinticuatro horas. La cena estuvo bien pronto dispuesta; sentáronse á la mesa; y si las alegres conversaciones habituales no sazonzaban aquella comida, por lo menos reanimó á los co-

mensales, tan duramente probados desde su salida del islote Diomedes

El día terminó en aquellas condicionés. Las ráfagas no cesaban de desencadenarse con terrible violencia. El espacio se animaba con el vuelo de grandes bandadas de pájaros, petreles, ptarmigans y otros, tan justamente llamados pájaros de las tempestades.

En los días siguientes, 28, 29, 30 y 31 de Octubre no sucedió nada de extraordinario. El viento se mantenía del Este, y no modificó en nada el estado de la atmósfera.

M. Serge había estudiado cuidadosamente la forma y extensión del témpano. Era una especie de trapecio irregular, de trescientos cincuenta ó cuatrocientos pies de largo, por un centenar de ancho. Este trapecio, que se elevaba sobre sus aristas más de media toesa, aumentaba ligeramente de altura hacia el interior. No había ninguna hendedura sobre su superficie, aunque sordos crujidos corrían á veces á través de su masa. No parecía, pues, que su solidez hubiera sido, por lo menos hasta entonces, comprometida por el asalto de las olas y de la borrasca.

No sin grandes esfuerzos pudo ser llevada la *Belle-Roulotte* hasta el centro. Allí las cuerdas y piquetes de la tienda que servía para las representaciones ambulantes, la sujetaron tan fuertemente, que no había temor de que zozobrase.

Lo que más les alarmaba eran los choques, debidos á frecuentes encuentros con enormes *ice-bergs*, que cambiaban de lugar con velocidades desiguales, según que obedecían á las corrientes ó giraban en medio de los remolinos. Algunos medían á veces quince ó veinte pies de altura, pareciendo precipitarse como para un abordaje. Se les percibía desde lejos, se les veía venir; y ¿cómo evitar su brutal contacto? Había algunos que caían con estrépito cuando el cambio de su centro de gravedad modificaba el equilibrio; pero cuando chocaban, sus colisiones eran en extremo temibles.

La sacudida era tal algunas veces, que sin ciertas precauciones, tomadas á tiempo, todo hubiera sido destrozado en el interior del coche.

Estaban siempre bajo la amenaza de una dislocación posible y repentina: Así

es que cuando se señalaba la aproximación de algún enorme bloque, M. Serge y sus compañeros se reunían alrededor de la *Belle-Roulotte*, agarrándose los unos á los otros. Juan se aproximaba á Kayette. De todos los peligros, el más terrible hubiera sido el verse separados sobre los diversos pedazos del témpano. Además ofrecía menos seguridad en sus bordes que en su parte central, donde el espesor era mayor.

Durante la noche MM. Serge y Cascabel, Juan y Clou velaban á su vez. Ponían todo su cuidado en vigilar, en medio de aquella profunda oscuridad, rodeada de formas blancas que se movían como fantasmas. Aunque el espacio estaba cubierto de brumas, azotadas por la interminable borrasca, la luna, muy baja en el horizonte, le impregnaba de una luz pálida, y los *ice-bergs* podían ser vistos á cierta distancia. Al grito del que velaba, todo el mundo se ponía en pie, esperando el resultado del choque.

A veces, la dirección del *ice-berg* se modificaba, pasando á contrabordo; pero otras había encuentro y la sacudida rompía las cuerdas y arrancaba las estacas de la *Belle-Roulotte*. Era de creer que todo iba á ser destruído; despues del choque podían considerarse dichosos de haber resistido á la colisión.

¡Y la temperatura que no cesaba de ser anormal! ¡Y aquel mar, que aún no estaba congelado en la primera semana de Noviembre! ¡Y aquellos sitios, que continuaban siendo navegables, á pesar de encontrarse por encima del Círculo Polar! ¡Era verdaderamente tener mala suerte! Y todavía si algún ballenero, retrasado en su campaña de pesca, hubiese pasado á la vista, se le habrían hecho señales, ó se hubiera llamado su atención por medio de disparos... Despues de haber recogido á los naufragos los hubiera llevado á algún puerto del litoral americano, á Victoria, á San Francisco, á San Diego, ó sobre la costa siberiana, á Petropavlosk, á Okhotsk... Pero no: ¡ni un buque! Nada más que *ice-bergs* en movimiento! ¡Nada más que el inmenso mar desierto, que limitaba al Norte la inflanqueable banca!

Afortunadamente, á menos de una prolongación inverosímil de aquella anomalía climática, la cuestión de viveres no era

para inquietar, aun cuando la deriva durase algunas semanas. En la previsión de un largo viaje á través de los territorios asiáticos, donde hubiera sido difícil procurarse víveres en abundancia, se había hecho gran acopio de harina, arroz, grasa, etc. No tenían tampoco que preocuparse, por desgracia, del alimento del tiro. Y hay que convenir en que si Vermont y Gladiador hubieran sobrevivido al deshielo, no habría sido posible subvenir á sus necesidades.

Durante los días 2, 3, 4, 5 y 6 de Noviembre no ocurrió nada de nuevo; únicamente el viento mostraba gran tendencia á calmarse, subiendo un poco hacia el Norte. Apenas si el día duraba dos horas, lo que contribuía al horror de la situación. A pesar de las incesantes observaciones de M. Serge, se hacía muy difícil determinar la deriva; y en la imposibilidad de marcarla sobre el mapa, no sabían dónde se encontraban.

Sin embargo, el día 7 apareció un punto de referencia que fué reconocido, y después fijado con cierta exactitud.

Aquel día, á cosa de las once, en el momento en que los vagos rayos del sol impregnaban el espacio, M. Serge y Juan, acompañados de Kayette, se dirigieron hacia la parte anterior del témpano. Había en el material ambulante un anteojo de larga vista, bastante bueno, y que servía á Clou cuando enseñaba á los papanatas el Ecuador, figurado por un hilo extendido en el objetivo, y los habitantes de la luna, representados por insectos introducidos en el tubo. Después de haber limpiado cuidadosamente este anteojo, Juan lo llevó consigo, y con el ocular en los ojos procuraba reconocer al largo alguna tierra.

Hacia poco que examinaba atentamente el horizonte, cuando Kayette, extendiendo la mano hácia el Norte, dijo:

—Me parece, señor Serge, que allí abajo veo... ¿No es aquello una montaña?...

—¿Una montaña?... respondió Juan.

—¡No!... ¡Será probablemente un *ice-berg!*

Volvió el anteojo hacia el punto indicado por la india.

—¡Kayette tiene razón! dijo casi en seguida.

Dió el instrumento á M. Serge, que le dirigió á su vez hacia el mismo lado.

—¡Sí! dijo. ¡Es un montaña bastante alta!... ¡Kayette no se ha engañado!

Después de una nueva observación, se pudo afirmar que alguna tierra debía encontrarse en la dirección Norte, á una distancia próximamente de cinco á seis leguas.

Era un hecho de verdadera importancia.

—Para que una tierra esté dominada por una montaña tan alta, observó Juan, es necesario que tenga considerable extensión...

—En efecto, Juan, respondió M. Serge, y cuando volvamos á la *Belle-Roulotte*, trataremos de encontrar su posición en el mapa. Esto nos permitirá saber exactamente nuestra situación.

—¡Juan... me parece que se escapa humo de aquella montaña! dijo entonces Kayette.

—¿Será acaso un volcán?... replicó M. Serge.

—¡Sí!... ¡Sí!... añadió Juan, que había vuelto á mirar con el anteojo. Se distinguen perfectamente una humareda...

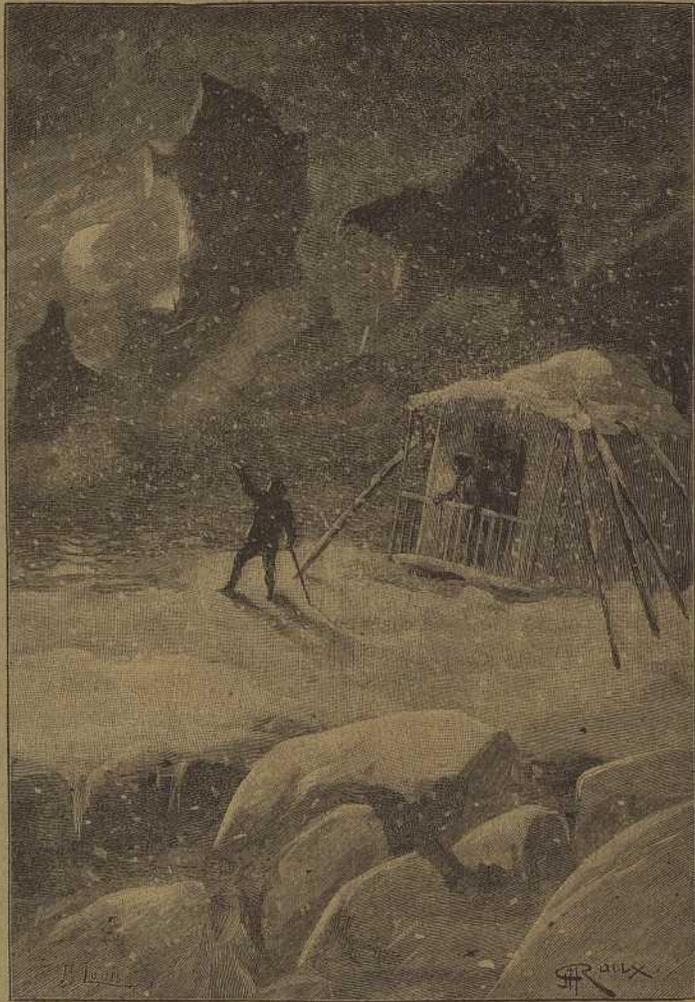
Pero el día comenzaba á extinguirse, y aun con el aumento del ocular, la silueta de la montaña se fué disipando poco á poco.

Una hora más tarde, cuando la oscuridad fué casi completa, aparecieron vivos resplandores en la dirección que había sido señalada por medio de una línea trazada sobre la nieve.

—Vamos á consultar la carta, dijo monsieur Serge, volviendo con sus amigos al campamento.

Juan buscó en el atlas el mapa que representaba el conjunto de las regiones boreales, más allá del estrecho de Behring, y se estableció la siguiente proposición.

Puesto que M. Serge había reconocido ya, por una parte, que la corriente, después de haber subido al Norte, se torcía hacia el Este á unas cincuenta leguas fuera del Estrecho, y, por otra, que el témpano seguía esta dirección desde hacía algunos días, se trataba de averiguar si existía al Noroeste alguna tierra que pudiera señalarse. Precisamente, á veinte leguas del Continente indicaba el mapa la existencia de una gran isla, que los geógrafos designan con el nombre de isla Wrangel, cuyos contornos están vagamente deter-



Al grito del que velaba..

minados por su parte septentrional. Era muy probable, por otra parte, que el témpano no la abordara, si la corriente continuaba llevándoles á través del ancho brazo de mar que la separa de la costa siberiana.

M. Serge no tuvo ninguna duda sobre la identidad de la isla Wrangel. En efecto, entre los dos cabos que proyecta su costa meridional, el cabo Hawan y el cabo Thomas, está dominada por un volcán en actividad, anotado en las cartas modernas. No podía ser éste más que el visto por Kayette, y cuyos fuegos se habían mostrado perfectamente á la caída del día.

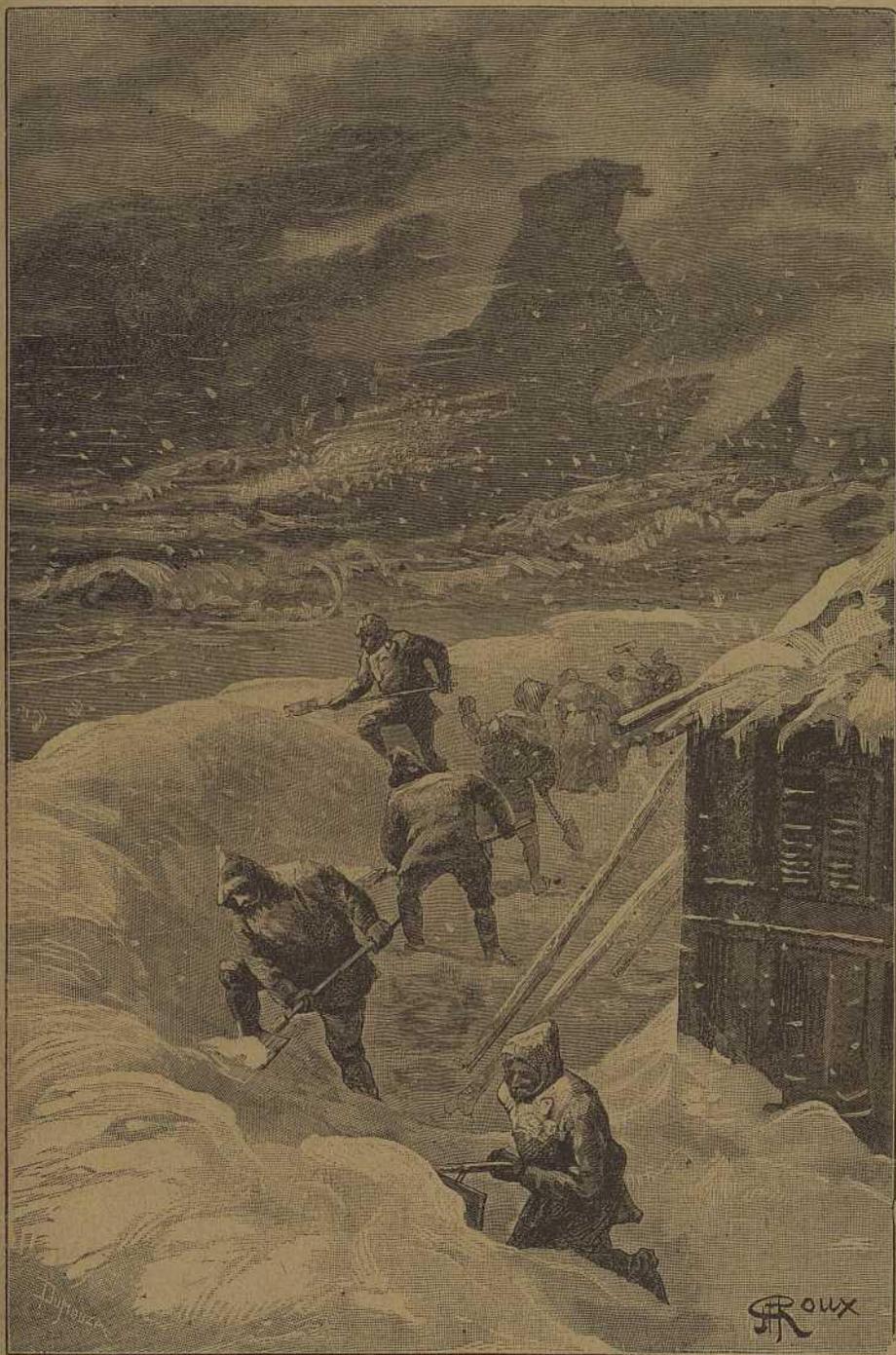
Entonces fué fácil reconocer el camino seguido por el témpano desde su salida del estrecho de Behring. Después de ha-

ber rodeado la costa, había doblado el cabo Serdtse Kamen, la bahía Kolwutchin, el promontorio de Wankarem y el cabo Norte; después se había internado á través del canal de Long, que separa la isla Wrangel del litoral de la provincia de los Tchouktchis.

Era imposible saber si en aquellos parajes se detendría el témpano, cuando la corriente le hubiera arrojado fuera del canal de Long.

Lo que debía preocupar más particularmente á M. Serge, era que hacia el Norte la carta no menciona ya ninguna tierra, y que en este inmenso espacio se extiende la gran banca de hielos, cuyo centro está formado por el mismo polo.

La única probabilidad en que podrían



ERA UNA ESPECIE DE PARAPETO...

confiar en adelante era que el mar se congelara completamente bajo la acción de un frío más intenso, lo que no podía tardar en suceder, y que debiera haberse producido ya algunas semanas antes. Entonces la deriva se detendría sobre los bordes del *ice-field*, y bajando hacia el Sur, podrían los naufragos intentar ganar el continente siberiano. ¿Qué harían si la necesidad les obligaba á abandonar la *Belle-Roulotte* por falta de caballos, y tenían que recorrer á pie un largo trayecto?

El viento se mantenía al Este, soplando con violencia, aunque no ya de tempestad. Pero en aquellos detestables parajes, enormes rompientes de olas corrían con gran estrépito, y venían á estrellarse contra las aristas del témpano flotante; después, rebotando al choque, le cubrían en gran parte, como el puente de un buque capeando un temporal, y provocaban tales sacudidas, que el témpano retemblaba hasta en su parte central, haciendo que se entreabriera bruscamente. Además, estos enormes golpes de mar llegaban hasta la *Belle-Roulotte*, y amenazaban arrastrar á los que se encontraban fuera de ella.

Por consejo de M. Serge, se tomaron algunas precauciones.

Como cayeron abundantes nevadas en la primera semana de Noviembre, fué fácil construir una especie de dique en la parte posterior del témpano, con el fin de protegerle contra las olas, que casi siempre le asaltaban por aquel lado. Todos pusieron manos á la obra, y cuando la nieve, convenientemente removida y batida, se endureció á una altura y un espesor de cuatro á cinco pies, presentó un obstáculo á los golpes de mar, pasando solamente algunas gotas por encima de su cresta. Era como una especie de parapeto levantado en la popa de un barco desamparado.

Durante estos trabajos, Sandre y Napoleona se tiraban bolas de nieve, no economizándolas tampoco para las espaldas de Clou de Giroffe.

Pero aunque no estuvieran en la situación más á propósito para divertirse, monsieur Cascabel no se puso serio hasta un día en que una bola, mal dirigida, vino á chocar con el sombrero de M. Serge.

—¡Quién es el torpe que!... exclamó.

—¡He sido yo, padre! respondió Napoleona completamente desconcertada.

—¡Eres una torpel! repuso M. Cascabel Dispensad, señor Serge, esta revoltosa...

—¡Bahl! dejadla divertirse, amigo Cascabel, respondió M. Serge; que venga á darme un beso, y como si nada hubiera ocurrido.

No solamente se había construido un dique en la parte posterior del témpano, sino que bien pronto la *Belle-Roulotte* se vió rodeada por una especie de barrera de hielo, que debía protegerla más eficazmente todavía, mientras que sus ruedas, empotradas hasta los cubos, la daban una inmovilidad absoluta. Dentro de esta barrera, que subía hasta la altura de su galería, se había practicado un estrecho pasillo, que permitía circular á su alrededor. Parecía un buque haciendo invernada en medio de los *ice bergs*, y cuyo casco estaba protegido contra el frío y las borrascas, por una coraza de nieve. Si el témpano se fundía, los naufragos no tenían nada que temer de las olas, y en estas condiciones quizás sería posible esperar el momento en que el invierno ártico hubiera tomado definitivamente posesión de aquellos parajes hiperbóreos.

Pero entonces, llegado este momento, sería necesario partir para ganar el Continente.

¡Sería preciso abandonar aquella casa ambulante, que había paseado á sus huéspedes á través del Nuevo Mundo! ¡Habría que renunciar á tan sólido y seguro abrigo de la familia!

¡Abandonada la *Belle-Roulotte* en medio del mar Polar, desaparecería con los deshielos!

Cuando M. Cascabel pensaba en esto, él, tan inclinado á tomar las cosas por su lado bueno, levantaba las manos al cielo, maldecía la mala suerte, se acusaba de todos estos desastres, olvidando que eran debidos á los ladrones que le habían robado en las gargantas de la Sierra Nevada, y á los que incumbía por completo la responsabilidad de esta situación.

En vano la excelente Cornelia trataba de arrancarle de estos sombríos pensamientos, por buenas palabras primero, por violentas reprensiones después. En vano sus hijos, y hasta el mismo Clou, reclamaban su parte en las consecuencias

de tan funestas decisiones. En vano repetían que este proyecto de viaje había obtenido el consentimiento de toda la familia. En vano M. Serge, en vano la *pequeña codorniz* procuraban disminuir el dolor del inconsolable César... ¡No quería escuchar nada!

—Pero ¿has dejado de ser hombre?... le dijo un día Cornelia, sacudiéndole bruscamente.

—¡No tanto como crees, esposa mía! respondió, procurando recobrar el equilibrio algo comprometido por aquella amonestación conyugal.

En el fondo, Mad. Cascabel estaba en extremo alarmada por el porvenir, y por tanto sentía la necesidad de luchar contra el abatimiento de su marido, tan valeroso otras veces frente á los golpes de la mala fortuna.

La cuestión de alimentos empezaba á preocupar á M. Serge. No solamente importaba que la alimentación estuviera asegurada hasta el día en que fuera posible marchar á través del *ice-field*, sino también hasta el día en que la *Belle-Roulotte* hubiera llegado á la costa siberiana. Inútil era contar con la caza, en una época en que las bandas de aves acuáticas no pasarían ya, sino muy raras veces, por medio de las brumas. La prudencia aconsejaba, pues, racionarse, en previsión de un trayecto cuya duración podría prolongarse.

En aquellas condiciones, el témpano, irresistiblemente empujado por las corrientes, llegó á la altura de las islas de Aion, situadas al Norte del litoral asiático.

IV

DEL 16 DE NOVIEMBRE AL 2 DE DICIEMBRE

M. Serge creía haber reconocido aquel grupo de islas, valiéndose de la estima. En lo posible, al hacer sus observaciones, había tenido en cuenta la estiva, evaluada, término medio, en quince leguas por cada veinticuatro horas.

Este archipiélago está situado, según la indicación de las cartas, á los 150° de longitud, 15° de latitud, ó sea á unas cien leguas del Continente.

M. Serge no se engañaba. Con fecha 16

de Noviembre, el témpano se encontraba al Sur de aquel grupo de islas. Pero... ¿á qué distancia? Aun utilizando los instrumentos de que se valen por lo común los navegantes, no hubiera podido determinarse sino aproximadamente. La observación por medio del sol no habría dado ningún resultado, pues su disco no se mostraba más que algunos minutos á través de los vapores del horizonte. Habían entrado definitivamente en la larga noche de las regiones polares.

Además, el tiempo era detestable, aunque el frío tendía á disminuir. La columna termométrica oscilaba un poco por debajo del cero del centígrado. La temperatura no era todavía bastante baja para hacer que los *ice-bergs* extendidos sobre la superficie del mar Ártico, se soldasen; por consiguiente, ningún obstáculo podía detener la deriva del témpano.

Sin embargo, entre las roturas de sus bordes se formaban ya solidificaciones parciales, á que los invernadores dan el nombre de *bay-ices* (1), cuando nacen en el fondo de las estrechas caletas de una costa. M. Serge, ayudado por Juan, examinaba atentamente estas formaciones que no tardarían en extenderse á todo el mar.

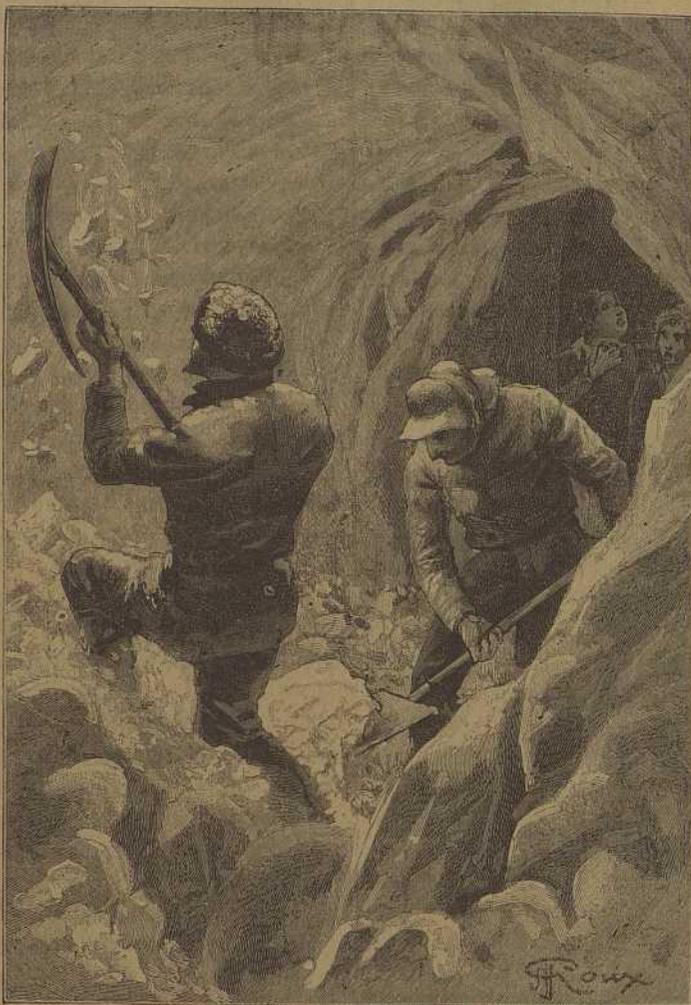
El periodo glacial estaría entonces en su plenitud, y la situación de los naufragos se modificaría «mejorando»: al menos así lo esperaban.

Durante la última quincena de Noviembre no dejó de caer la nieve con extraordinaria abundancia. Arrojada horizontalmente por las ráfagas, se acumuló en espesas capas contra la barrera establecida alrededor de la *Belle-Roulotte*, elevándola de una manera notable.

En suma, esta aglomeración no presentaba ningún peligro, y la familia Cascabel hasta encontraría en ello ventaja, pues estaría más protegida contra el frío. Cornelia podría entonces economizar el petróleo, reservándole únicamente para las necesidades de la cocina. Esto era digno de tomarse en consideración; pues si este líquido llegaba á faltarlos, ¿con qué le reemplazaría?

Afortunadamente la temperatura en el interior de los departamentos era soportable (tres ó cuatro grados sobre cero), y su-

(1) Bahías de hielo.



Se practicó un segundo corredor.

bió más todavía cuando la *Belle-Roulotte* estuvo rodeada por aquella masa de nieve. En tales condiciones, no era el calor lo que amenazaba faltar, sino el aire, al que se le iba á impedir toda entrada.

Hubo necesidad de proceder á la limpieza de la barrera, y cada cual tomó su parte en tan penosa tarea.

Primeramente, M. Serge hizo extraer la nieve del corredor que se había construido en el interior de la barrera. Después se practicó un paso, con el fin de asegurar la salida al exterior, y tuvo cuidado de que el eje de este paso estuviera orientado al Oeste. Sin esta precaución, se hubiera obstruido por las nieves que empujaban los vientos del Este.

Sin embargo, no se habían vencido to-

dos los peligros, como veremos más adelante.

No hay para qué decir que los náufragos no dejaban sus habitaciones ni de día ni de noche.

Encontraban en ellas un abrigo seguro contra la tormenta; contra el frío, que tendía á aumentar, según lo indicaba la baja lenta y continua del termómetro. M. Serge y Juan no dejaban de hacer sus observaciones cotidianas en el momento en que una vaga luz coloreaba el horizonte, bajo el cual el sol continuaría declinando hasta el solsticio de 21 de Diciembre. ¡Y siempre en la expectativa de descubrir algún ballenero de invernada en aquellos sitios, ó pretendiendo ganar algún puerto del estrecho de Behring!

¡Siempre con la esperanza, aún no realizada, de ver el témpano definitivamente soldado á algún *ice-field* que se uniera al litoral siberiano!

Después los dos volvían al campamento y trataban de fijar sobre el mapa la supuesta dirección de su deriva.

Se ha dicho que la caza había dejado de suministrar alimento fresco á la cocina de la *Belle-Roulotte* desde su partida de Port-Clarence. En efecto: ¿qué hubiera podido hacer Cornelia con aquellas aves marinas aceitosas? A despecho de su talento culinario, los ptarmigans y los petreles hubieran sido mal recibidos por los convidados. Así es que Juan se dispensaba de gastar sus plomos y su pólvora contra estos volátiles de origen demasiado ártico.

Siempre que sus servicios le llamaban fuera, no dejaba de llevar su escopeta, y un día, en la tarde del 26 de Noviembre, tuvo ocasión de servirse de ella. En efecto: se dejó oír una detonación, y casi en seguida una fuerte voz, con que Juan reclamaba ayuda.

No dejó esto de causar sorpresa, mezclada de cierta inquietud. MM. Serge y Cascabel, Sandre y Clou, seguidos de los dos perros, se lanzaron fuera del carruaje.

—¡Venid!... ¡Venid!... gritó Juan.

Y al mismo tiempo iba y venía como si tratara de cortar la retirada á algún animal.

—¿Qué hay? preguntó M. Cascabel.

—¡Que he herido á una foca, y se nos va á escapar si la dejamos llegar al mar!

Era un anfibio de gran tamaño, y que con la sangre que brotaba de una herida que tenía en el pecho, enrojecía la nieve. Con seguridad habría desaparecido sin la llegada de M. Serge y sus compañeros. Clou se arrojó valientemente sobre el animal, que había derribado á Sandre de un coletazo. Pero la foca pudo ser dominada, no sin trabajo, y aplicándola Juan el cañón de la escopeta á la cabeza, la concluyó de matar.

Si no era manjar excelente para los convidados habituales de Cornelia, era una importante reserva de carne para Wagram y Marengo. No cabía duda de que si los dos perros hubieran poseído el dón

de la palabra, habrían dado gracias á Juan por haberles procurado tan inesperada fortuna.

—¿Y por qué no hablan los animales? dijo á propósito de esto M. Cascabel cuando todo el mundo se sentó delante de la chimenea.

—Por una razón muy sencilla; porque no tienen bastante inteligencia para hablar, respondió M. Serge.

—¿Pensáis, pues, preguntó Juan, que el defecto de la palabra es debido á un defecto de la inteligencia?

—Ciertamente que sí, mi querido Juan; al menos en los animales superiores. El perro posee una laringe idéntica á la del hombre. Podría, pues, hablar, y si no lo hace, es porque su inteligencia no está bastante desarrollada para que pueda expresar sus impresiones por medio de la palabra.

Tesis discutible la que allí sostenía M. Serge, pero que admiten algunos fisiólogos modernos.

Conviene hacer constar la modificación que se producía poco á poco en el espíritu de M. Cascabel. Aunque acusándose siempre de ser responsable de aquella situación, volvía á tener su antigua filosofía. Acostumbrado á salir de los peores pasos, no podía creer que se hubiera extinguido su estrella... ¡No! Se había únicamente oscurecido un poco. Hasta entonces, por otra parte, no había sido experimentada la familia Cascabel por sufrimientos físicos. Pero si los peligros se agravaban, como era de esperar, quizá su moral llegara á resentirse.

Por consiguiente, en previsión del porvenir, M. Serge no cesaba de animar á aquel pequeño mundo. Durante las largas horas que estaban desocupados, sentados á la mesa bajo la claridad de la lámpara, hablaba, contaba los diversos incidentes de sus viajes por Europa y América. Juan y Kayette, cerca uno de otro, le escuchaban con gran provecho, y á sus preguntas respondía siempre con alguna réplica instructiva. Y, finalmente, autorizado por la experiencia, solía decir:

—Amigos míos, no hay que desesperar. Nos lleva un sólido témpano, y no se romperá ahora que los fríos han arreciado. Observad, además, que se dirige hacia donde queremos ir, y que viajamos sin

trabajo, como si estuviéramos en un buque. Un poco de paciencia, y llegaremos á buen puerto.

—¿Y quién de nosotros desespera? ¿Hacéis el favor de decírmelo? respondió M. Cascabel. ¿Quién se permite desesperar, señor Serge? ¡Al que desespere sin mi permiso, le pondré á pan seco!

—¡No hay pan! repuso el pilluelo de Sandre.

—Pues bien, á bizcocho seco entonces; y sin contar con que se le prohibirá la salida.

—¡No se puede salir! observó Clou.

—¡Bastal... ¡He dicho!

Durante la última semana de Noviembre, la nieve cayó en proporciones extraordinarias. La masa de los copos era tal, que había sido necesario renunciar á salir del carruaje, lo que estuvo á punto de ocasionar una verdadera catástrofe.

El día 30, al amanecer, Clou se sorprendió, en el momento de levantarse, de la dificultad con que respiraba, como si el aire fuera impropio para el juego de sus pulmones.

Los demás dormían aún en sus departamentos con un sueño pesado y difícil, haciendo creer que sufrían un principio de asfixia.

Clou quiso abrir la puerta de la delantera del carruaje, con el fin de renovar el aire...

No pudo lograrlo.

—¡Señor patrón! gritó con una voz tan poderosa, que despertó á todo el personal de la *Belle-Roulotte*.

En seguida se levantaron M. Serge, M. Cascabel y sus dos hijos. Juan exclamó:

—¡Nos asfixiamos aquí!.. ¡Es necesario abrir la puerta!

—No he podido, respondió Clou.

—Entonces, las ventanas.

Pero como las ventanas giraban al exterior, resistían igualmente.

En pocos minutos se levantó la puerta, y se comprendió por qué había sido imposible abrirla.

El corredor practicado alrededor de la *Belle-Roulotte*, se hallaba obstruido por las nieves que la ráfaga había acumulado, y no solamente el corredor, sino también el paso que establecía la comunicación á través de la barrera de hielo.

—¿Habrá cambiado el viento?... preguntó M. Cascabel.

—No es lo probable, respondió M. Serge; no habría caído tanta nieve si hubiera soplado del Oeste...

—Entonces es preciso que el témpano haya girado sobre sí mismo, observó Juan.

—Sí, eso debe ser, replicó M. Serge. Pero vamos primero á lo más importante... Se trata de no asfixiarnos; ¡necesitamos aire respirable!

Y en seguida Juan y Clou, provistos de una pala y un pico, se pusieron á la obra con el fin de limpiar el corredor. Trabajo rudo, en verdad, porque la nieve, endurecida, le llenaba por completo y hasta debía recubrir la *Belle-Roulotte*.

Para operar rápidamente, fué necesario que alternaran unos y otros. Como no se podía echar la nieve al exterior, era necesario reunirla en el primer compartimiento, donde, bajo la acción de la temperatura interior, se reducía casi inmediatamente á agua y se derramaba fuera.

Una hora más tarde el pico no había todavía atravesado la compacta masa del corredor.

Era imposible salir; imposible airear el interior del coche, y la respiración era cada vez más difícil, por la falta de oxígeno y exceso de ácido carbónico.

Todos ellos, jadeantes, buscaban en vano alguna bocanada de aire puro en aquella atmósfera casi irrespirable. Kayette y Napoleona se sentían víctimas de la asfixia. Mad. Cascabel era la que parecía más seriamente atacada. Kayette dominaba su malestar y procuraba prestarla sus cuidados. Lo que se necesitaba á toda costa era abrir las ventanas, con el fin de renovar el aire; pero ya hemos visto que estaban exteriormente atestadas de nieve, lo mismo que la puerta.

—¡Animo!... ¡Animo! repetía M. Serge. Hemos ganado ya seis piés á través del macizo... La capa no puede ser mucho más espesa.

¡No; no debía serlo, si la nieve hubiera dejado de caer...! Pero quizás continuaba cayendo todavía.

Juan tuvo entonces la idea de practicar un agujero en el techo del corredor, donde la capa sería menos considerable y probablemente menos dura.



Era una maravilla..

En efecto, este trabajo pudo hacerse en mejores condiciones, y media hora después... ¡ya era tiempo! el agujero practicado daba entrada al aire exterior.

Fué un consuelo inmediato para todos los huéspedes de la *Belle-Roulotte*.

—¡Ah, qué bueno es esto! exclamó la pequeña Napoleona respirando á sus anchas.

—Sí, respondió Sandre, que se relajaba. ¡Esto es mejor que una golosina!

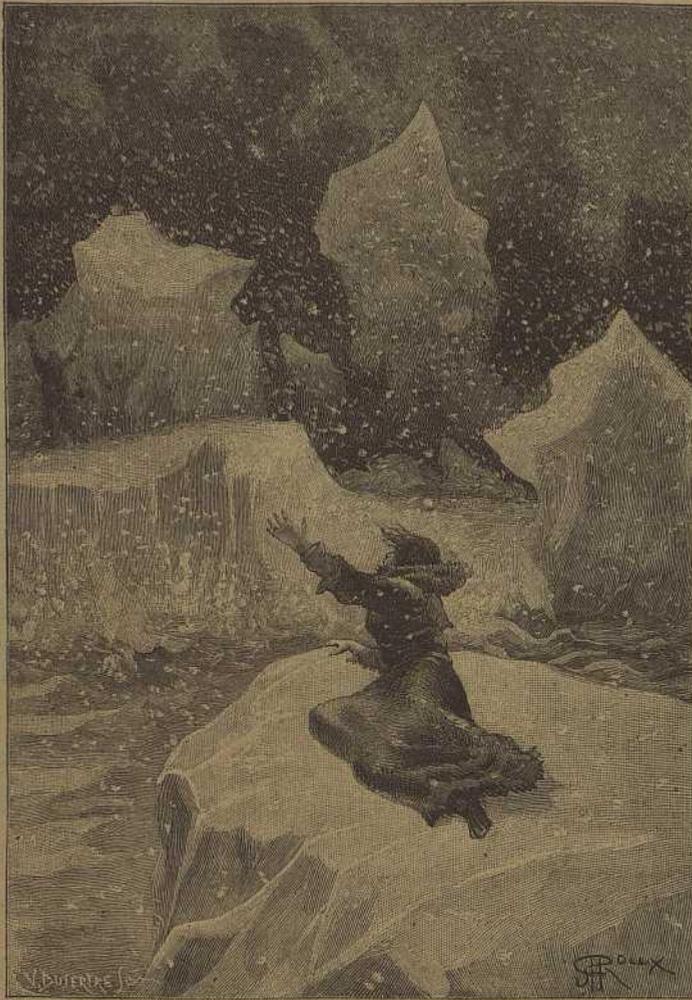
Pasaron algunos minutos antes que Cornelia volviera en si de aquel principio de asfixia, que habia estado á punto de hacerla perder el conocimiento.

Ensanchado el agujero, pudieron los hombres llegar hasta la cresta de la barrera de hielo. Todo estaba blanco hasta

los últimos limites de la mirada. La *Belle Roulotte* habia desaparecido completamente bajo el montón de nieve, que formaba informe montón en medio del bloque flotante.

M. Serge, consultando la brújula, pudo afirmar que el viento soplaba siempre del Este, y que el témpano, al dar media vuelta sobre sí mismo, habia cambiado su orientación de izquierda á derecha. Esto es lo que habia producido en el pasillo aquella acumulación de nieve.

El termómetro no marcaba al aire más que seis grados bajo cero, y el mar parecia libre, á juzgar por lo que podía percibirse en medio de una oscuridad casi completa. Conviene observar, por otra parte, que si el témpano habia dado media vuel-



—¡A mí!... ¡A mí!... ¡Juan!

ta, después de haber sido cogido sin duda por algún remolino, no había dejado de derivar hacia el Oeste.

Para obviar esta eventualidad, que podía tener consecuencias tan deplorables, M. Serge creyó deber tomar una nueva precaución. A propuesta suya se practicó á través de la barrera un segundo corredor, opuesto al primero. De esta manera, cualquiera que fuese la orientación del témpano, habría siempre una comunicación con el exterior. No había, pues, que temer que el aire faltase en lo sucesivo.

—De todos modos, dijo M. Cascabel, ¡es un país estafralario!... Apenas si es bueno ni aun para focas; y ¡qué clima! ¡No vale lo que el clima normando!

—Convengo en ello, respondió M. Ser-

ge. ¡Sin embargo, hay que tomarle tal cual es!

—¡Yo lo creo! Le tomo... Sr. Serge, le tomo, pero con repugnancia.

—No, bravo Cascabel; no es éste el clima de la Normandía, ni siquiera el de Suecia, Noruega ó Finlandia durante la estación del invierno... Es el clima de los polos, con su noche de cuatro meses, sus violentas ráfagas, el continuo espolvoreo de la nieve y el espeso velo de brumas que le dejan sin horizonte.

¡Y cuántas inquietudes preveían para el porvenir! Después de la deriva, cuando el témpano se inmovilizara, cuando el mar no formase sino un inmenso *ice-field*, ¿qué partido tomarían? Abandonar la *Belle-Roulotte*; franquear sin ella al-

gunos centenares de leguas hasta el litoral siberiano, ¡era verdaderamente terrible sólo el pensar en ello!

M. Serge se preguntaba si no sería más acertado el invernar en el punto mismo en que se detuviera, y guardar hasta la buena estación el abrigo de aquella casa ambulante, que sin duda no volvería á rodar. Sí; pasar el período de los grandes fríos en estas condiciones, no hubiera sido imposible. Pero antes del cambio de temperatura, antes del deshielo del mar Ártico, sería necesario dejar el lugar de invernada, sería preciso atravesar el campo de hielo, que no tardaría en disolverse.

Por lo demás, los naufragos no se encontraban en ese caso, y cuando el invierno hubiera concluido, se tomaría una determinación. Había que tener en cuenta la distancia que les separaba del continente asiático, admitiendo que hubiera algún medio para poderla estimar. M. Serge esperaba que esta distancia no había de ser muy considerable, puesto que el témpano había seguido invariablemente la dirección Oeste, después de haber doblado los cabos Kekournyi, Cheliagskiy, Baranoff, y pasado el estrecho de Long y el golfo de Kolyma.

¡Que no se hubiera detenido á la entrada de esta bahía! Desde allí hubiera sido relativamente fácil alcanzar la provincia de los Youkaghirs, en la que Kabatchkova, Nijni-Kolynsk y otros pueblecillos habrían ofrecido un refugio para el invierno. Un tiro de renos hubiera podido volver hasta el lugar de invernada, y llevar á la *Belle-Roulotte* hasta el Continente. Pero M. Serge comprendía perfectamente que aquella bahía debía haber quedado atrás, dada la velocidad de la deriva, y también las embocaduras de la Tchoukotchia y de la Alareïa. El mapa no ofrecía más que la barrera de los archipiélagos conocidos con el nombre de islas de Anjou, islas Liakhoff, islas de Long, que le hubieran podido detener. Y en aquellas islas, deshabitadas en su mayor parte, ¿cómo encontrar los recursos necesarios para la repatriación del personal y del material? Sin embargo, aquello hubiera valido más que el ir á perderse en los remotos confines de las regiones polares.

Acababa de terminar el mes de Noviembre.

Hacia treinta y nueve días que la familia Cascabel había salido de Port-Clarence para aventurarse á través del estrecho de Behring. Sin la ruptura del *ice-field*, haría ya cinco semanas que estarían en Numana; y una vez llegados á las provincias meridionales de la Siberia, se hubieran instalado en algún pueblecillo, donde no habrían tenido que temer los rigores del invierno ártico. Sin embargo, la deriva no podía durar mucho tiempo. El frío arreciaba gradualmente, y el termómetro descendía sin oscilaciones. M. Serge pudo afirmar, por el examen hecho del islote de hielo, que éste crecía cotidianamente por la adición de pedazos de *ice-bergs*; á través de los cuales se iba abriendo paso. Su superficie se había prolongado en un tercio, y en la noche del 30 de Noviembre al 1.º de Diciembre un enorme bloque vino á soldarse á él por la parte posterior. Como la base de este bloque se sumergía profundamente bajo las aguas y la corriente le imprimía una velocidad superior, resultó que el témpano tuvo que dar media vuelta y seguirle como si fuera llevado á remolque.

Con los fríos más vivos y secos, se serenó el cielo por completo. El viento entonces soplaba del Nordeste; dichosa circunstancia, puesto que se dirigía hacia la costa siberiana. Las brillantes estrellas del cielo ártico iluminaban estas largas noches polares, y las auroras boreales inundaban con frecuencia el espacio con sus luminosas efluencias, dispuestas como las varillas de un abanico. La mirada se extendía sin obstáculo hasta el horizonte extremo, limitado por los primeros escalones de la banca. Sobre el fondo menos sombrío, esta cadena de hielos eternos dibujaba sus agudas crestas, sus bóvedas redondeadas, el bosque de sus picos y de sus agujas. Era una maravilla, y los naufragos olvidaban por un instante su situación, admirando estos fenómenos cósmicos, peculiares á las regiones hiperbóreas.

La deriva había disminuído de velocidad por el cambio del viento, y ya sólo la producía la corriente. Era, pues, probable que el témpano no sería arrastrado muy lejos hacia el Oeste, porque el mar se congelaba en los espacios que quedaban libres entre los *ice-bergs*. Verdad es que

hasta entonces, aquel *young-ice*, como dicen los balleneros, cedía al menor choque. Los bloques, dispersos mar adentro, no dejaban entre sí más que estrechos pasos, y el témpano tropezaba á cada momento con masas considerables; pero después de una inmovilidad de algunas horas, volvía á ponerse en marcha. Sin embargo, era preciso prever una detención muy próxima, que duraría todo el invierno.

El 3 de Diciembre, hacia el medio día, M. Serge y Juan estaban parados en la parte anterior del témpano. Kayette, Napoleona y Sandre les habían acompañado, perfectamente envueltas en pieles, porque el frío se dejaba sentir vivamente. Hacia el Sur, apenas si una ligera luz indicaba que el sol pasaba por el meridiano. La claridad que flotaba en el espacio era debida, sin duda, á alguna lejana aurora boreal.

Su atención estaba fija entonces en los movimientos de los *ice-bergs*, en sus extrañas formas, los choques que se producían y las volteretas de algunos bloques cuya base, socavada por debajo, no podía asegurar el equilibrio.

De repente, el *ice-berg* que se había soldado algunos días antes, osciló, dió una vuelta sobre sí mismo, y en su caída rompió el borde del témpano, inundándole con una enorme ola.

Todos habían retrocedido precipitadamente; pero casi en seguida se oyeron gritos:

—¡A mí!... ¡A mí!... ¡Juan!

Era Kayette. El pedazo de hielo en que se encontraba, arrancado por el choque, la llevaba en deriva.

—¡Kayettel!... ¡Kayettel!... gritó Juan.

Pero el pedazo desprendido, arrastrado por una corriente lateral, se alejaba, costando la arista del témpano, inmóvil entonces por un remolino. Después de algunos instantes, Kayette habría desaparecido en medio de los *ice-bergs* flotantes.

—¡Kayettel!... ¡Kayettel!... volvió á gritar Juan.

—¡Juan!... ¡Juan!... repitió la joven india.

Al oír estos gritos, acudieron M. Cascabel y Cornelia... Estaban allí, aterrorizados, cerca de M. Serge, que no sabía lo que hacer para salvar á la desgraciada niña.

En aquel momento, habiéndose aproximado el pedazo á una distancia de cinco á seis pies, Juan se lanzó de un salto, antes de que hubieran podido detenerle, y cayó cerca de Kayette.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... gritó madame Cascabel.

Era imposible salvarlos.

Al caer Juan, había repelido el bloque en que se encontraba Kayette... Los dos desaparecieron bien pronto entre los *ice-bergs*, y cesaron de oírse sus gritos, perdiéndose en el espacio.

Después de dos horas de espera, M. Serge, M. Cascabel y Cornelia volvieron al campamento, pues la noche se echaba encima. La pasaron toda, yendo de un lado para otro de la *Belle-Roulotte*, mientras que los perros aullaban de un modo lastimero. Juan y Kayette, desamparados, sin abrigo, sin alimentos... perdidos. Cornelia lloraba, Sandre y Napoleona mezclaban sus lágrimas á las de su madre. Monsieur Cascabel, anonadado por este nuevo golpe, no pronunciaba más que palabras incoherentes, culpándose de todas las desgracias que habían caído sobre su familia.

¡Y qué consuelo les hubiera podido prestar M. Serge, cuando él mismo estaba inconsolable!

Al día siguiente (4 de Diciembre), hacia las ocho de la mañana, el témpano se puso en marcha, después de haber salido del remolino que le había detenido durante toda la noche. Su dirección era la que habían seguido Juan y Kayette; pero como éstos llevaban dieciocho horas de delantera, era necesario renunciar á toda esperanza de encontrarlos y reunirse con ellos. ¡Muchos peligros les amenazan para que pudieran salir sanos y salvos! El frío, tan intenso, el hambre, que no podrían apaciguar, el encuentro de los *ice-bergs*, que el menor de ellos les hubiera aplastado á su paso...

¡Vale más renunciar á pintar el dolor de la familia Cascabel! A pesar del descenso de la temperatura, ni unos ni otros quisieron entrar en sus habitaciones, llamando á Juan, llamando á Kayette, que no podían oírles.

El día transcurrió sin que la situación se modificase; después vino la noche, y M. Serge exigió que el padre, la madre y

los hijos se pusieran al abrigo de la *Belle-Roulotte*, donde nadie pudo encontrar ni un momento de descanso.

Hacia las tres de la madrugada, un choque terrible hizo que el carruaje se estremeciera tan violentamente, que faltó poco para ser derribado:

¿De qué provenía aquel choque? ¿Era algún enorme *ice-berg* que había tropezado y quizás partido el témpano?...

M. Serge se lanzó fuera.

Un reflejo de aurora boreal alumbraba el espacio, y era posible ver los objetos en un radio de media legua alrededor del campamento.

El primer pensamiento de M. Serge fué mirar en todas direcciones...

No se veía ni á Juan ni á Kayette.

En cuanto al choque, era debido á que el témpano se había encontrado con el *ice-field*.

Gracias á un nuevo enfriamiento de la temperatura, cerca de 20° centígrados bajo cero, el mar se había solidificado por completo en su superficie. Allí, donde todo era movimiento la víspera, no había más que inmovilidad.

La deriva había terminado definitivamente.

M. Serge entró en seguida é hizo conocer á la familia la súbita parada del témpano.

—¿Luego todo el mar está congelado ante nosotros? preguntó M. Cascabel.

—Sí, respondió M. Serge; ante nosotros, detrás de nosotros y á nuestro alrededor.

—Pues bien: ¡vamos á buscar á Juan y á Kayette!... No hay un instante que perder...

—¡Partamos! respondió M. Serge.

Cornelia y Napoleona no quisieron quedarse en la *Belle-Roulotte*. Se dejó de guardián á Clou, y todos partieron, precedidos de los dos perros, que olfateaban el *ice-field*.

Marcharon á buen paso sobre la nieve, tan endurecida como el granito, y en la dirección del Oeste. Si Wagram y Marengo daban con el rastro de su amo, sabrían encontrarlos. Media hora después, no habían hallado nada todavía, y era necesario detenerse, porque se respiraba difícilmente en aquella temperatura tan baja: el aire parecía estar helado.

El *ice-field* se extendía hasta perderse de vista al Norte, al Sur y al Este; pero al Oeste estaba dominado por algunas alturas que no presentaban la forma ordinaria de los *ice-bergs*. Quizás fuesen los contornos de un continente ó de una isla.

En aquel momento, los dos perros ladraron con violencia, y se precipitaron en una eminencia blanquecina, sobre la que se destacaba un gran número de puntos negros.

Se pusieron en marcha, y bien pronto notó Sandre que dos de estos puntos hacían señales...

—¡Juan!... ¡Kayette! gritó, lanzándose detrás de Wagram y Marengo.

Eran Kayette y Juan, sanos y salvos.

Pero no estaban solos. Un grupo de indígenas les rodeaban, y éstos eran los habitantes de las islas Liakhoff.

V

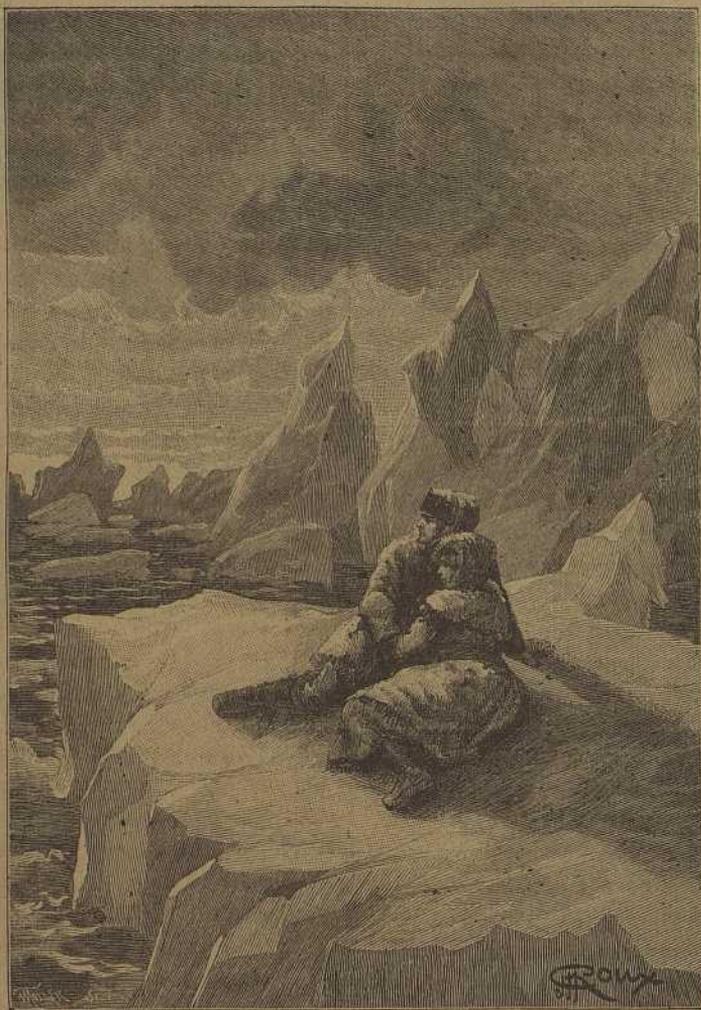
LAS ISLAS LIAKHOFF

Existen en aquellos parajes del mar Ártico tres archipiélagos, designados con el nombre general de Nueva Siberia, que comprenden las islas de Lizig, las de Anjou y las de Liakhoff. Este último, el más próximo al continente asiático, está formado por un grupo situado entre los 73° y 75° de latitud Norte, y los 35° y 140° de longitud Este, en una extensión de cuarenta y nueve mil kilómetros cuadrados. Entre las principales islas pueden citarse las de Kotelnýi, Blinyi, Malyi y Belaoff.

Territorios áridos, sin árboles, sin producciones del suelo, apenas se descubre una vegetación rudimentaria durante las pocas semanas del verano; nada más que huesos de cetáceos y de mamuts, aglomerados desde el período de la formación geológica, y madera fósil en gran cantidad; tales son los archipiélagos de Nueva Siberia.

Las islas Liakhoff fueron descubiertas en los primeros años del siglo XVIII.

El personal de la *Belle-Roulotte* había venido á tomar tierra, después de una deriva de cuarenta días y un recorrido de seiscientas á setecientas leguas, en Kotelnýi, la más importante y la más meridional del grupo, á cuatrocientos kilómetros próximamente del Continente. Al Sudoes-



Las horas transcurrieron en angustias continuas...

te, sobre el litoral siberiano, se abría la vasta bahía del Lena, ancha cortadura por la cual las aguas de este río, uno de los más caudalosos del Asia septentrional, se precipita en el mar Ártico.

Como se ve, el archipiélago de las Liakhoff es la *ultima Thule* de las regiones polares de esta longitud. Más allá, hasta el infranqueable límite de la banca, los navegantes no han reconocido tierra alguna.

Quince grados más arriba está el polo Norte.

Los naufragos habían sido, pues, arrojados á los confines del mundo, aunque fuese en una latitud menos elevada que las del Spitzberg y los territorios septentrionales de América.

En suma: la familia Cascabel había hecho hacia el Norte más camino que el que comprendía su primer itinerario; se había acercado constantemente á la Rusia Europea. Aquellos centenares de leguas franqueados desde Port-Clarence le habían ocasionado menos fatigas que peligros. Una deriva hecha en aquellas condiciones, era otro tanto camino ahorrado á través de regiones casi impracticables durante el invierno.

Y quizá no habría habido motivo para quejarse, si por una última fatalidad M. Serge y sus compañeros no hubiesen caído en manos de los indígenas de las Liakhoff. ¿Obtendrían su libertad, ó la recobrarían por la fuga? Era dudoso. Poco tardarían en saberlo, y cuando su-

rieran á qué atenerse, sería tiempo de tomar un partido según las circunstancias.

La isla Kotelnyí está habitada por una tribu de origen finés (1), contando doscientas cincuenta ó trescientas almas, entre hombres, mujeres y niños.

Los indígenas, de aspecto repugnante, son de los menos civilizados entre aquellos pueblos del litoral, Tchouktchis, Loukaghirs y Samoyedos. Su idolatría sobrepuja á cuanto pueda imaginarse, á despecho de la abnegación de los hermanos Moravos, que no han podido nunca triunfar de las supersticiones de aquellos neo-siberianos, ni de sus instintos naturales de rateros y ladrones.

La principal industria del archipiélago de las Liakhoff es la pesca de los cetáceos que frecuentan en gran número aquellos lugares del mar Ártico, y la de las focas, que son casi tan abundantes como en la isla de Behring durante la estación del calor.

El invierno es muy duro en aquella latitud de Nueva Siberia. Los indígenas habitan, ó más bien se entierran en el fondo de oscuros agujeros abiertos bajo el montón de las nieves. Aquellos agujeros están á veces divididos en cámaras donde no es difícil mantener una temperatura bastante alta. Queman madera fósil, que puede compararse con la hulla, de la que estas islas poseen yacimientos considerables, sin contar las osamentas de cetáceos, empleadas igualmente como combustible. Una abertura hecha en el techo de aquellos trogloditas, sirve de salida á los humos de sus hogares. Así es que á primera vista parecen salir del suelo vapores semejantes á los que se escapan de las solfataras.

La carne de reno forma principalmente la base de su alimentación. Estos rumiantes habitan los islotes y las islas del archipiélago, en rebaños considerables. Además, los dantas entran por mucho en su consumo alimenticio, así como el pescado seco, del que se hacen grandes provisiones antes del invierno. Resulta de aquí que los neo-siberianos no deben temer los ataques del hambre.

En el grupo de las Liakhoff reinaba en-

(1) Nombre de un antiguo pueblo que ocupó gran parte de la Europa oriental.

tonces un jefe, llamado Tchou-Tchouk, y gozaba de un poder omnímodo sobre sus súbditos. Sometidos al régimen de la monarquía absoluta, difieren esencialmente éstos de los esquimales de la América rusa, que viven en una especie de igualdad republicana. Y se alejan todavía más de aquéllos por sus costumbres salvajes, su carácter inhospitalario, del que los balleneros han tenido á menudo motivo para quejarse. ¡Sí! ¡Más de una vez tendrán nuestros amigos que echar de menos á las honradas gentes de Port-Clarence!

Lo cierto es que la familia Cascabel no había podido caer en peores manos. ¡Después de la catástrofe del estrecho de Behring, ir precisamente á abordar en el archipiélago de las islas Liakhoff, y encontrarse en contacto con tribus tan poco sociables, era verdaderamente traspasar los límites de la mala suerte!

M. Cascabel no ocultaba la contrariedad que sufría al verse rodeado de unos cien naturales del país, aullando, gesticulando y amenazando á los náufragos que los azares de aquel viaje habían puesto en su poder.

—¡Eh! ¿Qué es lo que quieren estos monos? gritó después de haber rechazado bruscamente á los que le asediaban más de cerca.

—¡A nosotros, padre! respondió Juan.

—¡Vaya una manera de acoger á los viajeros!... ¿Tendrán acaso intención de devorarnos?...

—No; pero probablemente querrán terneros prisioneros en su isla.

—¿Prisioneros?

—¡Sí, como lo han hecho ya con dos marineros que han llegado antes que nosotros!...

Juan no pudo dar explicaciones más completas. Una docena de indígenas acababa de coger á M. Serge y sus compañeros. Fué necesario, de buena ó de mala gana, seguirles al pueblecito de Tourkef, capital del archipiélago.

Mientras tanto, otros veinte se dirigían á la *Belle-Roulotte*, de la que se escapaba una ligera humareda, que un resto de luz permitía distinguir hacia el Este.

Un cuarto de hora después, los prisioneros habían llegado á Tourkef, y fueron introducidos en el interior de una grosera excavación abierta bajo la nieve.

—La prisión de la localidad, sin duda, observó M. Cascabel, cuando les dejaron solos alrededor de un hogar encendido en el centro de aquel reducto.

Lo primero que se hizo fué escuchar la narración que Juan y Kayette hicieron de sus aventuras.

El pedazo de hielo que les llevaba, había seguido la dirección del Oeste, después de haber desaparecido detrás de los bloques que derivaban. Juan tenía á la india entre sus brazos, temiendo que fuese derribada por los choques... No tenían víveres, iban á verse sin abrigo durante algunas horas, pero al menos se encontraban juntos... Acurrucados el uno junto al otro, tal vez no sentirían ni el frío ni el hombre... Llegó la noche... Si no podían verse, podían oírse... Las horas transcurrieron en angustias continuas, con el temor de verse sumergidos á cada paso.

Después reaparecieron los pálidos rayos del día, en el momento en que acababan de chocar con el *ice-field*...

Juan y Kayette se aventuraron á través del inmenso campo de hielo; marcharon largo tiempo, y habiendo llegado á la isla de Kotelný, cayeron en manos de los indígenas.

—¿Y dices, Juan, preguntó M. Serge, que hay otros naufragos prisioneros?

—Sí, señor Serge, respondió Juan.

—¿Los habéis visto?

—Señor Serge, dijo Kayette; he podido comprender á estos indígenas, porque hablan el ruso y han hecho alusión á dos marineros que están detenidos en su aldea.

El lenguaje de las tribus septentrionales de la Siberia es con corta diferencia el de Rusia, y M. Serge podría entenderse fácilmente con los habitantes de las Liakhoff. Pero... ¿qué podrían esperar de aquellos rateros que, rechazados de las provincias (bastante pobladas) de la embocadura de los ríos, se han refugiado en el fondo de los archipiélagos de Nueva Siberia, donde no tienen nada que temer de la administración moscovita?

M. Cascabel no cesaba de renegar desde el momento en que había perdido la libertad de ir y venir donde quería. Se decía, no sin razón, que la *Belle-Roulotte* sería descubierta, asaltada por aquellos tunantes, robada, destruída quizás. Verdadera-

mente no valía la pena de haber escapado al deshielo del estrecho de Behring para venir á ser presa de aquella gusanera polar.

—¡Vamos, César, le dijo Cornelia; tranquilízate!... ¡Nada se adelanta con enfurecerse!... ¡Aún podrían ocurrirnos mayores desgracias!

—¿Peores, Cornelia?

—¡Sin duda, César! ¿Qué dirías si no hubiéramos encontrado á Juan y Kayette? Pues bien; ahí están los dos, y todos estamos vivos... ¡Piensa en los peligros que hemos corrido, y de los que afortunadamente hemos escapado por milagro! Yo creo que, en lugar de encolerizarse, hay que dar gracias á la Providencia.

—¡Y se las doy, Cornelia; se las doy desde el fondo de mi alma! Pero creo tener el derecho de maldecir del diablo que nos ha arrojado entre las uñas de estos miserables! ¡Perecen más bien bestias que criaturas humanas!

M. Cascabel tenía razón, pero á Cornelia tampoco se le podía negar. No faltaba ni uno de los huéspedes de la *Belle-Roulotte*; los mismos que habían partido de Port-Clarence se encontraban en la aldea de Tourkef.

—¡Sí, en el fondo de un agujero de vesos ó de topos! murmuró M. Cascabel. ¡Una fosa que no querría para madriguera de un oso bien educado!

—¡Calla...! ¿Y Clou? exclamó Sandre.

En efecto: ¿qué había sido del pobre mozo, á quien dejaron al cuidado de la *Belle-Roulotte*? ¿Habría arriesgado su vida intentando defender la propiedad de su amo? ¿Estaría ya en poder de los salvajes?

Y después que Sandre recordó á la familia al pobre Clou:

—¿Y Yako?... dijo Cornelia.

—¿Y John Bull?... añadió Napoleóna.

—¿Y nuestros perros?... continuó Juan.

Pero su inquietud tenía por principal objeto á Clou de Giroffe.

El mono, el papagayo, Wagram y Marengo sólo ocupaban un lugar secundario.

En aquel momento se oyó fuera un gran tumulto.

Era una mezcla de exclamaciones, á las cuales se unían los ladridos de los dos perros. Casi al mismo tiempo el orificio que daba entrada á la excavación se abrió

bruscamente. Wagram y Marengo saltaron al interior, y detrás de ellos apareció Clou de Girofle.

—¡Héme aquí, señor patrón, gritó el pobre diablo, á menos que no sea yo..., porque no sé ya en dónde estoy!

—Precisamente en donde nosotros estamos, replicó Cascabel tendiéndole la mano.

—¿Y la *Belle-Roulotte*?... preguntó vivamente Cornelia.

—¿La *Belle-Roulotte*? respondió Clou. Pues bien; esos caballeros la han descubierto bajo la nieve, se han enganchado como bestias, y la han conducido á su aldea.

—¿Y Jako? dijo Cornelio.

—Jako también.

—¿Y John Bull? añadió Napoleona.

—¡John Bull lo mismo!

En suma: puesto que la familia Cascabel estaba detenida en Tourkef, valía más que su casa también lo estuviese, aunque corriera el peligro de ser saqueada.

Entretanto el hambre comenzaba á hacerse sentir, sin que los indígenas diesen señales de preocuparse por la alimentación de los prisioneros. Felizmente el previsor Clou había tenido la precaución de llenarse los bolsillos. Sacó de ellos algunas latas de conservas que debían bastar para las primeras comidas, y después de haberse arrollado bien en sus abrigos, cada cual se durmió como pudo en medio de una atmósfera que el humo del hogar hacía casi irrespirable.

Al siguiente día, 5 de Diciembre, M. Serge y sus compañeros fueron extraídos de su reducto, y por más que el frío fuese extremadamente vivo, aspiraron el aire exterior con placer inexplicable.

Fueron conducidos á presencia de Tchou-Tchouk.

Este personaje, de fisonomía astuta y poco seductora, ocupaba una especie de habitación subterránea más vasta y cómoda que las madrigueras de sus súbditos. Esta cabaña estaba abierta al pie de una roca cubierta de nieve, cuyo vértice representaba con bastante exactitud la cabeza de un oso.

Tchou-Tchouk podía tener unos cincuenta años. Su rostro imberbe, iluminado por ojos pequeños, vivos como ascuas, estaba animalizado, si podemos servirnos

de esta expresión, por los agudos colmillos que levantaban sus labios. Sentado sobre un montón de pellejos, vestido de pieles de reno, calzado con botas de cuero de foca y cubierto con un capuchón de pelo, balanceaba lentamente la cabeza.

—Tiene el aire de un viejo marrullero, murmuró M. Cascabel.

A su lado se mantenían dos ó tres notables de la tribu.

Fuera aguardaban unos 50 indígenas vestidos sobre poco más ó menos como su jefe, y cuyo sexo no podía reconocerse bajo sus vestiduras, que son idénticas, tanto en los hombres como en las mujeres de Nueva Siberia.

Y desde luego, adivinando, sin duda, la nacionalidad de M. Serge, se dirigió á él en idioma ruso muy comprensible:

—¿Quién sois?

—Un súbdito del Zar, respondió M. Serge pensando que aquel título imperial tal vez impusiera á aquel soberano del archipiélago.

—¿Y esos otros? añadió Tchou-Tchouk señalando á los miembros de la familia Cascabel.

—Franceses, dijo M. Serge.

—¿Franceses? replicó el jefe como si nunca hubiera oído hablar de un pueblo ó de una tribu de aquel nombre.

—Sí... sí... franceses... franceses de Francia; ¡canalla! gritó M. Cascabel.

Pero dijo esto en su propia lengua, y con la libertad de palabra de un hombre que está seguro de no ser comprendido.

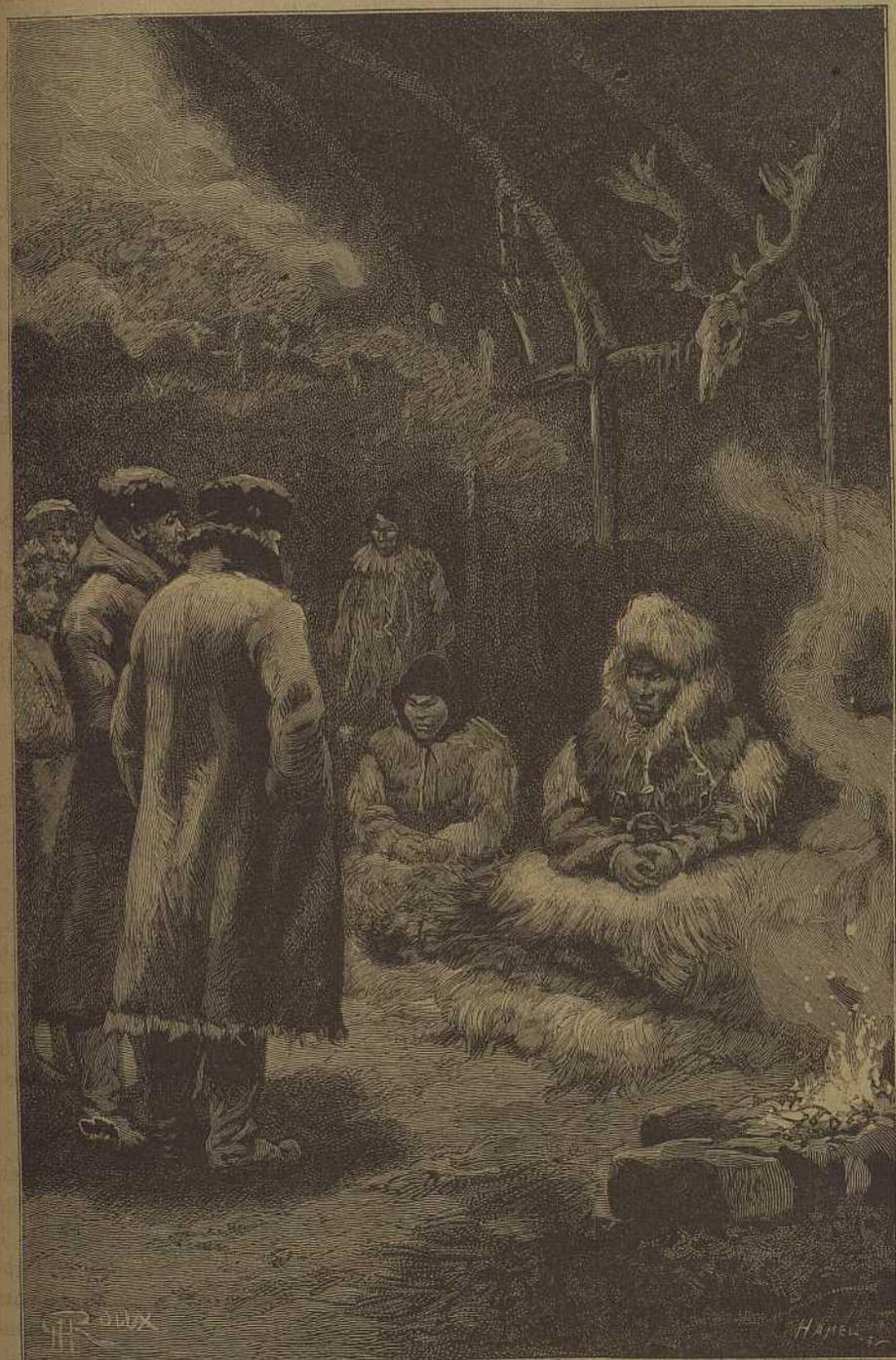
—¿Y aquella?.. preguntó Tchou-Tchouk señalando á Kayette, porque no se le había escapado que la joven debía ser de raza extranjera.

—Una india, respondió M. Serge.

Y entonces se entabló una conversación muy animada entre M. Serge y él; conversación de la que aquél tradujo los principales pasajes á la familia Cascabel.

En definitiva, el resultado de la entrevista fué que los náufragos debían considerarse como prisioneros y que permanecerían en la isla Kotelnyi hasta tanto que hubiesen pagado en buena moneda rusa un rescate de 3.000 rublos.

—¿Y dónde quiere que los cojamos este hijo de la Osa mayor? gritó M. Cascabel. Los tunantes han debido robar todo lo que quedaba de vuestro dinero, M. Serge.



QUERON CONDUCIDOS A PRESENCIA DE TCHOU-TCHUR

Tchou-Tchouk hizo una señal, y los prisioneros fueron reconducidos al exterior. Estaban autorizados para pasearse por la aldea, á condici6n de no alejarse demasiado, y desde el primer día pudieron conocer que se les vigilaba muy de cerca. Por otra parte, en aquella época, en pleno invierno, les hubiera sido imposible huir para ganar el Continente.

M. Serge y sus compañeros se dirigieron inmediatamente á la *Belle-Roulotte*. Allí se apretaban unos contra otros un gran número de indígenas, extasiados delante de John Bull, que les gratificaba con sus mejores muecas. No habiendo visto nunca monos, se figuraban, sin duda, que aquel cuadrúmano de pelo rojo formaba parte de la raza humana.

—¡Ellos también pertenecen! observó Cornelia.

—Sí... ¡pero la deshonran! respondió Cascabel.

Y después de reflexionar un rato, añadió:

—¡Me he equivocado al decir que estos salvajes eran monos! Les son en todos respectos inferiores, y te pido perdón, mi pequeño John Bull, por haberte rebajado hasta ellos.

Y John Bull respondió dando una voltereta. Pero cuando uno de los indígenas quiso cogerle la mano, le mordió hasta hacerle saltar sangre.

—¡Bravo, John Bull... duro... duro... muerde firme! gritó Sandre.

Sin embargo, aquello pudo haber concluido mal para el pobre mono, que hubiera pagado caro su mordisco si la atención de los naturales no hubiese sido atraída por la aparición de Jako, cuya jaula había sido abierta, y que se paseaba balanceándose sobre sus patas.

Los papagayos tampoco eran conocidos en los archipiélagos de Nueva Siberia. Nadie había visto jamás un volátil de aquella especie, con los vivos colores de su plumaje, sus ojos redondos en forma de antiparras y su pico encorvado como un garabato.

—¡Y qué efecto tan sorprendente produjo Jako cuando salieron de su pico algunas palabras claramente articuladas!

Con extremo estupor de los indígenas, el locuaz animal desplegó todas las galas oratorias de su repertorio.

¡Un pájaro que hablaba!... Y hé aquí

que aquellos supersticiosos se arrojaron á tierra, tan espantados como si aquellas palabras se hubieran escapado de la boca de sus divinidades.

M. Cascabel, que se divertía en excitar al loro, le gritaba colmándole de caricias:

—Anda, Jako, anda, no te cortes; díles *zut* á estos imbéciles.

Y Jako decía *zut* con una voz tan parecida al sonido de una corneta, que los indígenas concluyeron por escapar, dando muestras del más vivo terror.

La familia, como decía su ilustre jefe, no cesaba de reír, á despecho de sus vivas inquietudes.

—Vamos, vamos, añadió recobrando un poco de su buen humor; el diablo ha de andar en ello si no logramos escapar de este rebaño de brutos.

Los prisioneros quedaron solos, y puesto que parecía que Tchou-Tchouk dejaba la *Belle-Roulotte* á su disposición, no podían hacer otra cosa mejor que reintegrarse en su morada habitual. Sin duda aquellos neo-siberianos la encontraban muy inferior á sus agujeros abiertos en la nieve.

A decir verdad, el vehículo no había sido despojado sino de ciertos objetos sin importancia, aparte del dinero que aún quedaba á M. Serge, dinero que César Cascabel se prometía no abandonar, ni aun bajo la forma de rescate.

Era para ellos una suerte volverse á ver en el salón, el comedor y demás habitaciones de la *Belle-Roulotte*, en lugar de habitar las infestas madrigueras de Tourkef.

Nada faltaba. Los colchones, mantas, almohadas, utensilios y provisiones de conservas no habían tenido, según parece, el honor de agradar á los señores y señoras de la isla.

Si había forzosamente que invernar, espiando siempre la ocasión de escaparse de la isla de Kotelnyí, en ninguna parte podrían pasar mejor la internada.

Entretanto, puesto que se les dejaba entera libertad de ir y venir, M. Serge y sus compañeros resolvieron ponerse en relación con los dos marineros, que sin duda un naufragio había arrojado al archipiélago de las Liakhoff.

Tal vez, concertándose con ellos, podrían engañar la vigilancia de Tchou-

Tchouk y huir cuando se presentase una circunstancia favorable.

Se empleó el resto del día en poner en orden el interior de la *Belle-Roulotte*. Trabajo impropio que hizo quemarse la sangre á la cuidadosa Cornelia, que ocupó en la operación, durante el resto del día, á Kayette, Napoleona y Clou.

M. Cascabel, desde que tomó la resolución de jugar una mala partida á su majestad Tchou-Tchouck, había recobrado su antiguo buen humor, tan comprometido por los últimos reveses de la suerte.

Al día siguiente, M. Serge y él marcharon en busca de los dos marineros. Estos debían gozar probablemente de la misma libertad que ellos gozaban.

En efecto era así, y el encuentro tuvo lugar á la puerta del reducto que ocupaban á la extremidad del lugar, sin provocar oposición alguna por parte de los indígenas.

Estos marineros, de edad el uno de treinta y cinco años y el otro de cuarenta, eran de origen moscovita.

Sus facciones consumidas, su rostro famélico, sus vestidos de marinos forrados de pieles hechas pedazos, atormentados por el hambre tanto como por el frío, la cara apenas visible bajo una espesa cabellera y una barba en desorden, todo contribuía á darles el aspecto más miserable.

Eran, sin embargo, hombres recios, vigorosamente constituidos y que, en llegando la ocasión, podrían ser excelentes auxiliares. Pero no parece que tenían muchos deseos de entrar en relaciones con aquellos extranjeros, de cuya llegada á la isla Kotelnyĭ habían ya tenido conocimiento, por más que la identidad de situación y el deseo común de salir de ella, auxiliándose los unos á los otros, hubiera debido acercarlos á la familia Cascabel.

M. Serge interrogó á aquellos dos hombres en ruso.

El de más edad declaró llamarse Ortik, y el más joven Kirschef. Después de cierta vacilación, se decidieron á contar su historia.

—Somos marineros del puerto de Riga, dijo Ortik. Hace un año nos embarcamos á bordo del ballenero *Seraski* para una campaña de pesca en el mar Ártico. Por desgracia, al fin de la estación, nuestro buque no pudo llegar á tiempo al estrecho

de Behring, y fué cogido por los hielos, quedando aplastado al Norte de las islas Liakhoff.

Toda la tripulación pereció, á excepción de Kirschef y yo, que, después de meternos en una embarcación, fuimos arrojados por la tempestad contra las islas de Nueva Siberia, donde caímos en poder de los indígenas.

—¿Hacia qué época?... preguntó monsieur Serge.

—¡Hace dos meses!

—¿Y qué acogida os han hecho?

—La misma que á vosotros, sin duda, respondió Ortik. Somos prisioneros de Tchou-Tchouk, que no nos dará la libertad sin rescate.

—¿Y de dónde nos le proporcionaremos? replicó Kirschef.

—A menos, añadió Kirschef con brusco tono, que vosotros tengáis dinero para todos, porque, según creo, somos patriotas...

—En efecto, respondió M. Serge; pero el dinero que poseíamos ha sido robado por los indígenas, y nos encontramos tan faltos de recursos como vosotros.

—¡Tanto peor! replicó Ortik.

Después dieron algunos detalles sobre su manera de vivir. Aquella cavidad estrecha y oscura les servía de morada, y, aunque sin cesar de vigilarlos, se les dejaba cierta libertad. Sus vestidos estaban hechos jirones, no tenían otro alimento que el habitual de los indígenas, y apenas si bastaba para sostenerlos. Además, creían que la vigilancia sería mucho más severa á la vuelta de la buena estación, cuando fuera más fácil evadirse.

Como bastaría apoderarse de una canoa para pasar al Continente, es seguro que los indígenas desconfiarían más, y hasta llegarían á encerrarlos.

—Pero la buena estación, respondió M. Serge, no vendrá antes de cuatro ó cinco meses, y continuar prisioneros hasta entonces...

—¿Tenéis, pues, algún medio de escapar?... preguntó vivamente Ortik.

—Por el momento, no, respondió monsieur Serge. Entretanto, es lo más natural que nos ayudemos mutuamente. Parece que habéis sufrido mucho, amigos míos, y si podemos seros útiles...

Los dos marineros dieron gracias á

M. Serge, sin demostrar gran entusiasmo por su ofrecimiento. Si de cuando en cuando quería procurarles algún alimento un poco mejor, se lo agradecerían. No pedían más, á menos que no quisiera regalarles algunas pieles para abrigarse. En cuanto á vivir juntos... ¡no! Preferían habitar su agujero, prometiendo ir algunas veces á visitar á la familia.

M. Serge y M. Cascabel, que habia comprendido algunas palabras de aquella conversaci6n, se despidieron de los dos marineros.

Aunque aquellos hombres tuviesen una fisonomía poco simpática, no era esto una raz6n para no acudir en su ayuda. Los náufragos se deben entre sí socorro y asistencia. Se les aliviaria, pues, en lo posible, y, si se presentaba alguna ocasi6n de huir, M. Serge no les abandonaria. Eran compatriotas suyos... ¡Eran hombres como él!

Quince días transcurrieron, durante los cuales se fueron acostumbrando á las exigencias de su nueva situaci6n.

Cada mañana tenían la obligaci6n de comparecer ante el soberano indigena y sufrir sus reclamaciones sobre el rescate que se les exigia. Se ponía furioso, los amenazaba. Ponía á los ídolos por testigos de que no era para él, sino para ellos, el tributo que por su libertad reclamaba.

—¡Viejo maual gritaba Cascabel. ¡Empieza por devolver el dinero que nos has robado!... ¡Después veremos!...

En resumen: el porvenir no dejaba de ser inquietante.

Siempre era de temer que pusiese en ejecuci6n sus amenazas aquel Tchou-Tchouk, ó más bien «Chou-Chou», como le llamaba M. Cascabel, por más que aquel nombre amistoso «le sentase como un sombrero de pastor á un *English* de cabellos amarillos.»

Y continuamente se ingeniaba por encontrar el medio de jugarle alguna de las tuyas. ¿Pero cuál?... Buscaba, y no encontraba. Así es que se preguntaba si su saco estaria vacio; y por su saco entendía su cerebro.

En verdad, el hombre que se habia permitido tener la hermosa idea, tan atrevida como desgraciada, de volver de América á Europa por el mismo camino de Asia, tenía raz6n en decirse que no era más que

un animal al ver su carencia de iniciativa.

—¡No, César, no! le repetía Cornelia. ¡Al fin concluirás por imaginar algo bueno!... ¡Ya verás cómo se te ocurre cuando menos lo pienses!...

—¿Lo crees así?

—¡Estoy segura!

¿No era conmovedor ver la imperturbable confianza que Mad. Cascabel tenía en el genio de su marido, á pesar de su desventurado proyecto de viaje?

Por lo demás, M. Serge estaba allí para dar ánimo todos; pero las tentativas que hacia con el objeto de convencer á Tchou-Tchouk para que cediera en sus pretensiones, no tenían ningún éxito. Tampoco habia motivo para mostrarse impaciente, pues aunque Tchou-Tchouk hubiera consentido en devolverles la libertad, la familia Cascabel no hubiera podido abandonar la isla Kotelnyí en pleno invierno y con una temperatura que oscilaba entre treinta y cuarenta grados bajo cero.

Llegó el 25 de Diciembre. Cornelia quiso que la Navidad se celebrase con algún esplendor. Este sería sencillamente ofrecer á sus convidados una comida más delicada, más abundante que de costumbre, en la que las conservas habrían de hacer el gasto. Además, como no faltaba ni harina ni arroz, la excelente mujer puso todo su cuidado en hacer un gigantesco pastel, cuyo éxito estaba asegurado de antemano.

Los dos marineros rusos fueron invitados á aquella comida, aceptando la invitaci6n. Era la primera vez que penetraban en el interior de la *Belle-Roulotte*.

Al hablar uno de ellos, el llamado Kirsch-chef, el sonido de su voz llamó la atenci6n de Kayette, pareciéndola que no la era desconocida; pero la hubiera sido imposible decir dónde la habia oido.

Ni Cornelia, ni Napoleona, ni el mismo Clou, simpatizaron con aquellos dos hombres, que parecían cohibidos en presencia de sus semejantes.

Hacia el fin de la comida, á petici6n de Ortik, M. Serge refirió las aventuras de la familia Cascabel en la provincia alaskiana. Contó cómo habia sido recogido por ella, medio muerto, después de la tentativa de asesinato cometida en su persona por la banda de Karkof.

Si su rostro hubiera estado en plena

luz, habriase podido ver que aquellos dos marineros cambiaban una singular mirada en el momento en que se trató del crimen. Pero aquel detalle pasó inadvertido, y después de haber tomado su buena parte del pastel, que fué copiosamente regado con *vodka*, Ortik y Kirschef abandonaron la *Belle-Roulotte*.

Apenas se encontraron fuera, uno de ellos dijo:

—¡Vaya un encuentro!... Este es el ruso que atacamos en la frontera y que aquella condenada india nos impidió acabar...

—¡Y robar! replicó el otro.

—¡Sil!.. ¡Los millares de rublos que están ahora en manos de Tchou-Tchouk!

De modo que los dos pretendidos marineros eran malhechores que formaban parte de la banda Karkof, cuyos desmanes habían sembrado el espanto en el Oeste de América. Después de haber errado el golpe contra M. Serge, á quien no habían podido reconocer en medio de la oscuridad, lograron llegar á Port-Clarence.

Algunos días después, con ayuda de una barca robada por ellos, habían intentado atravesar el estrecho de Behring; pero arrastrados por las corrientes, después de haber estado á punto de perecer cien veces, habían venido á naufragar sobre la isla principal del archipiélago de las Liakhoff, donde habían sido hechos prisioneros por los indígenas.

VI

INVERNADA

Tal era la situación de M. Serge y de sus compañeros el día 1.º de Enero de 1868. Muy alarmante ya por el hecho de ser prisioneros de los neo siberianos del archipiélago de Liakhoff, se había complicado todavía más por la presencia de Ortik y de Kirschef. ¡Quién sabe si aquellos dos malvados sacarían partido de un encuentro tan inesperado!

Felizmente, ignoraban que el viajero atacado por ellos en la frontera alaskiana fuese el conde Narkine, un condenado político evadido de la fortaleza de Yakoutsk; que M. Serge fuese aquel fugitivo que intentaba entrar en Rusia, mezclándose al personal de una compañía ambulante.

Si lo hubieran sabido, seguramente no

habrían vacilado en servirse de este secreto, amenazando con él, y en su provecho, al conde Narkine, ó entregándole á las autoridades moscovitas en cambio de una gracia ó de una prima.

Pero... ¿no podía temerse que la casualidad les entregase el secreto que hasta entonces sólo conocían los esposos Cascabel?

Ortik y Kirschef continuaban viviendo aisladamente, por más que estuviesen decididos, si se presentaba el caso, á reunirse á M. Serge para recobrar su libertad.

Además, era evidente que nada podía intentarse durante aquel periodo invernal del año polar. El frío había llegado á ser tan excesivo, que hasta el aire húmedo arrojado por la respiración, se convertía en nieve. El termómetro descendía á veces á 40° bajo cero. Hasta con tiempo tranquilo habría sido imposible soportar semejante temperatura.

Cornelia y Napoleona no se atrevían ya á salir de la *Belle-Roulotte*; verdad es que tampoco se lo hubieran permitido.

¡Cuán interminables les parecían aquellos días sin sol, ó más bien aquellas noches de cerca de veinticuatro horas!

Kayette, acostumbrada á los inviernos del Norte de América, no temía desafiar el frío del exterior.

Las mujeres indígenas hacían otro tanto, ocupándose en sus trabajos habituales, vestidas con un doble traje de piel de reno, envueltas con el *palsk* de pieles, calzadas con medias de la misma clase y mocasines de cuero de foca, cubierta la cabeza con un gorro forrado de piel de perro.

No se las veía ni la punta de la nariz, lo que, según parece, no era de sentir.

M. Serge, Cascabel, sus dos hijos y Clou de Giroffe, perfectamente envueltos en sus abrigos, hacían cotidianamente la visita obligatoria á Tchou-Tchouk, así como también á los dos marineros rusos, á quienes habían procurado calientes vestiduras.

En cuanto á los habitantes de Nueva Siberia, no vacilan en salir, haga el tiempo que haga.

Cazan en la superficie de las largas llanuras endurecidas por el frío, apagan su sed con nieve, se alimentan con la carne de los animales que matan en el camino. Sus trineos, ligerísimos, fabricados con

los maxilares, las costillas y las barbas de ballena, están montados sobre patines ó raquetas, que guarnecen con una capa de hielo, regándolos en el momento de la partida.

Tienen por tiros parejas de renos, los cuales prestan excelentes servicios.

Sus perros, que son de raza samoyeda, se parecen á los lobos, de los cuales tienen también la ferocidad; son altos de patas y están cubiertos de una piel espesa, negra y blanca, ó amarilla y parda.

Cuando los siberianos viajan á pie, se calzan la raqueta larga, el *ski* por otro nombre, el patín de nieve, con el que franquean rápidamente vastos espacios á lo largo de los estrechos que separan las diversas islas del archipiélago, siguiendo los *tundras*, fajas de tierra formadas lo más comunmente sobre el borde de las riberas árticas.

Los indígenas de las Liakhoff son muy inferiores á los esquimales de la América septentrional para la fabricación de las armas. Arcos y flechas: he aquí todo lo que constituye su arsenal ofensivo y defensivo.

Para ingenios de pesca poseen arpones, con los cuales atacan la ballena, y redes, que tienden bajo los *gundris*, sitios helados de mucho fondo, en donde las focas se dejan coger con facilidad. Hacen también uso de lanzas y cuchillos en sus ataques contra los morsas, en los que corren algunos peligros, pues estos animales son mamíferos muy temibles.

Pero la fiera cuyo encuentro ó agresión es más de temer, es el oso blanco, al que los intensos fríos del invierno, la necesidad de procurarse un poco de alimento después de largos días de ayuno, empuja algunas veces hasta los pueblecillos del archipiélago.

Preciso es reconocer que entonces los indígenas dan pruebas de gran bravura; no buyen ante el poderoso animal, á quien la abstinencia ha vuelto feroz; se arrojan sobre él resueltamente cuchillo en mano, y la lucha concluye casi siempre con ventaja para los indígenas.

La familia Cascabel fué varias veces testigo de una agresión de este género, en la cual el oso polar, después de haber herido gravemente á varios hombres, no tardó en sucumbir al número.

Toda la tribu acudió entonces, y hubo fiesta en el lugar. ¡Qué fortuna la carne de aquel oso, excelente, según parece, para los estómagos siberianos!

Los mejores pedazos fueron naturalmente á figurar en la mesa, ó más bien en la escudilla de Tchou-Tchouk. En cuanto á sus humildes súbditos, cada uno participó de una pequeña parte de lo que aquél tuvo á bien dejarles. De aquí una ocasión para entregarse á libaciones prolongadas, que trajeron consigo la embriaguez general; embriaguez producida por la absorción de un licor fabricado con los retoños tiernos del salix y del rhodwla, los jugos del mirtilo rojo y las bayas amarillas de la cañaheja, de las que se hace una abundante recolección durante las pocas semanas de la estación cálida.

En realidad, los osos son raros en estos archipiélagos, y no hay que contar con esta clase de caza, cuya captura no deja de ser sumamente peligrosa.

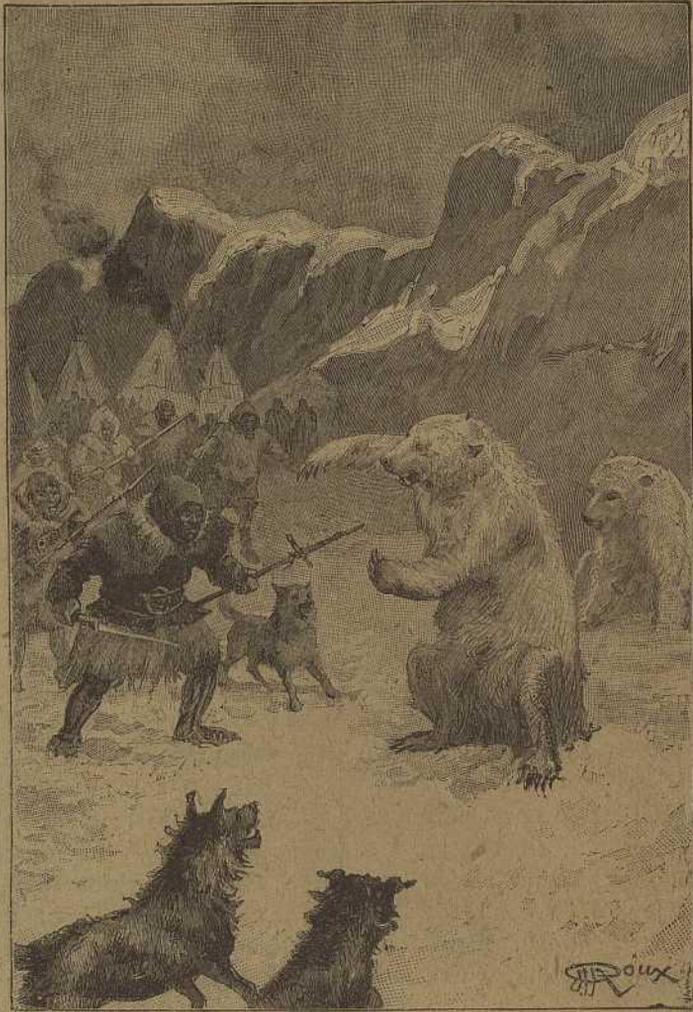
Así es que la carne de reno forma la base de la alimentación indígena, y las mujeres preparan con la sangre del animal una sopa, que no excitó jamás entre los Cascabeles más que una invencible repugnancia.

Si ahora se pregunta cómo pueden vivir los renos durante el invierno, bastará responder que aquellos animales descubren sin trabajo su alimento vegetal hasta bajo la espesa capa de nieve.

Además, antes de los primeros fríos se recogen enormes provisiones de forraje, y esto basta para la alimentación de los millares de ruminantes que encierran los territorios de Nueva Siberia.

«¡Millares!... ¡Y pensar que una veintena solamente haría tan bien nuestro negocio!» repetía M. Cascabel, preguntándose cómo se las gobernaría para reemplazar á sus caballos.

Conviene insistir sobre el hecho de que los habitantes del archipiélago de las Liakhoff son, no solamente idólatras, sino extremadamente supersticiosos; que todo lo relacionan con las divinidades fabricadas con sus propias manos, y las obedecen ciegamente. Esta idolatría sobrepuja á toda creencia, y el gran jefe Tchou-Tchouk practicaba su religión con un fanatismo que sus súbditos compartían con la mejor voluntad.



Los indígenas dan pruebas de gran valor.

Todos los días Tchou-Tchouk se dirigía á una especie de templo ó, más bien, de lugar sagrado, llamado el *vorspük*, «la gruta de las oraciones».

Las divinidades, representadas por simples postes de madera pintarrajeada, estaban colocadas en fila en el fondo de una excavación de la roca, adonde los indígenas venían á prosternarse uno á uno.

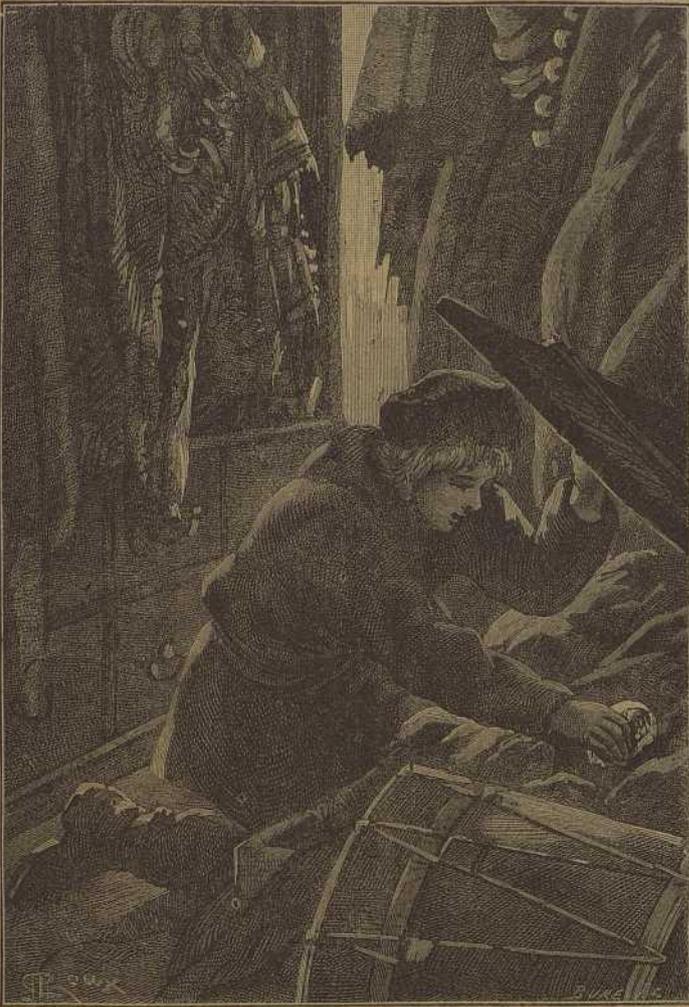
Su intolerancia no llegaba hasta prohibir á los extranjeros que se acercasen al *vorspük*; antes al contrario, les invitaban á visitarle. De este modo M. Serge y sus compañeros pudieron satisfacer su curiosidad contemplando los idolos neo-siberianos.

A la extremidad de cada uno de estos postes había horribles cabezas de volátiles,

de ojos redondos y encarnados, picos formidables, desmesuradamente abiertos, crestas huesosas, que se retorcían en forma de cuernos.

Los fieles venían á tenderse al pie de dichos postes, pegaban al suelo sus oídos, hacían su oración, y, aunque el dios no les contestaba nunca, se marchaban con la convicción de haber oído su respuesta; respuesta generalmente conforme con el pensamiento secreto del adorador.

Cuando se trataba de una cuestión relativa á algún nuevo tributo que Tchou-Tchouk quería imponer á su pueblo, este truhan no dejaba nunca de obtener la aprobación celeste, y ni uno solo de sus súbditos se hubiera atrevido á resistir una orden emanada de tan alto.



Sandre sacaba la pepita de su escondite.

Un día de cada semana había una ceremonia religiosa más importante, en el sentido de que los indígenas asistían con gran pompa.

Que hiciese un frío intenso, que el frío helado se desencadenase con la violencia de un golpe de guadaña al rape del suelo, nadie vacilaba en seguir á Tchou-Tchouk al *vorspük*.

Y desde la llegada de la *Belle-Roulotte*, ¿cómo se engalanaban hombres y mujeres para asistir á estas solemnidades? Pues con los oropeles robados á la familia, que llevaban puestos encima de sus vestidos; con los *maillots* multicolores de M. Cascabel, las faldas descoloridas de Cornelia, las casacas de sus hijos, el casco empenachado de Clou de Girofle.

¡Uno soplaba hasta perder aliento en el cornetín de pistón; otro sacaba del trombón sonidos increíbles, y el tambor, el bombo y demás instrumentos propios de una orquesta foránea, contribuían con su ensordecedor estruendo al brillo de la fiesta!

Entonces M. Cascabel aullaba contra aquellos bribones, aquellos ladrones, que se permitían usar sus vestidos, tocar los instrumentos, á riesgo de desarticular su trombón, desafinar su cornetín y hacer estallar el bombo.

« ¡Canallas!... ¡Canallas!... gritaba; y nadie, ni aun M. Serge, conseguía calmarle.

Además, la situación, al prolongarse, empezaba á convertirse en enervante; ¡tan

lentamente transcurrían los días y las semanas!

Y después de todo, ¿cómo concluiría aquella aventura, aun suponiendo que tuviese fin?

Sin embargo, el tiempo que no podía emplearse en ejercicios—y M. Cascabel pensaba que su personal estaría singularmente enmohecido cuando llegase á la feria de Perm—no transcurría sin algún provecho.

M. Serge, con el objeto de neutralizar el desaliento que amenazaba apoderarse de todos, no cesaba de interesar á sus auditores por medio de cuentos y explicaciones que los distraían.

En cambio, M. Cascabel hubiera querido enseñarle algunos juegos de manos y de escamoteo « sólo por diversión », decía; pero en realidad aquello hubiera podido servir á M. Serge si alguna vez tenía que representar al natural su papel de saltimbanqui, para desorientar mejor á la policía moscovita.

Juan se ocupaba en completar la educación de Kayette, y ésta se aplicaba en la lectura y escritura bajo la dirección de su joven profesor. Absortos ambos en un sentimiento que no deja lugar á ningún otro, aceptaban la situación sin gran pesar. M. Serge veía con enternecimiento esta intimidad entre Juan y su hija adoptiva.

¡Kayette tenía una inteligencia tan viva, y Juan mostraba tanto celo por desarrollarla!

¿Sería posible que aquel honrado joven, tan aficionado al trabajo, tan ventajosamente dotado, no fuese nunca más que un pobre titiritero. ¿No llegaría á elevarse en el orden social?

Pero esto era el secreto del porvenir; ¿y qué porvenir estaba reservado á aquella familia, en poder de una tribu salvaje, en los últimos límites del mundo conocido?

En efecto: las exigencias de Tchou-Tchouk no llevaban trazas de modificarse. No soltaría á sus prisioneros sin que hubiesen pagado su rescate, y no parecía probable que pudiesen recibir ningún socorro.

En cuanto al dinero reclamado por aquel rapaz soberano de las Liakhoff, ¿cómo llegarían á procurárselo?

Verdad es que los Cascabeles poseían un tesoro sin saberlo. La pepita, la famo-

sa pepita de Sandre; á lo menos el pillete no tenía duda alguna respecto á su valor. Cuando nadie le veía, la sacaba de su escondite, la contemplaba, la frotaba, la pulía. Sin duda no hubiera vacilado en sacrificarla para indemnizar á Tchou-Tchouk y rescatar á su familia. Pero un pedazo de oro en aquella forma, con la apariencia de un guijarro, jamás hubiera sido aceptado como moneda corriente por el *chouchou* de su padre.

Así es que Sandre se afirmaba en su idea de aguardar la vuelta á Europa, y allí, él sabría cambiar su pepita por buen oro acuñado, que reemplazaría ventajosamente á los dollars robados en América.

Nada mejor, en efecto, si la vuelta á Europa podía verificarse algún día. Por el pronto, no parecía estar próximo el momento. Esto tenía también preocupados á los dos malhechores que la mala suerte había arrojado en el camino de la familia Cascabel.

Un día, el 23 de Enero, Ortik se dirigía á la *Belle-Roulotte* para hablar con monsieur Serge, Juan y su padre respecto á su repatriación.

Su objeto, en realidad, era saber lo que harían los prisioneros en el caso en que Tchou-Tchouk les permitiese abandonar la isla Kotelnyí.

—M. Serge, preguntó: cuando partisteis de Port-Clarence, ¿era vuestra intención invernar en Siberia?

—Sí, respondió M. Serge; estaba convenido que procuraríamos alcanzar alguna aldea para permanecer allí hasta la vuelta del verano. ¿Por qué me lo preguntáis, Ortik?

—Porque desearía saber si pensáis tomar vuestro primer itinerario, en el caso de que estos malditos indígenas os devuelvan la libertad.

—No, respondió M. Serge, porque eso era alargar inútilmente un camino, ya de por sí demasiado largo. Según mi opinión, sería preferible dirigirse á la frontera rusa, á fin de ganar uno de los pasos del Oural...

—¿Al Norte de la cadena, entonces?

—Sin duda, puesto que es el camino más corto que tendríamos que hacer á través de la estepa.

—¿Y vuestro carruaje, M. Serge? ¿Le dejaríais aquí?...

M. Cascabel había evidentemente comprendido la pregunta, y se apresuró á responder:

—¡Dejar la *Belle-Roulotte!*... Seguramente que no, si, como espero, puedo procurarme un tiro dentro de poco.

—¿Tenéis alguna idea?... preguntó M. Serge.

—¡Ni por asomo! pero Cornelia no cesa de repetirme que ya se me ocurrirá: ¡y Cornelia no se ha engañado nunca! ¡Es una mujer superior, y que me conoce bien, M. Serge!

¡Siempre el mismo, el admirable Cascabel confiando en su estrella, y no pudiendo imaginarse que cuatro franceses y tres rusos no pudieran sobreponerse á un Tchou-Tchouk!

M. Serge había hecho conocer á Ortik la opinión de M. Cascabel sobre la *Belle-Roulette*.

—Sin embargo, para conducir vuestro carruaje, replicó el marinero ruso, que, según parece, tenía empeño en insistir sobre aquel punto, tendréis necesidad de una pareja de renos...

—Así es.

—¿Y pensáis que Tchou-Tchouk os los proporcionará?...

—Creo, dijo M. Cascabel, que encontraré el medio de obligarle.

—¿Y entonces intentaréis llegar á la costa siberiana atravesando el *ice-field*?...

—¡Sin dudal

—En ese caso, M. Serge, sería necesario partir antes del deshielo de los témpanos, es decir, antes de tres meses...

—Evidentemente.

—¿Y podréis hacerlo?

—Tal vez los indígenas consientan en dejarnos partir.

—No lo creo, M. Serge, puesto que es imposible pagarles el rescate.

M. Cascabel, á quien acababa de comunicar la respuesta de Ortik, respondió en el acto:

—¡A menos que esos imbéciles no se vean obligados!

—¿Obligados?... ¿Por quién? preguntó Juan.

—Por las circunstancias.

—¿Las circunstancias, padre?

—¡Sí?... ¡Todo consiste en eso... las circunstancias, respondió M. Cascabel; las circunstancias!

Y se rascaba la cabeza hasta arrancarse los cabellos, sin lograr extraer una idea.

—Veamos, amigos míos, dijo M. Serge: lo esencial es preveer el caso en que los indígenas rehúsen devolvernos nuestra libertad. ¿Habremos de conformarnos sin intentar pasarnos sin su permiso?...

—Lo intentaremos, M. Serge, respondió Juan. Pero entonces nos veremos obligados á abandonar la *Belle-Roulette*.

—¡No digas eso, Juan! exclamó M. Cascabel. ¡No digas eso!... ¡Me partes el corazón!

—Padre... reflexiona...

—¡No!... La *Belle-Roulette* es nuestra morada... ¡Es el techo bajo el que hubieras podido nacer, hijo mío! ¡Abandonarle á merced de esos anfibios, de esos puercos de mar!

—Mi querido Cascabel, replicó M. Serge, haremos todo lo que dependa de nosotros para decidir á los indígenas á devolvernos la libertad. Pero como todas las probabilidades están por que han de negarse á ello, una evasión será nuestro único recurso. Pues bien: si logramos burlar la vigilancia de Tchou-Tchouk, no podremos hacerlo sino abandonando...

—¡La casa Cascabel! exclamó el jefe de la familia, que parecía rodar las *rr*, por más que no hubiese una sola en aquellas cuatro palabras.

—Padre, añadió Juan, quizás existe otro medio de salvación que podría arreglarlo todo...

—¿Cuál es?

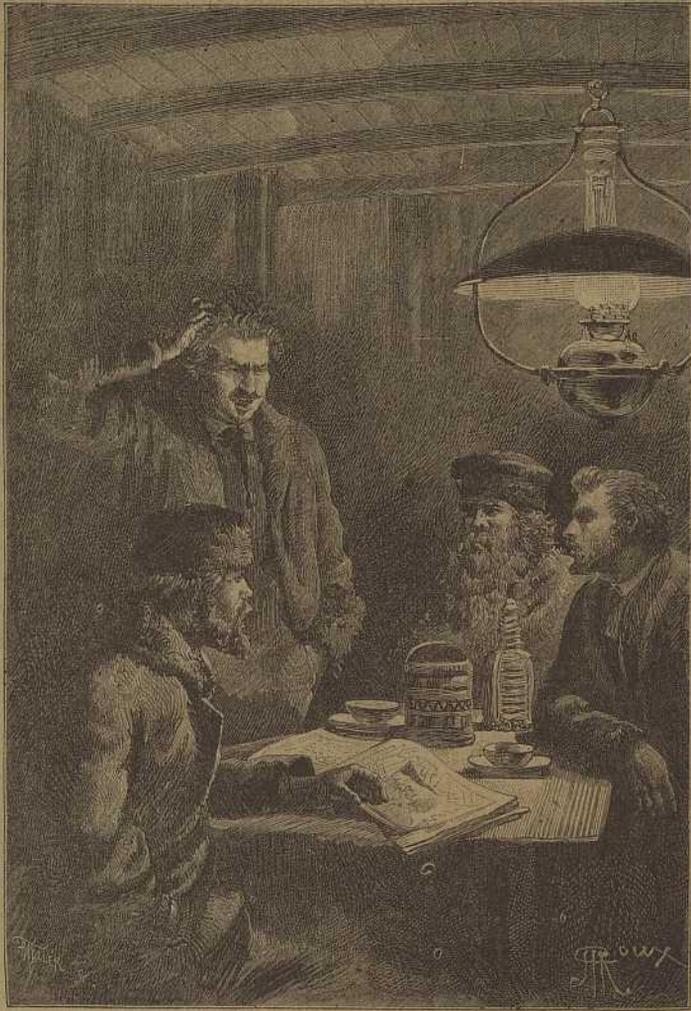
—¿Por qué no habríamos de intentar el que uno de nosotros se escapase, y alcanzando el Continente diese cuenta de nuestra situación á las autoridades rusas?... M. Serge, yo me ofrezco á ello voluntariamente...

—¡Eso... nunca! dijo vivamente M. Cascabel.

—¡No!... ¡No hagáis eso! respondió no menos vivamente Ortik, cuando M. Serge le hizo conocer la proposición de Juan.

M. Cascabel y el marinero estaban de acuerdo sobre este punto; pero si el uno pensaba únicamente en el peligro que corría el conde Narkine al tener que habérselas con la administración moscovita, el otro no tenía maldita la gana de encontrarse en presencia de sus agentes.

M. Serge, mirando la proposición de



Y M. Cascabel se rascaba la cabeza hasta arrancarse los cabellos...

Juan desde otro punto de vista, respondió:

—¡Te reconozco en esto, valiente joven, y te doy gracias por la oferta que haces de sacrificar te por nosotros! Pero tu sacrificio no conduciría á nada! ¡Querer, en pleno invierno ártico, aventurarse á través del *ice-field*, franquear las cien leguas que separan la isla Kotelný del continente, sería una locura! ¡Perecerías en el camino, mi pobre Juan! ¡No, amigos míos, no nos separemos; y si de una manera ú otra llegamos á abandonar el archipiélago de las Liakhoff, le abandonaremos juntos.

—Perfectamente dicho, añadió M. Cascabel; y exijo que Juan me prometa no dar paso alguno sin mi permiso...

—Os lo prometo, padre.

—Y cuando digo que partiremos todos

juntos, continuó M. Serge, dirigiéndose á Ortik, entiendo con esto que Kirschef y vos nos seguiréis, pues no pensamos dejaros entre manos de los indígenas.

—Os doy gracias, M. Serge, respondió Ortik; Kirschef y yo encontraremos el medio de seros útiles durante el viaje á través de Siberia. Por el momento, si nada se puede intentar, importa mucho ponernos en disposición de poder huir antes del deshielo, en el momento en que hayan cesado los grandes fríos.

Y dicho esto, Ortik se retiró.

—Si, dijo entonces M. Serge; hay que estar dispuestos...

—Lo estaremos, afirmó M. Cascabel. Pero ¿cómo?... ¡Que me devore un lobo si sé cómo arreglarnos!

En efecto, la manera, el medio que había de emplearse para despedirse de Touchu-Tchouk, con ó sin su asentimiento, era la preocupación constante, ó, mejor dicho, la cuestión de la orden del día.

Burlar la vigilancia de los indígenas parecía por lo menos muy difícil. Conducir á Tchou-Tchouk á una buena composición, no había que contar con ello. Solo existía un medio, que era «hacerle caer en la trampa», como repetía veinte veces al día M. Cascabel.

¡Si, eso es lo que procuraba! Pero por más que «se devanaba los sesos», según decía, terminó el mes de Enero sin haber sacado nada en limpio.

VII

UNA ESTRATAGEMA DE M. CASCABEL

Los principios de Febrero fueron rudos; en este mes el frío llega á congelar el mercurio de los termómetros. Ciertamente que aún se está lejos de las temperaturas del espacio interestelar, de los 273° bajo cero que inmovilizan las moléculas de los cuerpos que constituyen el estado sólido absoluto. Y sin embargo, hubiera podido creerse que las moléculas del aire no se deslizaban ya las unas sobre las otras; que la atmósfera estaba solidificada.

El aire que se respiraba abrasaba como el fuego.

El descenso de la columna termométrica era tal, que los habitantes de la *Belle-Roulotte* tuvieron que resolverse á no salir de ella.

El cielo se mostraba de una pureza extrema, y las constelaciones brillaban con una limpidez incomparable, hasta el extremo de hacer creer que la mirada alcanzaba los últimos límites, las más lejanas profundidades de la bóveda celeste. En cuanto á la claridad del mediodía, no era más que una pálida mezcla del alba y del crepúsculo.

Los indígenas, sin embargo, no vacilaban, por costumbre, en desafiar aquellas condiciones climatéricas.

Pero ¡qué de precauciones tomaban para que sus pies, sus manos, su nariz no se viesan atacados de súbita congelación!

Con el cuerpo envuelto en pieles de

reno, la cabeza completamente cubierta por una capucha, tenían el aspecto de paquetes de pieles que se movían; nada se distinguía de sus personas.

¿Y por qué se aventuraban así fuera de sus moradas?

Por orden de Tchou-Tchouk. ¿No era necesario asegurarse de que sus prisioneros, que no podían ya hacerle su visita cotidiana, no se habían escapado?

¡Precaución superflua con un tiempo semejante!

—¡Anfibios! les gritaba M. Cascabel cuando les divisaba á través de las ventanillas, de las que había tenido que arrancar el hielo exterior. ¡Es preciso que esos animales tengan sangre de foca en las venas! ¡Van y vienen como si tal cosa por donde gentes honradas quedarían congeladas en menos de cinco minutos!

En suma: en los departamentos de la *Belle-Roulotte*, herméticamente cerrados, la temperatura se mantenía á un grado soportable.

El calor del hornillo de la cocina, encendido con la madera fósil, lo que permitía economizar la provisión de petróleo, se comunicaba á todas las habitaciones, que á veces era hasta necesario airear.

Pero, apenas se entreabría la puerta, cuando toda materia líquida se congelaba instantáneamente en el interior. No había menos de 40 grados de diferencia entre la temperatura de fuera y la de dentro, lo que M. Sergé hubiera demostrado si los termómetros no hubiesen sido robados por los indígenas.

Al final de la segunda semana de Febrero, la temperatura indicó cierta tendencia á subir. Habiendo saltado el viento al Sur, empezó á barrer aquellos lugares de la Nueva Siberia con una furia sin igual.

Si la *Belle-Roulotte* no hubiese estado abrigada por altos bloques, no hubiera podido resistir á las ráfagas.

Por el momento, enterrada en la nieve hasta por encima de las ruedas, no había nada que temer por su seguridad.

Todavía hubo algunos frios, que modificaban bruscamente el estado de la atmósfera.

Sin embargo, hacia mediados de mes la media termométrica no era más que de unos 20° centígrados bajo cero.

M. Serge, Cascabel, Juan, Sandre y Clou de Giroffe se aventuraron, pues, á salir al exterior, tomando las más minuciosas precauciones para impedir que la transición fuese demasiado brusca. Higiénicamente considerado, éste era el mayor peligro que podían correr.

Los alrededores del campamento habían desaparecido enteramente bajo el mismo tapiz blanco, y era imposible reconocer los desniveles del suelo. Y esto no era por falta de claridad, porque, durante dos horas, el horizonte del Sur se coloreaba con una luz pálida, un reflejo de rayos sin calor, que se iría aumentando á medida que se acercase el equinoccio de la primavera. Se pudieron, pues, emprender algunos paseos, y desde luego, según formal exigencia de Tchou-Tchouk, hubo que presentarse en su morada.

En nada habían cambiado las disposiciones de aquel testarudo indigena. Los prisioneros fueron conminados á procurarse á la mayor brevedad un rescate de 3.000 rublos, ó Tchou-Tchouk vería lo que tenía que hacer.

—¡Ladrón abominable! le respondió Cascabel en aquel puro francés que su majestad no podía comprender. ¡Si!... ¡Triple bestia!.. ¡Cuádruple bruto!.. ¡Rey de los idiotas!

Pero la verdad era que aquellos calificativos, tan justamente aplicados al soberano de las Liakhoff, no mejoraban las cosas. Y, lo que era más grave, Tchou-Tchouk amenazaba con tomar medidas de rigor.

Entonces, bajo el imperio de un furor reconcentrado, M. Cascabel tuvo una inspiración de genio, lo que no debe sorprender tratándose de un hombre tan extraordinariamente expeditivo.

—¡Por todas las focas del mundo!.. exclamó una mañana. ¡Si esta treta pudiera tener éxito!.. ¿Y por qué no?.. Con semejantes imbéciles...

Pero á pesar de habersele escapado aquellas frases, M. Cascabel creyó conveniente guardar su secreto. No quiso decir nada á nadie, ni á M. Serge, ni aun á Cornelia. Según parece, una de las condiciones indispensables para el buen éxito de su proyecto era el que pudiese hablar distintamente la lengua rusa de que se sirven las tribus de la Siberia septentrio-

nal. De suerte que mientras Kayette se perfeccionaba en el estudio del francés, bajo la dirección de su amigo Juan, M. Cascabel se dedicó á perfeccionarse en el estudio del ruso, bajo la dirección de su amigo M. Serge. ¿Dónde hubiera podido encontrar un profesor más solícito? Se sigue de aquí que el 16 de Febrero, mientras se paseaba en torno de la *Belle-Roulotte*, le hizo conocer su deseo de aprender su idioma más á fondo.

—Puesto que vamos á Rusia, dijo, me será muy útil hablar el ruso, y no me encontraré embarazado durante mi estancia en Perm y Nijni.

—Conforme, mi querido Cascabel, respondió M. Serge. A pesar de que con lo que ya sabéis de nuestra lengua, podríais salir perfectamente de cualquier atolladero.

—¡No, M. Serge, no! Si comprendo algo de lo que me dicen, no sabría hacerme comprender, y eso es precisamente lo que yo quiero.

—Como gustéis.

—Y, por otra parte, eso nos servirá para pasar el tiempo.

La proposición de M. Cascabel no tenía nada de sorprendente, y, por lo tanto, nadie se mostró sorprendido.

Vedle silabeando el ruso con M. Serge, trabajando dos ó tres horas diarias, menos desde el punto de vista gramatical que desde el de la pronunciación, que era lo que parecía desear más particularmente.

Ahora bien: si los rusos hablaban muy fácilmente la lengua francesa, sin conservar nada de su acento de origen, es menos fácil á los franceses el hablar la lengua rusa. ¡Júzguese de las dificultades que tuvo que vencer M. Cascabel, de los cuidados que tuvo que tomarse, de los esfuerzos de articulación á que se entregó y de los gritos con que llenó la *Belle-Roulotte* con objeto de llegar á la perfección!

Y verdaderamente, con sus naturales disposiciones para el poliglottismo, hizo progresos muy notables, que maravillaron á su personal.

Terminada la cotidiana lección, se marchaba á la playa, y allí, seguro de no ser oído por nadie, se ejercitaba en pronunciar ciertas frases con voz retumbante, cuyas entonaciones variaba, haciendo

vibrar las *rr* á la manera de los rusos. ¡Y Dios sabe si en el ejercicio de su profesión de saltimbanqui había contraído la costumbre de aquellas vibraciones!

Algunas veces se encontraba á Ortik y Kirschef, y como los dos marineros no sabían una palabra de francés, les hablaba en su idioma, asegurándose de este modo de que empezaba á hacerse comprender suficientemente.

Aquellos dos hombres venían con alguna frecuencia á la *Belle-Roulotte*. Kayette, siempre impresionada por la voz de Kirschef, procuraba encontrar en su memoria la ocasión en que había podido oírla.

Entre Ortik y M. Serge, la conversación, á la cual se mezclaba ya M. Cascabel, recaía invariablemente en los medios de abandonar la isla; pero nunca se llegó á nada práctico.

—Existe quizá una probabilidad de repatriarnos, en la que no hemos pensado todavía, y que podría presentarse, dijo un día Ortik.

—¿Cuál? preguntó M. Serge.

—Cuando el mar polar está libre, añadió el marinero, no es raro que los balleneros pasen á la vista del archipiélago de las Liakhoff. En ese caso, ¿no podríamos hacer señales y atraer algún buque?...

—Sería exponer á su tripulación á caer prisionera de Tchou-Tchouk, como nosotros, y sin ningún provecho para nuestra salvación, respondió M. Serge. Esa tripulación no sería lo bastante fuerte, y caería en poder de los indígenas.

—Además, añadió M. Cascabel, el mar no estará libre antes de tres ó cuatro meses, y lo que es yo, no aguanto tanto tiempo.

Después de un momento de reflexión añadió:

—Si llegásemos á tomar pasaje en un ballenero, aun con el consentimiento de Tchou-Tchouk, sería necesario abandonar la *Belle-Roulotte*...

—¡Es un abandono al que tendríamos que resignarnos sin duda! observó monsieur Serge.

—¡Resignarnos!... exclamó Cascabel. ¡Vaya! ¡Vaya!...

—¿Acaso habéis encontrado algún medio?

—¡Eh!... ¡Eh!...

M. Cascabel no dijo más; pero ¡qué sonrisa se dibujó en sus labios! ¡Qué relámpago iluminó su mirada!

Cuando Cornelia supo aquella respuesta de su marido, dijo:

—¡Seguramente César ha imaginado alguna cosa!... ¿El qué? No lo sé, pero no me sorprende tratándose de semejante hombre.

—Papá es más ladino que Tchou-Tchouk, añadió Napoleona.

—¿Habéis observado, hizo notar Sandre, que ha tomado la costumbre de llamarle: «su viejo y valiente amigo?»

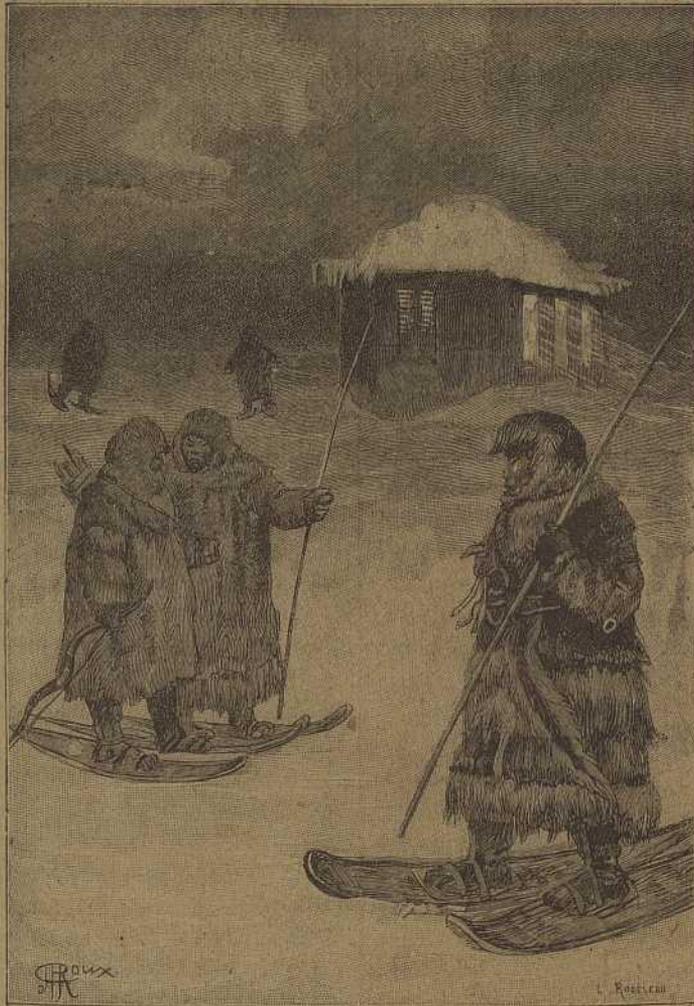
Entretanto, M. Cascabel, semejante á Demóstenes declamando sobre las playas helénicas, se aplicaba á luchar con poderosa voz, contra el estruendo del mar.

Durante la segunda quincena de Febrero, el aumento de la temperatura siguió su curso de una manera muy notable. Con el viento que soplaba del Sur, se propagaban por la atmósfera algunas corrientes menos frías. No había, pues, tiempo que perder. Después de haber tenido que enténderselas con el deshielo en el estrecho de Behring, gracias al retraso del invierno, hubiera sido el colmo de la mala suerte encontrarse expuestos á los mismos peligros, gracias á la precocidad de la primavera.

En efecto: si el proyecto de M. Cascabel tenía buen éxito; si lograba decidir á Tchou-Tchouk á dejarle partir con su personal y su material, era necesario que la partida se efectuase cuando el *ice-field*, uniformemente solidificado, se extendiese entre el archipiélago de las Liakhoff y la costa siberiana. Hecho esto, con un buen tiro de renos, la *Belle-Roulotte* podría llevar á cabo aquella parte del viaje en condiciones relativamente favorables, y sin que los viajeros tuviesen nada que temer de una nueva dislocación de los campos de hielo.

—Decidme, M. Cascabel, preguntó un día M. Serge: ¿esperáis que ese viejo tunte de Tchou-Tchouk os proporcione los renos de que tenéis necesidad para arrastrar vuestro carruaje hasta el continente?

—M. Serge, respondió gravemente Cascabel, Tchou-Tchouk no es un viejo tunte. Es un hombre digno y excelente. Si consiente en dejarnos partir, nos per-



Los indígenas parecían paquetes de pieles...

mitirá llevar con nosotros a la *Belle-Roulotte*; y si nos lo permite, no podrá menos de ofrecernos una veintena, una cincuenta, un ciento, un millar de renos, si yo se lo exijo.

—¿De modo que le tenéis cogido?

—¿Si tengo cogido á mi Tchou-Tchouk? Como si tuviera la punta de su nariz entre mis dedos, M. Serge... ¡y cuando yo tengo, tengo de firme!

¡Siempre aquella confianza del hombre seguro de si mismo, y siempre su sonrisa de satisfacción!

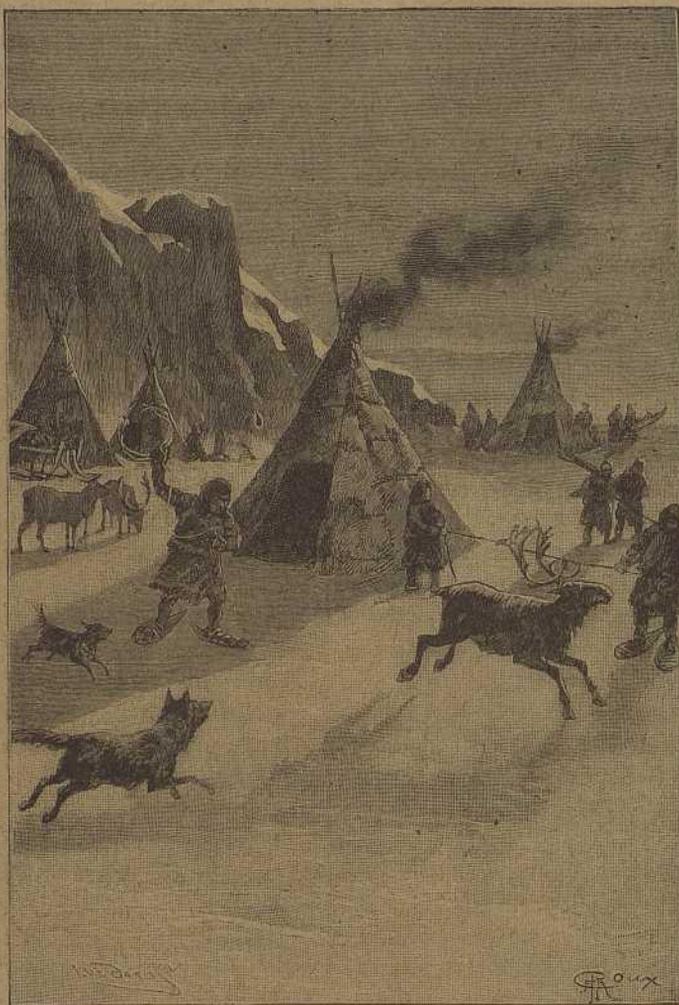
M. Serge, comprendiendo que Cascabel deseaba guardar una reserva absoluta sobre sus proyectos, no tuvo el mal gusto de insistir para conocerlos.

Entretanto, gracias á la suavidad de

la temperatura, los súbditos de Tchou-Tchouh comenzaban á entregarse á sus ocupaciones habituales; caza de pájaros, pesca de focas que reaparecían en la superficie del *ice-field*. Al mismo tiempo, las ceremonias religiosas, interrumpidas por los grandes fríos, volvían á llevar á los fieles á la gruta de los ídolos.

Los viernes de cada semana, sobre todo, era cuando, por el concurso de la tribu entera, presentaba el mayor esplendor. Los viernes, según parece, son los domingos de Nueva Siberia. Y el viernes próximo 29 (el año era bisiestro) era el día señalado para una procesión general de los indígenas.

La víspera por la noche, M. Cascabel se contentó con decir sencillamente, en el momento de acostarse:



Los neo-siberianos se entregaban á sus ocupaciones. ¶

—Estad dispuestos mañana para acompañar á nuestro amigo Tchou-Tchouk á la ceremonia del *corspük*.

—¡Qué!... ¡César!... ¿Quieres?... preguntó Cornelia.

—¡Quiero!

¿Qué significaba aquella proposición tan categóricamente formulada?

¿Acaso M. Cascabel esperaba amansar al soberano de las Liakhoff, tomando parte en sus adoraciones supersticiosas? Ciertamente que Tchou-Tchouk habría visto con buenos ojos que sus prisioneros rendían homenaje á las divinidades del país; pero adorarlas, abrazar la religión indígena, era otra cosa, y poco probable que M. Cascabel llegase hasta la apostasia para seducir á S. M. neo-siberiana.

Al amanecer del día siguiente, toda la tribu estaba en movimiento. Tiempo magnífico, temperatura no inferior á 10° bajo 0, claridad diurna que duraba unas cuatro ó cinco horas, y una especie de conato de rayos solares, cuya punta se deslizaba por encima del horizonte.

Los habitantes habían salido de sus madrigueras; hombres, mujeres, niños, ancianos, adultos, se habían adornado con sus más hermosos trajes, hopalandas de piel de foca, *palski* de piel de reno con el pelo al exterior.

Era una exposición sin igual de peleterías de pelos blancos ó negros, bonetes bordados con perlas falsas, pecheras con combinaciones de diversos colores, tiras de cuero alrededor de la frente, pendien-

tes, pulseras, joyas de huesos de morsa esculpidos, suspendidas al cartilago de la nariz.

Y aun todo eso no había parecido suficiente para semejante solemnidad. Así es que algunos notables de la tribu juzgaron oportuno engalanarse con más riqueza todavía, siendo los diversos objetos robados á la *Belle-Roulotte* los que hicieron el gasto de aquella ornamentación.

En efecto: sin hablar de los trajes de oropel de los saltimbanquis y demás fruslerías con que se habían adornado, de los sombreros de clovn y cascos á lo Maugin que cubrían sus cabezas, los unos llevan por banda una cuerda, de la que pendían los anillos que servían para los ejercicios de *jongleur*, los otros balanceaban en su cintura un rosario de bolas y de pesas de plomo; por último, el gran jefe Tchou-Tchouk ostentaba pomposamente sobre su torso un barómetro aneróide como condecoración de una nueva Orden, creada por los soberanos de Nueva Siberia.

Los instrumentos de la orquesta ambulante mezclaban sus notas en espantoso concierto, el cornetín rivalizando con el trombón, y el tambor respondiendo al bombo.

Cornelia estaba no menos furiosa que sus hijos al oír tan ensordecedoras sinfonías. Todos hubieran silbado de buena gana á aquellos artistas «que tocaban como focas», según decía Clou de Girofle.

Pues bien, ¡cosa increíble! M. Cascabel sonreía á aquellos bárbaros ejecutantes, no les escaseaba sus aplausos y sus hurras, palmoteaba gritando: «¡bravol... ¡bravol...!» y repetía:

—¡Son gentes admirables... dotadas particularmente para la música! y si quieren ajustarse en mi compañía les garantizo un gran éxito en la feria de Perm, mientras llega la de Saint-Cloud.

En medio del tumulto, la procesión atravesaba la aldea, dirigiéndose hacia el lugar sagrado, donde los ídolos aguardaban el homenaje de sus pieles. Tchou-Tchouk marchaba á la cabeza. M. Serge, M. Cascabel, su familia y los dos marineros rusos venían inmediatamente detrás de él, escoltados por toda la población de Tourkef. La comitiva se detuvo delante de la excavación de la roca, en cuyo fondo se levantaban las divinidades indígenas, ves-

tidas con soberbias pieles y adornadas con pinturas recién hechas con motivo de la solemnidad.

Tchou-Tchouk entró en el *oorspük* con las manos elevadas, y después de haber inclinado la cabeza, se acurrucó sobre una alfombra de pieles de reno extendida por el suelo. Aquella era la manera de arrodillarse en el país.

M. Serge y sus compañeros se apresuraron á imitar al soberano, y la concurrencia se prosternó detrás de ellos.

Después de establecido un silencio religioso, Tchou-Tchouk, con tono de predicador anglicano, dirigió algunas palabras, mitad cantadas y mitad murmuradas, á los tres ídolos, soberbios en su divina magnificencia.

De pronto le respondió una voz, voz poderosa, bien timbrada, que se dejó oír á lo lejos.

¡Oh prodigio! Aquella voz, saliendo del pico de una de las divinidades, la de la derecha, dijo en lenguaje ruso:

«*¡Ani suiati, eli innostrantsi, katori ote zapada prichli! Zatchéme ti ikhe podir-jáiche?»*

Lo que significa:

«¡Estos extranjeros que han venido de Occidente son sagrados! ¿Por qué los retienes?»

Después de estas palabras, que los fieles oyeron distintamente, se produjo un estupor general.

Era la primera vez que los dioses de Nueva Siberia se dignaban conversar con sus adoradores.

Entonces, una voz más acentuada, una voz imperiosa, escapada del pico del ídolo plantado á la izquierda, dijo vibrante:

«*Ya tibié prikajou étote arrestantof ot paistite. Tvoie narode doljne dlia ikhe same balehoie vajestvo imiete i nime addate reie vies chi ou ikhe bouili oziati.*

Ya tibié prikajou ou siberskoie beregou ikhe lioksché vosratitcia.»

Tres frases evidentemente dirigidas á Tchou-Tchouk, que pueden traducirse así:

«¡Te ordeno que pongas en libertad á los prisioneros!

»¡Ordeno á tu pueblo que tenga con ellos los mayores miramientos, y les devuelva todos los objetos de que han sido despojados! Ordeno se les facilite la vuelta á la costa siberiana!»

Esta vez no fué ya estupor, fué espanto lo que se produjo. Tchou-Tchouk se había levantado temblándole las rodillas, con la mirada vaga, la boca abierta, los dedos separados, en el paroxismo de la estupidez.

Los indígenas, después de haberse medio levantado, no sabían si debían prosternarse ó emprender la fuga. Por último, la tercera divinidad, la del centro, toma la palabra á su vez. ¡Pero su voz es terrible, llena de cólera, preñada de amenazas! Y con trágico vigor articula las sílabas, haciendo rodar las *erres* como los redobles del trueno.

He aquí las palabras que pronunció, mirando directamente á S. M. neo-siberiana:

«*Jesle ti take nie sdiélele élate taje same diéne, kakda éti sviati téheloviéki boudou-le jelaíte tchorte s'toie oblactel!*»

Es decir:

«Si no haces esto, el día en que esos hombres sagrados lo deseen, ¡que la cólera celeste caiga sobre tu tribu!»

En aquel momento, el rey y sus súbditos temblaban de terror, inmóviles sobre el suelo, mientras que M. Cascabel, elevando sus brazos hacia los ídolos, en un acceso de reconocimiento, les daba gracias por su divina intervención.

Sus compañeros, entretanto, se apretaban los ijares para no soltar la carcajada.

¡Una simple escena de ventriloquia! He aquí lo que aquel hombre prodigioso había imaginado para abrir la mano de su «bravo Tchou-Tchouk!»

Y, en verdad, no hacía falta más para burlarse de aquellos supersticiosos indígenas. ¡Los hombres venidos del Occidente! ¡Qué admirable calificación encontrada por M. Cascabel! «¡Los hombres venidos del Occidente son sagrados! ¿Por qué Tchou-Tchouk los retiene?»

Pues bien; ¡no! ¡Tchou-Tchouk no los retendría ya!

Los dejaría partir en el momento en que lo desearan, y los indígenas tendrían para ellos los miramientos debidos á viajeros tan visiblemente protegidos por el cielo.

Y mientras que Ortik y Kirschéf, que ignoraban el talento de M. Cascabel en ventriloquia, no ocultaban su profunda admiración, Clou repetía entusiasmado:

—¡Qué genio el del patrón!... ¡Qué cabeza!... ¡Qué hombre!... á menos que...

—¡A menos que no sea un Dios! replicó

Cornelia, inclinándose ante su marido.

La jugada estaba hecha. Había tenido éxito, gracias á la extraordinaria credulidad de las tribus de Nueva Siberia, que sobrepuja á todo lo que pueda imaginarse. Esto es lo que juiciosamente había observado M. Cascabel, y lo que le sugirió la idea de ejercer sus talentos de ventrílocuo en provecho de la salvación común.

Inútil es decir que sus compañeros y él fueron reconducidos al campamento con todos los honores debidos á su calidad de hombres sagrados.

Tchou-Tchouk se confundía en saluciones y cumplimientos, en los cuales entraba una gran parte de temor y de respeto. No estaba lejos de confundir en una misma adoración á la familia Cascabel y los ídolos de Kotelnyí. ¿Y cómo aquella población del Toukéf, tan ignorante, podía suponer que había sido juguete de un misticador? No cabía duda: ¡las divinidades del *vorspük* habían dejado oír sus voces formidables!

De sus picos, hasta entonces mudos, habían salido aquellas órdenes, proferidas en buen lenguaje ruso.

Y, por otra parte, ¿no había un precedente? ¿Acaso Jako no hablaba también? ¿No estaban los indígenas maravillados de las palabras que salían de su pico? Pues bien: lo que un pájaro hacía, ¿por qué no habían de ser capaces de hacerlo sus dioses de cabeza de volátiles?

A contar de este día, M. Serge, César Cascabel y su familia, así como también los dos marineros que fueron reclamados por su compatriota, pudieron considerarse como libres.

El invierno estaba ya muy adelantado, y la temperatura tendía á hacerse soportable. Así es que los náufragos resolvieron no tardar en abandonar el archipiélago de las Liakhoff. No temían que se verificase un cambio en las disposiciones de los indígenas; estaban bien *cogidos* para eso.

M. Cascabel se hallaba en la mejor inteligencia con su amigo *Chouchou*, el cual le hubiera limpiado las botas si lo hubiera deseado.

Éste se había apresurado á mandar restituir todos los objetos robados á la *Belle-Roulotte*. Él mismo, después de haberse arrodillado, había entregado á César Cascabel el barómetro que llevaba al cuello,

y César Cascabel se había dignado tenderle una mano, que Tchou-Tchouk besó religiosamente. ¡Aquella mano, que creía capaz de lanzar el rayo y desencadenar las tempestades!

El día 8 de Marzo quedaron terminados los preparativos de partida. Tchou-Tchouk se había apresurado á ofrecer á M. Cascabel un centenar de renos, en lugar de los veinte que éste había pedido para arrastrar su carruaje; pero él lo rehusó, dando las gracias á su nuevo amigo, y ateniéndose á la cifra susodicha. Tampoco exigió más que la cantidad de forraje necesaria para alimentar su tiro durante la travesía del *ice-field*.

Aquel día, por la mañana, M. Serge, la familia Cascabel y los dos marineros rusos se despidieron de los indígenas de Tourkef. Toda la tribu se había reunido para asistir á la partida de sus huéspedes y desearles un buen viaje.

El querido *Chouchou* estaba allí, en primera fila, sumido en un éxtasis muy sincero. M. Cascabel se dirigió hacia él, y después de darle un golpecito en el vientre, se contentó con pronunciar, con acento fraternal, estas palabras en francés:

—¡Adiós, animal!

Pero aquel golpecito familiar iba á engrandecer aún á su majestad en el espíritu de sus súbditos.

Diez días después, el 18 de Marzo, habiendo atravesado sin peligro ni fatigas el *ice-field* que unía el archipiélago de las Liakhoff con la costa siberiana, la *Belle-Roulotte* llegó al litoral, junto á la embocadura del Lena.

Después de tantos incidentes, accidentes, peligros y aventuras desde su partida de Port-Clarence, M. Serge y sus compañeros habían puesto por fin el pie sobre el continente asiático.

FIN DEL CUADERNO TERCERO

ÍNDICE DEL TERCER CUADERNO

	Páginas.
I.—El estrecho de Behring.....	5
II.—Entre dos corrientes.....	14
III.—En deriva.....	23
IV.—Del 16 de Noviembre al 2 de Diciembre.....	32
V.—Las islas Liakhoff.....	40
VI.—Invernada.....	50
VII.—Una estratagema de M. Cascabel.....	57